

VOLUMEN
33

Carlos Delgado Chalbaud

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Ocarina Castillo D'Imperio



EL NACIONAL



BANCO DEL CARIBE

Ocarina Castillo D'Imperio

Nació en Caracas el 10 de diciembre de 1951. Es Profesora Titular de la Universidad Central de Venezuela, donde cursó la Licenciatura en Antropología, Maestría en Historia Contemporánea de Venezuela y Doctorado en Ciencias Políticas. Además de sus labores como docente en pre y postgrado e investigadora, ha sido Directora de Cultura de la UCV (1988-1992), Secretaria de la UCV (1996-2000) y actualmente es la Coordinadora del "Programa de Cooperación Interfacultades (PCI) de la UCV".

Es autora y coautora de numerosas publicaciones sobre temas históricos, culturales y sobre educación superior. Entre otras destacan: *Agricultura y Política en Venezuela 1948-1958*, Editorial UCV-FACES, 1985; *Gabriel García Moreno o el Orden de la Piedad Intolerante*, Ediciones Alborada, CELARG-FACES, 1998, *Los años del Bulldozer, Ideología y Política*. Venezuela, FACES-Editorial Trópikos, (2da. Edición), 2004.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Carlos **Delgado Chalbaud**

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Carlos **Delgado** **Chalbaud**

(1909-1950)

Ocarina Castillo D'Imperio

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Asistente Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Sergio Dahbar

Asesor Editorial: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos:

Astrid Martínez

Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Biblioteca Nacional (portada y p. 9)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: If7892006920173.13

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-395-025-8

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

“Carlos Roman **Delgado Chalbaud Gómez**”



En una casa situada entre las esquinas de Velásquez y Santa Rosalía en la ciudad de Caracas, nació el 20 de enero de 1909 Carlos Román Delgado Chalbaud Gómez, poco tiempo después de que el Presidente de turno, Cipriano Castro, dejara transitoriamente el poder en manos de su sucesor Juan Vicente Gómez para ir en búsqueda de salud en un largo viaje a Berlín. A la sazón Caracas, capital del país, era una quieta ciudad de cien mil habitantes que exhibía la novedad de los tranvías eléctricos y observaba con interés la construcción de la segunda etapa del hipódromo del Paraíso; sus habitantes se aficionaban con entusiasmo a la práctica del béisbol y los más pudientes asistían a los clubes locales, en donde se celebraban grandes fiestas al ritmo de vales criollos e internacionales y se degustaba champaña importada. Los de aficiones más intelectuales se iniciaban en el arte de la fotografía, apreciaban los lienzos de nuevos pintores como Antonio Edmundo Monsanto y Manuel Cabré, seguían con atención *El Cojo Ilustrado* y quizás leían y comentaban las obras que dominaban la creación literaria local, como *Zárate* de Eduardo Blanco, *Peonía* de Manuel Vicente Romero García, los libros de Ma-

nuel Díaz Rodríguez, *Idolos Rotos*, y *Sangre Patricia*, y los cuentos publicados por Luis Manuel Urbaneja Achelpohl.

Los personeros de la vida política y social de la nación observaban con atención la recuperación del país de los efectos del bloqueo y de la crisis de 1902, presenciaban la entrega de concesiones petroleras en Zulia y Falcón a particulares, las cuales rápidamente terminaban en manos de los representantes de empresas británicas y holandesas, y se solazaban con la lectura clandestina de *El Cabito* de Pío Gil, seudónimo de Pedro María Morantes, obra que contaba las aventuras y desventuras del gobernante de Capacho.

Carlos Delgado Chalbaud sería el segundo hijo del matrimonio constituido por Luisa Elena Gómez Velutini y Román Delgado Chalbaud, ambos figuras importantes de la sociedad venezolana. Carlos tenía dos hermanas, Elena y Elisa Mercedes, pero Elisa Mercedes murió muy pequeña.

Su madre Luisa Elena era hija de Miguel Horacio Gómez y formaba parte de una familia acomodada que, al decir de algunos, vivía “entre París y Caracas”. Las hermanas Gómez Velutini tenían fama de ser unas mujeres muy bellas, calificadas por sus contemporáneos como “las tres gracias”, y frecuentaban los más exquisitos salones caraqueños. El padre, Miguel Horacio Gómez, era ganadero, había crecido en Upata donde fundó su familia con la cual se trasladó por largo tiempo a Trinidad, dedicándose a comerciar ganado y carne, entre otros destinos, con la Guayana Holandesa. De allí que sus hijas menores se educaran en Trinidad y aprendieran a hablar muy bien inglés.

La madre de Luisa Elena era Velutini Ron. Los Velutini eran una familia a la cual pertenecían importantes personeros de la vida política venezolana de fines del siglo XIX y principios del XX. Descendían de corsos que se establecieron originalmente en Río Caribe, haciéndose algunos de ellos propietarios de fundos cacaoteros, mientras que otros emigraron hacia Zaraza, que para la época era un centro ganadero muy importante. Uno de estos Velutini había sido tesorero y secretario de la Compañía de Navegación en 1912 y políticamente habían

sido fervientes partidarios de Castro, desempeñando una importante figuración en su gobierno.

Al regresar Luisa Elena de Trinidad se estableció en Caracas, donde prosiguió sus estudios asistiendo al Colegio Chávez. La educación formal la complementó con el estudio del piano, siendo recordada como una mujer hermosa, simpática, inteligente y muy vehemente. Al decir de algunos informantes, los Gómez Velutini no “eran de mucho dinero, pero sí de alcurnia” (Ent. 4).

Al parecer, influida por la opinión de su padre y por la necesidad de salvar la fortuna familiar, además de razones sentimentales, contrajo matrimonio con Román Delgado a los catorce años de edad. Sin duda, Román era un buen partido: un funcionario exitoso, que había demostrado una importante habilidad para hacer dinero y relaciones.

Por su parte, Román Delgado nació en Mérida en 1882, procedía de una familia cuyos primeros integrantes, los hermanos Guillermo Antonio y Pepe Chalbaud Cardona, parecen haber llegado a Venezuela en el primer tercio del siglo XIX, procedentes de la ciudad de Burdeos. Eran hijos de un Chalbaud de origen francés y de una española llamada Águeda Cardona. Otros hijos de esta pareja, Pablo, Juan y Gabriela, se radicaron en Centroamérica, la Habana y Colombia, respectivamente (Ent. 14).

Román fue el segundo de los ocho hijos del general Miguel Delgado Briceño y de Dolores Chalbaud Cardona. De muy temprana edad quedó huérfano y se trasladó con unos familiares a la ciudad de La Grita, estudió en el Colegio “Sagrado Corazón” donde, por cierto, tuvo como condiscípulo a Eleazar López Contreras. Es de resaltar que en la familia Chalbaud privó el interés por la carrera militar, contando con figuras destacadas en el escenario político de los últimos años del siglo XIX y principios del XX, como los generales Antonio y Esteban Chalbaud Cardona.

Román comenzó su actuación pública a principios de los años noventa, cuando se presentó ante el presidente Joaquín Crespo portando una tarjeta en la cual su tío, el general Esteban Chalbaud Cardona, le recomendaba a “ese sobrino que es un muchacho muy avisado y puede

serle útil” (Pérez Jurado, 1998: 13). De esta manera, por orden del mismísimo Joaquín Crespo, le fue concedida una plaza en la goleta *Ana Jacinta* que era una Escuela Naval flotante, fondeada en Puerto Cabello y a bordo de la cual sirvió desde 1895 hasta 1898. Ruth Capriles sostiene que Román era “tan avisado” que logró, con apenas dieciséis años de edad, graduarse en 1898 de Guardiamarina de la Armada Nacional:

Con el orgullo que parece generar el ascenso rápido de los ancestros, su hijo Carlos contaba que al capitán Serrano del Ana Jacinta le había gustado la viveza del sobrino de Chalbaud, cuando lo llevaron a Puerto Cabello. Lo hizo su ordenanza privado, y el ascenso fue tan rápido que Román pudo ver reflejada su capacidad en el espejo del aparador de la casa del Capitán, la primera noche que pasó de la cocina a la mesa familiar de los Serrano (Capriles R, 1991: 42-43).

De allí en adelante comenzó una carrera exitosa para Román: en 1901 ostentaba el grado de Capitán y estaba al frente de un barco perteneciente a la Armada Nacional. En reconocimiento a su excelente desempeño fue nombrado comandante del vapor *Restaurador*, con el cual debió perseguir al buque *Ban Righ*, que a lo largo de las costas venezolanas abastecía de pertrechos y desembarcaba tropas a favor de la “Revolución Libertadora”, lo cual contribuyó a acrecentar su nombre como hombre de armas. Durante la crisis con las potencias extranjeras continuó en el *Restaurador*, correspondiéndole patrullar la península de Paria. Con estas acciones, en menos de tres años, el capitán Delgado Chalbaud logró fama de marino audaz y experto, lo cual le valió que en junio de 1903 fuese nombrado Jefe de la Armada Nacional para apoyar a las tropas del General Juan Vicente Gómez en su ataque a Ciudad Bolívar, último baluarte de la “Revolución Libertadora”. En 1903 fue ascendido por el presidente Castro a Capitán de Navío y se mantuvo al frente de la Armada hasta 1906 cuando fue designado como Jefe del Dique Astillero de Puerto Cabello.

Estando allí, a fines de ese año contrajo matrimonio con Luisa Elena Gómez Velutini en una fastuosa celebración que daba cuenta del per-

fil del desposado: a decir de quienes lo conocieron era muy apuesto, rico, audaz, ambicioso, elegante, de inmejorables relaciones y unido ahora a una hermosísima mujer de reconocido linaje. José Rafael Pocatterra nos lega una descripción de la boda:

Recuerdo la noche en que estando preso yo en el Castillo de Puerto Cabello, a fines de 1907, celebrábase en la ciudad su boda. Era jefe de la escuadra, director del dique astillero. Los cohetes rasgaban el aire; la música llegaba hasta el fondo de nuestra bóveda en ráfagas...Sirenas, voces lejanas. Amor. Oro. Felicidad (Pocatterra, 1966, Vol. III: 37).

A fines de 1906 y principios de 1907, Román Delgado participó en el movimiento de la "Conjura", y no obstante las represalias que se desataron contra los "conjurados", resultó extrañamente indemne. A partir de allí comenzó un progresivo acercamiento a Gómez, cuando en noviembre de 1908 se produjo la salida de Venezuela de Cipriano Castro, se incorporó al movimiento que favoreció la llegada de Gómez al poder. Como sostiene Carlos Emilio Fernández:

... goza del mayor aprecio por parte del General Gómez, quien le trata con un afecto casi paternal, llegando a ser su compadre doble, pues fue el padrino de sus dos hijos: Carlos y Elena, ambos bautizados en la Capilla de Miraflores; las madrinas respectivas fueron: Regina y Flor de María Gómez (Fernández, 1969: 260).

A Delgado le tocó escoger entre las ofertas para el ejercicio del poder o el poder como resultado del desempeño exitoso de los negocios. Desestimó las ofertas que le hicieron para ejercer cargos públicos y escogió el segundo camino: a partir de 1909 fundó y dirigió la "Compañía Anónima de Navegación Fluvial y Costanera", empresa en la cual participaban también como accionistas el general Gómez y Manuel Corao y que controlaba todo el transporte fluvial y marítimo de la nación, naciendo sobre las ruinas de la antigua "Compañía de Vapores del Orinoco". En noviembre de 1909 le fue concedido conjuntamente con Manuel Corao el remate de la renta de estampillas, así como la concesión del monopo-

lio de las salinas, con lo cual se consolidó claramente como una de las figuras más prominentes en los primeros años del nuevo régimen.

En 1911 viajó a Europa acompañado por Corao en carácter de agente fiscal del Gobierno Venezolano para buscar una participación del capital extranjero en el proyecto de creación de un Banco Nacional que permitiera modernizar el sistema bancario del país y negociar la construcción de una red de cloacas en Caracas. Delgado estaba interesado además en concertar el establecimiento de un ferrocarril en el Territorio Federal Amazonas, así como en un contrato para el establecimiento de un servicio de vapores por el alto Orinoco y el Río Negro, con el cual, a su vez, se fomentaría un proyecto de inmigración en la zona.

El “Benemérito” Juan Vicente Gómez, a su modo y manera, decidió dar al traste con el proyecto del banco nacional y favorecer al grupo financiero tradicional. El mandatario no estaba suficientemente convencido de los riesgos que implicaba afectar el sistema tradicional de casas comerciales y financieras que habían sostenido a la Venezuela agro-exportadora, y menos aún, de apostar peligrosamente por un joven hombre de negocios de vuelos audaces y modernizadores.

A partir de diciembre de 1911 comienzan a advertirse los primeros signos de la crisis entre Gómez y Delgado. El Benemérito le retiró su confianza, generándose unas tensas relaciones que se mantuvieron durante el año 12 y se agravaron en el 13 tras el surgimiento de un movimiento conspirativo que perseguía evitar su reelección. La conspiración parecía un secreto a voces:

...el número de conjurados era incontable y las oficinas de “la Navegación” estaban atestadas de oficiales descontentos que iban a cobrar pensiones y a recibir armas, con la consigna de mantenerse a las órdenes para cuando llegara el momento oportuno (Fernández, 1969: 270).

Todos reconocían el éxito de Delgado como Presidente de la Compañía de Navegación Fluvial y Costanera, cuyo balance arrojaba para febrero de ese año “un magnífico estado financiero” (Fondo Editorial

A.C.V., 1985, Tomo I: 221). Ello, dicho sea de paso, lo reafirmaba como una figura de altísimo relieve entre los círculos políticos, sociales y económicos de la época. No sólo se trataba de los bienes que poseía, sino de la ostentación que hacía de los mismos, del cúmulo de influencias que manejaba y de lo que podía significar como amenaza potencial en un escenario político poco afecto a las lealtades de larga data y, por el contrario, susceptible de entusiasmarse con nuevos protagonismos.

Apenas unos años antes había nacido Carlos, y la familia Delgado-Gómez había recibido al hijo varón con la exquisitez propia de su condición social y política. Sin embargo, poco duraría el placer de verlo crecer y desarrollarse, por cuanto apenas contaba con cuatro años de edad, cuando su padre fue recluido en "La Rotunda" donde permaneció durante catorce largos años. Así, el 17 de mayo de 1913, a los 31 años de edad, entró Román Delgado a la Rotunda, sufriendo aislamiento a lo largo de dieciocho meses, incomunicación, interrogatorios interminables, soborno, sevicia y grillos de ochenta y cinco libras. Tal era la rutina de la cárcel, como Pocaterra mismo la describe en sus *Memorias*:

De repente atraviesa el patio un personaje extravagante. ¿Es un disfraz? ¿es una visión? Lleva una bata de baño y los cabellos negros y rizados caénle hasta los riñones. Es tan enorme la barra de sus grillos que la arrastra sobre un tolete con rueditas hechas de carretes de hilo. (...) Detiénese un instante, saluda afablemente a los que toman el sol y vuelve el rostro al piso alto....¡Román Delgado Chalbaud! (Pocaterra, 1966, Vol III: 34).

Del orgulloso y elegante capitán, del hombre altivo y presuntuoso, del jefe autoritario y hasta cruel, del ambicioso hombre de negocios, muy poco va quedando. La incomunicación, sumada a los maltratos del alcaide de la cárcel durante buena parte de su cautiverio, van socavando todas sus seguridades. Acerca de aquellos días señala Fernández:

Durante su largo cautiverio, Delgado Chalbaud se esforzó en adquirir cultura, siendo su mentor el Padre Mendoza. Hizo frente a la adversidad con gran entereza de ánimo y jamás le vieron doblegarse sus compañeros de cárcel. Enjuto, nervioso en sus movimien-

tos, con largos cabellos negros rizados que le llegaban a los hombros, salía a tomar el sol en el patio, cuando se lo permitían, arrastrando sus pesados grillos sobre patines improvisados con carreteles vacíos. Conservó siempre su acento merideño y a todos los compañeros de prisión los trataba con la cortesía de su región natal. (...) [El Alcaide de La Rotunda] después de someterlo por varios días a pan y agua, cuando ya desfallecía, le presentaba un exquisito pollo asado, el cual podía comer a cambio de su firma autorizando el traspaso de algunas acciones de “La Navegación Fluvial y Costanera”. Así le fueron despojando, poco a poco, de las riquezas obtenidas cuando gozaba del pleno favor de su jefe (Fernández, 1991: 275).

No sólo las acciones de “La Navegación Fluvial y Costanera” fueron objeto de sobornos, también otras propiedades, casas, terrenos, etc. De allí que la imagen que se fue configurando en la mente del niño recogía no sólo sus vivencias personales y familiares sino las historias y comentarios, ciertos o no, que circulaban en torno a su padre, convirtiéndolo en una figura un tanto legendaria. Como comenta Laureano Vallenilla Lanz, “transcurren más de 12 años sin que el General Gómez se apiade de la suerte de esa familia” (Vallenilla, 1961: 93).

Entretanto, Carlos realizó sus estudios de primaria en Caracas, al parecer en el Colegio San Pablo, regido por los hermanos Martínez Centeno. No obstante, otra versión señala que cursó en el Colegio Chávez. Durante esos años difíciles contaron con el importante apoyo de la familia de su madre Luisa Elena, tal como lo señala su primo hermano Guillón Machado:

...solamente se hablaba en la familia de lo malo que era Gómez y lo que sufría mi tía. A nosotros, los muchachos, nos mantenían un poco ajenos a los problemas, lo único que yo oía eran las lamentaciones y las imprecaciones de mi tía Luisa Elena contra Gómez. Ella estuvo un tiempo aquí, implorando por su libertad, después se fue a París (Ent. 6).

La reconstrucción de lo ocurrido en esos años se hace difícil debido a la casi inexistencia de informaciones precisas. Pareciera que en 1919

la familia Delgado Gómez viajó a los EEUU, donde permanecieron un año. Carlos continuó sus estudios y aprendió inglés. De ese año recuerda su hermana Elena :

Carlos obtenía siempre buenas notas. Le chocaba el medio, claro es, y a todos sorprendía con su seriedad y sus maneras de hombrecito. Recuerdo que durante una temporada, los primeros meses, venía con frecuencia maltratado y con ligeras contusiones. Nunca quiso dar explicaciones ni se quejaba. Mamá se preocupó un día y averiguó que los chicos de su edad se burlaban de él porque desconocía el idioma, y, cosas de chico, le pegaban. Los rasgos de su carácter, su firmeza, su fácil amistad y su disciplina, se granjearon pronto las simpatías de sus compañeros (Élite, Diciembre 1950).

Carlos terminó sus estudios primarios en Caracas e inició el exilio alrededor de los años 1924-1925 cuando Luisa Elena y sus hijos se fueron a París, alojándose en un apartamento propiedad de Román situado en la Rue du Babylone, número 17.

Los años del Liceo Lakanal

A pesar de las restricciones de su situación de exiliado, al llegar a París lo matricularon en un prestigioso colegio de la época: el "Lycée Lakanal", institución pública consagrada a la enseñanza secundaria, ubicada en una vasta edificación de fines del siglo XIX, en cuyas aulas se habían formado importantes profesionales, maestros y hombres de letras del siglo XX francés.

Carlos Román inició sus estudios durante el año escolar 1925-1926 en la clase "Segundo C" en condición de "interno", permaneciendo durante la semana en el Liceo y retornando a casa los días viernes en la tarde. De acuerdo a las evaluaciones conseguidas en los Archivos del Lycée Lakanal, Carlos se destacaba en matemáticas, inglés, geometría y filosofía. En cuanto a la parte deportiva, era sobresaliente en el manejo del florete y el sable, y durante todos sus estudios formó parte del "Cuadro de Honor" del Colegio. En 1928 se graduó de Bachiller en Latín, Ciencias y Filosofía.

Mientras tanto, gracias a la amnistía general presentada por el doctor Francisco Baptista Galindo, el 24 de marzo de 1927 Román Delgado salía de La Rotunda. Un mes más tarde llegaba al puerto de El Havre y se encontraban con familiares y amigos residentes en París.

Mucho debió cambiar la cotidianidad de la vida parisina de Carlos a partir del momento en que su padre, el legendario general, arribó a la estación “Saint-Lazare” en el expreso *Le Havre-Paris*. A partir de allí comenzaron los contactos con los exiliados venezolanos residentes en diferentes ciudades del mundo: las reuniones, visitas y encuentros; la copiosa correspondencia, las discusiones interminables. Carlos se asomaría –entre el asombro y la fascinación– al examen acucioso de la Venezuela del momento. Sería testigo de la confrontación de opiniones, diagnósticos, estrategias y pronósticos. Del choque de protagonismos, personalidades e intereses. Del juego de intrigas, fidelidades y desconfianzas, de los sueños compartidos y las promesas incumplidas. Y, sobre todo, de la permanente sombra del régimen gomecista. No obstante la distancia geográfica, los movimientos del general Delgado eran cuidadosamente observados y registrados por funcionarios y amigos del gobierno venezolano. Quizás por ello, testigos de la época señalan que “los Delgado viven aislados en Francia. Los venezolanos, inclusive algunos que les deben favores y atenciones, evitan verlos para no comprometerse” (Vallellilla, 1961: 94).

Por lo demás, Carlos era amante de la lectura y cultivaba el deporte. Guillón Machado recuerda un paseo familiar a las afueras de París cuando Carlos tenía alrededor de 17 años:

Una vez, durante un verano, estábamos en las afueras de París y en un paseo por el bosque, él fue y como era muy atlético y entonces le dijo a mamá: “yo salto esa mesa” y ella le dijo “No te lo aconsejo porque te vas a dar un tronco de porrazo” y él saltó la mesa, y efectivamente (...) le agarró un pie (...) y le salieron dos enormes raspones en las rodillas (Ent. 6).

Más o menos de la misma época debe ser el único recuerdo que Machado conserva de Román Delgado, quien al parecer no perdió durante los años de reclusión y tortura el buen humor ni el don de gentes:

Yo la única vez que lo vi en carne y hueso fue en París, que me vino a buscar y me llevó a una juguetería y me compró varios juguetes (...) yo lo veía así como algo especial (...) porque bueno yo seguía su historia de los catorce años que estuvo preso. (...). A mí, Román me parecía un hombre buenmocísimo, alto, la personalización del héroe. (...) Román no era amargado ni siquiera después de los catorce años de La Rotunda. En pleno zaperoco del Falke me llevó a una tienda a comprarme unos juguetes (Ent. 6).

Dos años después, Carlos iniciaría su vida pública al participar en su primera expedición político-militar a bordo de *El Falke* bajo las órdenes de su padre.

Padre e hijo a bordo de *El Falke*

Pocaterra relata en sus *Memorias* que estando en La Rotunda, el 28 de diciembre de 1921, Román Delgado le había dicho: "Si salimos los dos, vamos a la guerra; si sale usted y me quedo yo, aguárdeme", y así ocurrió. Una vez en París, después de reintegrarse a la familia y de recuperarse físicamente, Román Delgado se entrega apasionadamente a la preparación de una invasión que diera al traste con la dictadura de Juan Vicente Gómez.

El año 1928 parecía haber despejado un nuevo horizonte para los opositores a Gómez. Los sucesos estudiantiles de febrero, el alzamiento de los cuarteles y la crisis de la Vicepresidencia, alimentaron la convicción de que el poder de Gómez mostraba signos de agrietamiento y se abría una coyuntura que podría ser favorable a movimientos de insurrección.

Todo ello parecía ser así, a pesar de las críticas que desde México formulaban ciertas figuras y voceros que tomaban distancia de las formas caudillistas y militaristas de oponerse a Gómez, por considerarlas acciones estrictamente personalistas que no involucraban un pro-

yecto económico, social y político para el país. En este caso, como en todos los planes concebidos desde el exterior, resulta necesario considerar el componente de mística y coraje que solía estar implícito en estas tentativas personalistas, el encono y odio que la figura del dictador estimulaba en individuos que en su mayoría habían sufrido persecución, prisión y pérdida de su bienestar personal y patrimonial, sumado a la visión sesgada y las deformaciones con respecto a lo que ocurría en el país, que en el exilio siempre adquiriría otros tonos y dimensiones.

Román Delgado quiso articular en su proyecto todas las figuras que históricamente se habían opuesto a Gómez. Como señala Ramón J. Velásquez, trató de juntar “gentes tan resabiadas, desconfiadas y escépticas” en una tarea inalcanzable, dadas las diferencias de visión, resquemores, desconfianzas y competencias protagónicas que a lo largo del proceso se venían incubando. Por lo demás, para algunos –a pesar de los catorce años de oscuridad– él continuaba siendo “el príncipe heredero del gomecismo”, el hombre de confianza del Benemérito, el compadre audaz y ambicioso que había vivido días de gloria en los negocios y en la sociedad caraqueña.

A escasos cinco meses de la partida de la expedición y ante el conjunto de vicisitudes que confrontaba el proyecto, Román Delgado animaba desde su casa a los venezolanos que se encontraban en Nueva York, a través del Dr. Leopoldo Baptista:

Trabajen Uds. con fe, con entusiasmo y con audacia, que la causa es más que justa y las circunstancias por demás imperiosas. Adviértase bien de que nos espera la mayor vergüenza y el desprecio nacional si no hacemos acto de presencia en los acontecimientos que ya tenemos encima. (...) Por lo demás quiero que tenga la convicción de que, mientras mayores sean los obstáculos con que a diario me tropiezo, más grande es la constancia y la fe que me anima. El desaliento no logra penetrar mi espíritu... (Pocaterra, 1973, Tomo I: 299).

No obstante estos esfuerzos motivadores, Delgado terminó rodeado por un grupo de expedicionarios con convicciones de distinta naturale-

za, en su mayoría inexpertos en faenas militares, un hijo casi adolescente que hacía sus pinitos en los avatares políticos, y un intelectual –José Rafael Pocaterra–, prestado a labores de secretario de una conspiración. Los unía la dignidad y los deseos de desterrar del suelo venezolano una figura que encarnaba el pasado y un poder destructivo. Con un dejo de aflicción y decepción, frente a la cantidad y calidad de las dificultades, Baptista le señalaba a Pocaterra, después de encontrarse con Delgado: "De todos nosotros Román es el más activo, el más capaz para manejarse en estas circunstancias" (Pocaterra, 1966, Vol. IV: 70).

En su empeño, Román emprendió la formación de una Junta Suprema para la Liberación de Venezuela, intentando articular antiguos caudillos y nuevos hombres, viejos luchadores y jóvenes estudiantes universitarios, individuos procedentes de familias privilegiadas de la sociedad venezolana, y otros que sólo contaban con sus convicciones y su pasión.

Tres problemas concentraban la mayor atención del director de la expedición: las líneas estratégicas, los problemas del financiamiento y la propuesta política y de dirección para el día siguiente. Luego de reflexiones, consultas y análisis, Delgado optó por una revolución armada que pretendía aglutinar la voluntad y el concurso de militantes de la causa radicados en Nueva York, París, Washington y otras ciudades que servían de refugio a los exiliados antigomecistas.

La estrategia comenzó el 5 de julio de 1929 con una reunión en la casa de Santos Dominici en la Rue Miromesnil, de la "Asamblea General del Comité de Liberación Venezolana". En reunión celebrada en Ginebra eligieron la "Junta Suprema de la Revolución Venezolana" que garantizaría un gobierno civil para Venezuela. Sus funciones eran: confrontar y estudiar los problemas que presentaba la situación de Venezuela; organizar la lucha contra el sistema de opresión y de crueldades; arbitrar los recursos económicos que hubiera menester y redactar el manifiesto que se dirigiría al país para difundir el patriótico propósito.

Román Delgado asumió el título de Jefe Supremo de la Guerra y el colectivo resolvió organizar dos expediciones: en la primera, saldría el

Jefe de la Guerra y José Rafael Pocaterra, su secretario. En la segunda, comandada por el coronel Mc Gill, se incorporaría la Junta Suprema, que sería el gobierno de transición, presidida por Santos Dominici e integrada por Alberto Smith y Rufino Blanco Fombona. Pedro Elías Aristiguieta, asistente a la reunión de París, tenía el compromiso de dirigir las fuerzas que se sumarían a la expedición en las costas sucrenses. A ello debía sumarse la oferta de Simón Betancourt de incorporar un contingente de cerca de cien combatientes en la isla de la Blanquilla. En los planes estaba previsto que mientras Delgado y Aristiguieta entraban por Oriente, se realizarían algunas acciones para distraer la atención del gobierno por parte de Peñaloza, Olivares y Baptista en el Occidente, de Arévalo en los Llanos y del general Gabaldón en Lara.

En todo caso, se contaba con la existencia de un clima de conflictividad en el que cualquier acción insurgente podría tener eco. La “Junta Suprema de la Liberación de Venezuela” redactó un manifiesto en el que expresaba que estaba dispuesta a “dirigir todos los esfuerzos del patriotismo, hasta la protesta armada, contra la tiranía que por más de veinte años ha regado con lágrimas y sangre la tierra en que nacimos” (Pocaterra, 1973: Tomo I, 321).

En lo que se refiere al financiamiento de la expedición, Delgado tocó numerosas puertas, cuidando muy especialmente las conversaciones con Antonio Aranguren, millonario antigomecista vinculado a los negocios petroleros y residenciado en el “Hotel Lutecia” de París, quien durante meses lo mantuvo confiado en la promesa de costear la expedición. En determinado momento Aranguren fijó sus condiciones y expectativas políticas, y al no ser aceptadas plenamente, su dinero nunca llegó. La expedición terminó siendo financiada casi íntegramente por Delgado a cuenta de lo que le quedaba de su patrimonio personal y el de sus hijos, dando como garantía las dos casas situadas en los números 17 y 54 de la Rue Babylone. Unos banqueros de Hamburgo le vendieron el parque y le arrendaron un barco para transportarlo. El trayecto hasta el puerto de embarque estuvo financiado por el venezolano Alejandro Ibarra.

En las vísperas de la salida de la expedición, Delgado hacía la síntesis de las peripecias en la búsqueda del financiamiento:

...al fin logré firmar el contrato después de grandes crujiadas, grandes amarguras y grandes dificultades. (...) Le adelanto sí que me han dejado solo, completamente solo, en la titánica empresa de conseguir, sin dinero, la base que nos permita actuar. Nadie ha querido contribuir con un fisco. Así como lo hice con New York, ocurri a Caracas, Madrid, a Barranquilla, a todas partes. En donde quiera que creí encontrar una puerta, allí toqué, pero sólo la indiferencia y el egoísmo me respondió. Al fin quiso Dios oír mis ruegos, y con una audaz combinación, a base de la hipoteca que hice de los bienes que le quedan a mi mujer y a mis hijos, pude hacer un contrato y asegurar así los elementos. Ya tenemos pues lo indispensable para comenzar, y, si el buen suceso corresponde a nuestro sacrificio, tendremos todo y podremos salvar la República. Ahora bien: para hacer frente a los múltiples gastos que llevo hecho en esta larga lucha, he tenido que echar mano hasta de las prendas de mi mujer, porque le repito, nadie ha querido contribuir con un cobre; y aquí me tiene Ud., agotado y en la angustia de cómo poder hacer tanta erogación indispensable (Pocaterra, 1973: Tomo I, 312).

Al decir de Delgado, la expedición constituía "una de esas poquísimas cosas significativas que tiene la historia contemporánea". Salieron de Fointanebleau el 14 de julio, por la estación del norte, donde tomaron el expreso París-Berlín, y de allí atravesaron parte de Polonia. Por el camino fingían ser turistas venezolanos recorriendo Europa oriental. Desde Dantzig, a bordo de un remolcador, cruzaron las fronteras de Alemania y Polonia hasta llegar a Gdynia, único puerto polaco, que a la sazón estaba en construcción.

La noche del 17 de julio a bordo del vapor *Falke* los expedicionarios hicieron el juramento de rigor y el 19 de julio de 1929 zarpó el barco en horas de la mañana. Finalmente, transportaba diecinueve combatientes al mando de Román Delgado. En diversas fuentes entresacamos algunos datos que permiten conocer un poco a cada uno de los expedicionarios: Francisco Angarita, de carácter silencioso y quien colaboró con su presencia y económicamente; Edmundo Ur-

daneta, un zuliano amigo de Angarita que se encontraba en París “joven, rico, que sin saber ni conocer nada de todo aquello, da cuanto puede y se enrola como sea, soldado u oficial”, inteligente y de temple militar; Doroteo Flores, reclutado en Nueva York, el hombre de más de un combate y más de una prisión y exilio, alegre, dicharachero, servicial, valiente y digno; Egea Mier, hombre de experiencia y de una vida intensa, enfermó gravemente durante el viaje, no obstante lo cual logró llegar a la Blanquilla y embarcarse allí en una goleta con rumbo a Güiría cargando con un parque considerable; el joven Raúl Castro Gómez, sobrino de Román Delgado, inteligente e ilustrado; los estudiantes de la FEV, idealistas y alegres, quienes usaban boina azul y cantaban canciones que evocaban la semana del estudiante: Julio MacGill, hijo de Samuel MacGill, oficial chileno que sirvió a la República “hasta el límite de su capacidad”, joven bondadoso y de muy buena formación; Juan Colmenares Pacheco, de carácter serio y distante, y quien durante el viaje sufrió graves trastornos de salud; Rafael Vegas, estudiante de Medicina en “La Sorbona”, reservado y de momento con “ímpetus de opinión y palabra”; Armando Zuloaga, idealista y romántico, perteneciente a una familia caraqueña acaudalada y sorpresivamente enrolado en esta aventura. Entre los mayores estaban López Méndez, discreto y sencillo, quien se incorporó a la expedición por decisión propia acompañando a Egea; Linares Alcántara de cincuenta y tres años, hijo de un Presidente de Venezuela, militar formado en los Estados Unidos, primer cadete venezolano graduado de artillero en West Point, figura del mundo político que había salido de Venezuela a raíz de la conspiración de 1913 y quien también tuvo problemas de salud durante el viaje, pero fue mayor la convicción y responsabilidad por la tarea que estaba asumiendo; Carlos Mendoza, que sería el fiel y devoto secretario de Delgado; Carlos Julio Rojas, a juicio de Pocaterre, “hombre de comprensión rápida, de tacto y de un escepticismo positivista”, quien sería Oficial Mayor, y con todos ellos, Carlos Delgado Gómez, el hijo de Román, estudiante, de veinte años de edad:

Carlos Delgado es casi un niño; pero supera su edad con una especie de experiencia precoz de los hombres. "Tengo por mi padre –nos dijo en cierta ocasión– no tanto el amor del hijo como la admiración al hombre". Duerme abajo, en la cámara, con los otros, sometido al régimen general, aunque en el camarote de su padre tiene un sofá. Y con tacto exquisito sitúase siempre el último en todo (Pocaterra, 1966: IV, 98).

Su padre había afirmado que lo incorporaba a esa expedición porque en una carta le había dicho que "tendría todos los derechos menos el de impedirle correr a su lado todos los peligros". Cuando el barco surcaba las aguas del mar Báltico, la tripulación se organizó como un ejército que incluía diferentes rangos y responsabilidades, el jefe de la expedición insistía en la severa disciplina que era menester, en la mística y convicción que debía acompañar al entrenamiento y aprendizaje de las artes militares para los profesionales civiles y los jóvenes estudiantes que no tenían ninguna experiencia militar. No eran demasiados los pertrechos ni la experiencia. Lo que sobraba era la convicción, siendo su máximo exponente el jefe de la expedición, quien insistía en que el milagro de la fe y la fuerza "era lo sagrado de la causa que los guiaba". En plena travesía le cambiaron el nombre de *El Falke* por el de *General Anzoátegui*, y el 24 de julio, en aguas del Canal de la Mancha, flanqueados por las costas francesas de un lado y las inglesas del otro, Delgado pronunció un solemne juramento, en homenaje al Libertador y de cara al tricolor nacional:

En el nombre de Dios todopoderoso y de la Causa de la Liberación de Venezuela, juro y pido a vosotros juréis ante esta y por esta bandera, símbolo de nuestra Patria, de sus glorias y del honor del pueblo venezolano, luchar hasta vencer o morir contra todo aquel, pueblo u hombre, que pretendiese ultrajar o menoscabar la dignidad, el decoro o la integridad de Venezuela. (Pocaterra, 1973: Tomo I, 345).

La vida en el barco era monótona y disciplinada, regida por la jerarquía y la obediencia: limpiar y encorrear las armas, entrenamiento militar, guardias de atención a los enfermos, largas veladas de conver-

sación, intercambio de temores, suposiciones, análisis de la situación nacional, juicios sobre el dictador, diferencias de opinión y convergencia de deseos. En el transcurrir de los días surgieron dudas acerca del éxito de la “operación simultánea” y se evidenciaron algunas diferencias de apreciación respecto al futuro del país.

A partir de la convivencia y las discusiones políticas, se fue decantando una diferenciación entre los expedicionarios: los jóvenes estudiantes no estaban de acuerdo con privilegiar las operaciones violentas para resolver el problema político venezolano, mientras que los otros expedicionarios lo aceptaban como un riesgo evidente.

Después de veintiocho días de travesía, el *General Anzoátegui* llegó a La Blanquilla y los combatientes, junto a la emoción de acercarse al suelo patrio, sentían la ansiedad por el esperado encuentro con los compañeros comprometidos. Al poco rato se apoderó de ellos el desconcierto al comprobar que la isla estaba desierta y, del desconcierto, pasaron a la decepción. No llegaron los cientos de combatientes esperados sino siete comisionados que informaron que quizás no vendrían los refuerzos de Santo Domingo y que Aranguren no financiaría la segunda expedición. El día 10 de agosto los expedicionarios llegaron a la bahía de “Peñas Negras”, en la Península de Araya, y se produjo el encuentro con Pedro Elías y Francisco de Paula Aristiguieta, quienes estaban acompañados de cerca de trescientos guaiqueríes, de los cuales alrededor de setenta subieron a bordo y comenzaron en el acto a recibir entrenamiento militar, ante la mirada sorprendida de los expedicionarios. Tal como señala Ramón Badaracco (Cronista de la ciudad de Cumaná, ent. 13) en ese encuentro se nombró a los comandantes Francisco Angarita Arvelo y Luis Rafael Pimentel para dirigir la marcha a través de la península de Araya y atacar por Caigüire a la hora convenida. La víspera, Delgado anunció oficialmente el plan:

Mañana atacaremos a Cumaná entrando por el puerto (...) Aristiguieta copará desde la madrugada la retaguardia y nos encontraremos, él viniendo y nosotros yendo, para coger a don Emilio Fernández entre dos fuegos (Pocaterra, 1973, Tomo I, 105).

El 11 de agosto en la madrugada fondeó el barco frente a las costas de Cumaná. Faltando unos minutos para las cinco de la mañana, Delgado, situado en el puente del barco, le pidió a Pocaterra agua con unas gotas de brandy y le dijo:

Aquí le dejo cuatro hombres. Fórmelos en el puente. Sabe que no contamos con la tripulación, que el barco es arrendado. Suceda lo que suceda, sálveme el barco y que éste ni el resto del parque sean precio de una infamia. Húndalo, si no puede salvarlo, antes de que caiga en poder de Gómez y sea, además del ridículo, la ruina total de la familia, pues sabe, todo lo que tenemos está garantizado solamente por la hipoteca de los intereses de mi esposa e hijos. Le queda también mi hijo Carlos a bordo. Es un hombre más. Pero usted soy yo (Pocaterra, 1966, Tomo IV, 155).

Carlos, en compañía de Pocaterra y de dos compañeros más, siguió desde el barco el desarrollo de la operación. Del otro lado, las fuerzas del gobierno se preparaban desde días atrás, por cuanto desconocían el lugar preciso del desembarco. Desde el día 7 las recomendaciones eran "mucho vigilancia con esa playa, al aparcarse vapor o barco de vela sospechoso; avisen sin pérdida de tiempo" (BAHM, No. 136-137-138: 268) y al día siguiente: "Por ningún motivo es prudente que ustedes abandonen esa plaza, pues sería dejarle libremente el campo de operaciones a los enemigos (...) al desembarcar alguien apresarlos en la forma que sea" (BAHM, No. 136-137-138: 269), recomendándoles montar puntos de espionaje y emboscadas en sitios como Cauranta, El Hoyo, San Javier, Punta de Piedra y otros:

Deben tener ustedes espionaje día y noche recorriendo a caballo los puntos y lugares sospechosos; para el efecto de los mismos enemigos, deben tener bestias muy buenas, háganse de ellas, tengan mucha malicia donde vean humo o camino, registrar con mucha cautela, ténganme al corriente de momento a momento, yo estoy bien preparado (BAHM, No.136-137-138: 271).

La instrucción impartida el 9 de agosto era clara: “Obren con energía. No cuenten el número de los enemigos y no descansen en la persecución de esos malhechores hasta que no hayan acabado con ellos” (BAHM, No. 136-137-138: 272).

La historia de la jornada del día 11, colmada de escenas de un dramatismo casi cinematográfico, es harto conocida: por razones que aún hoy se desconocen, la columna comandada por Aristiguieta y Pimentel que debía llegar en la madrugada a las costas de Cumaná, nunca se presentó. Se han esgrimido diferentes razones: que se emborracharon, se perdieron, se enfermaron, salieron tarde, desertaron los baqueanos o alguna otra, pero ninguna de ellas ha logrado resolver la incógnita. Lo cierto es que el batallón de guaiqueríos no llegó. Como tampoco llegó el barco que debía salir de República Dominicana comandado por Simón Betancourt. En tierra, las fuerzas gobiernistas de Fernández, aunque improvisadas y mal dotadas de armamento, fueron reforzadas –entre otros– por diestros cazadores de la zona que supieron ubicarse en posiciones estratégicas para defender la ciudad de los invasores.

En un determinado momento del enfrentamiento Román Delgado, herido y envuelto en la bandera nacional, cruzó el puente “Guzmán Blanco” y cuando se supo perdido dijo: “Avísenle a mi hijo Carlos que he caído muerto por la Patria (...) Ya está”.

Los combatientes de *El Falke* reflejaron en la batalla las debilidades que conocemos: impericia en el ataque, en el uso de las armas e incluso en las maniobras necesarias para defenderse. Los combatientes que se subieron en el *Peñas Negras* botaban las armas y huían. Hubo equivocaciones y confusión, todo lo cual los llevó incluso a ver en el enemigo a las fuerzas leales que esperaban. Hubo mística, idealismo y coraje, pero adolecieron de experiencia militar. El combate fue corto, duró dos horas y media: el Gobierno recuperó la plaza y el *Falke* levantó anclas con lo que quedaba del parque.

Balance para la historia: un encuentro entre dos hombres de coraje e integridad que se medían respetuosamente y se enfrentaron defen-

diendo causas opuestas, dejando sus vidas a ambos lados del puente. De los veinte oficiales quedaron dos muertos, ocho heridos, otros detenidos y los que corrieron con mejor suerte lograron huir internándose en las montañas después de intentar infructuosamente reunirse con Aristiguieta. Los heridos Zúcal y Mendoza y Raúl Castro, lograron regresar al barco. Los días 12 y 13 hubo combates en Cumaná y el día 14 fue recuperada la ciudad por parte de las fuerzas gubernamentales, reforzadas con tropas enviadas desde Maracay.

Carlos Delgado y sus compañeros se alejaron en el *Falke* de las costas venezolanas e hicieron una pequeña escala en Grenada después de botar al mar todo el parque que cargaban a bordo. Cuando discutían esta decisión, Pocaterra narra que Carlos sostuvo: "Usted sabe que esto era propiedad de mi padre, garantizada con los bienes de mi familia y míos y yo le autorizo a que proceda a hacerlo así sin escrúpulos de ninguna clase" (Pocaterra, 1973, Tomo II: 37). Después de enfrentar una revuelta de la tripulación del barco y de ser protegidos de su furia por las autoridades inglesas y el cónsul francés, tomaron el barco *Lady Hawkins*, desembarcaron en Saint Lucy el 17, de allí pasaron a Martinica y, posteriormente, a Francia. En Grenada, "Por todo capital, Delgado Chalbaud hijo, apenas tenía a bordo unos 1.800 y pico de dólares con los cuales pagarónse (5) pasajes hasta su destino, hoteles a todos, etc., y el carbón y las provisiones del barco hasta Trinidad sufragando yo de mi bolsillo otros gastos que no son del caso mencionar" (Pocaterra, 1973, Tomo II: 40).

En Martinica, Carlos tuvo la oportunidad de reunirse con algunos de los responsables de la fallida expedición de Santo Domingo y de adelantar "un trabajo". De allí salió convencido de la necesidad de organizar una nueva expedición, proyecto que acariciaría durante los meses siguientes. Desde el Caribe le escribe a su madre un cablegrama en el que le dice: "Papá quedó" y ella, de éste y de ciertas noticias publicadas en la prensa francesa, dedujo que la expedición se había cumplido y que su marido había sucumbido en ella. Carlos continuó el viaje de retorno a París en compañía de su primo Raúl Castro y Carlos

Mendoza, quien decía haber escuchado de labios de Román lo siguiente: “Carlos, di a mi hijo que si muero de esta herida o me matan, muero con gusto porque es por la Patria”.

Llegaron a París el 28 de septiembre. Durante esos días Carlos se negó a dar explicaciones sobre lo sucedido en Cumaná, salvo la que dirigió el 5 de septiembre a su primo José María Dávila quien se encontraba en Trinidad, en la cual le hizo un relato de los hechos y afirmó categóricamente: “Este es el único relato verdadero de lo que sucedió en Cumaná hasta las ocho y cuarto de la mañana en que el *Falke* levó anclas” (Pocaterra, 1973, Tomo II: 47). En esa descripción ofrece una cantidad de informaciones destinadas a convencer a aquellos que dudaban de la muerte del general Román Delgado y a justificar la decisión de levantar ancla y echar el parque al mar, con lo cual le salía al paso a los que buscaban a los responsables de la pérdida del armamento. De allí en adelante se inició un incesante circular de informes, versiones y acusaciones: la diatriba entre los protagonistas y las explicaciones oficiales.

La militancia epistolar

Ya en su casa en París, Carlos se dedica a salvar la responsabilidad del jefe de la expedición y a ofrecer una versión ajustada de los hechos. Este episodio lo conecta apresurada y trágicamente con el mundo opositor a Gómez, pero el debate y el intercambio de acusaciones temple su fibra de hombre político, a pesar de la juventud. De allí en adelante conocerá de cerca los protagonismos, los reproches, la crítica fácil y destructiva, la capacidad tergiversadora de los hechos. Tal como señalaba en noviembre de 1929:

Estas cóleras ciegas son reveladoras de la exasperación a que han llegado los pobres venezolanos que lejos de su patria sufren: veinte años de silencio concentrado, de pasiones e ideales encadenados; han creado en la oposición un estado patológico que explica perfectamente la extrema sensibilidad nerviosa de los innumerables críticos; otro producto de ese estado enfermizo. (...) Después de veinte años de lucha estéril en el extranjero, de ilusiones vanas, un rayo de luz y otra vez la oscuridad en la que se destrozan, se arañan y se muerden, pública y lamentablemente aquellos que deberían estar sólidamente unidos, aunque no amigos, frente a la barbarie imperante. Pero de estos gritos, de estas convulsiones, saldrá la Revolución, la verdadera, la de la Venezuela joven y fuerte, que será inflexible en la sanción y tratará de ser justa (Pocaterra, 1973, Tomo II: 86).

Y también, a la distancia del suelo nativo, tendrá oportunidad para conocer algunos rasgos de nuestra personalidad colectiva, recogidos en una suerte de juicio sociológico: “Los hombres nuestros son tan fáciles en la acusación como prontos en el perdón y esto se explica por una rara falta de sentido crítico” (Pocaterra, 1973, Tomo II: 126).

Como es de suponer, la respuesta oficial no se hizo esperar y comenzaron averiguaciones, interrogatorios y amenazas. En particular, los exiliados domiciliados en París empezaron a advertir rápidamente los signos de la persecución policial y el riesgo amenazador de una posible expulsión. Sin embargo, pareciera que el *dossier* instruido por la policía francesa era tan sólo una formalidad para satisfacer compromisos diplomáticos. A esta preocupación se sumaba la que refería Santos Dominici: “También nos hallamos aquí acosados por los armadores de Hamburgo, quienes reclaman el pago de una fuerte suma. Ellos poseen todos esos documentos, y otros más comprometedores en que basan su reclamo” (Pocaterra, 1973, Tomo II: 92).

No obstante el clima poco aleccionador, Carlos continuaba abonando planes insurreccionales, como le comentaba en octubre de ese mismo año a su primo Pedro José Jugo Delgado:

He estado trabajando durante mi viaje por las Antillas y creo no haber perdido mi tiempo. Aquí también he trabajado un poco. Este país es todavía terreno propicio. A menos que una expulsión nos indique la hostilidad del gobierno francés. En este caso New York o Méjico, me parecen indicados, teniendo siempre en cuenta los espías que posee el gobierno venezolano: Carlos León en Méjico y N. L. Pérez en New York (Pocaterra, 1973, Tomo II: 98).

Debido a ello veía como especialmente conveniente trasladarse a Nueva York, dado que la situación en Francia y en Europa se dificultaba progresivamente por el exceso de vigilancia. Mientras analizaba la situación de los exiliados intentaba descifrar mensajes de su padre escritos en clave, y preparaba un artículo para el diario *Liberté* que se publicaría con la firma de un francés. Seguía con asombro y a veces con rabia la secuencia de versiones, comentarios e interpretaciones

que se hacían sobre la aventura del *Falke*, frente a lo cual se empeñaba en dejar en alto el nombre de Pocaterra, al igual que el de su propio padre. Persistía en la idea de organizar una nueva conspiración y favorecer y respaldar materialmente los proyectos sobre posibles focos insurreccionales en el interior de Venezuela acerca de los cuales llegaban noticias a París. Se devanaba pensando en cómo conseguir el financiamiento necesario:

Dígame si existe firme el ofrecimiento de aquel parque en el Canadá (...) Téngame al corriente para no desmayar yo en mis gestiones de dinero. Si con una suma no mayor de \$50.000 se pudiera lograr algo... (Pocaterra, 1973, Tomo II: 119).

En ese momento Carlos parecía ceder ante la seducción del “invasionismo” y el “protagonismo”, hallando en ese tipo de acciones la única posibilidad para enfrentar el poder de Gómez. Al igual que la generación de su padre, cifraba en el coraje, el arrojo y la acción armada la posibilidad del éxito. Sin embargo, en las críticas que dedica a la inconsistencia en las posiciones de los caudillos antigomecistas refleja –aunque tímidamente– su desconfianza hacia esas prácticas políticas y, sobre todo, hacia el viejo liderazgo:

Desgraciadamente mientras más comento estos asuntos tristes más me convenzo de que vivimos demasiado en el pasado, no por culpa nuestra, sino por un estado mucho peor de derrota anticipada existente en el seno de los únicos que podrían llevarnos a la guerra (Pocaterra, 1973, Tomo II: 143).

Hereda de su padre el riesgo y la exigencia de probarse ante las dificultades: “El que fracasa luchando tiene siquiera el desprecio para los demás y el sabor mismo de la lucha, pero el que se derrota pensando en el fracaso posible, seguro...” (Pocaterra, 1973, Tomo II: 144).

Son tiempos difíciles para un joven de apenas una veintena de años que, como sostiene Ramón J. Velásquez, ha tenido una infancia muy complicada:

Vivió todo el tiempo el drama del exilio, la gran tragedia de su familia. Catorce años preso el general y sale a conspirar y a que lo maten. Allí no hay paz ni alegría (...) para terminar abaleado, es como un sino. Carlos Delgado nunca tuvo un momento de paz. Siendo un hombre profundamente culto, humano, cordial, completo, una estrella lo marcó (...) hasta el año 36 que muerto Gómez él puede regresar. Su mundo es la clandestinidad, la persecución, la cárcel, la expedición, los revolucionarios, las muertes... (Ent. 1).

En enero de 1930 Carlos viaja en compañía de su madre a Nueva York, alojándose en Stapleton, Staten Island. Allí, además de matricularse en la Universidad de Columbia, continuó un incesante intercambio de opiniones con exiliados antigomecistas respecto a la situación venezolana. En este sentido, le comenta en febrero de 1930 a su amigo Pocaterra: “Prepárese para el papel que le tocará desempeñar en Venezuela (....) Tengo el más negro optimismo respecto a la revolución de los de afuera y vaya armándose para la que pronto estallará allá dentro” (Pocaterra, 1973, Tomo II: 176). Asimismo, se plantea dudas respecto a la factibilidad de concretar algún proyecto con los patriotas que hacían vida en Nueva York, mientras acariciaba con su primo Jugo Delgado el plan de comprar por \$12.000 el *Falke* para transportar armas a México.

En la medida en que fueron apareciendo las versiones de los diferentes actores de los hechos de Cumaná, se fue acentuando el debate y los juicios a favor de una u otra de las diferentes interpretaciones, ante lo cual Carlos manifestó:

¿Por qué pues no tratar de que cada uno cargue con la parte de responsabilidad que voluntariamente fue a buscar sirviendo a la patria? Seamos estrictamente severos con nosotros mismos y justos con los demás y hagamos un análisis de los hechos primero y de nuestras conciencias después. Los que tomaron parte activa tienen en buena lógica derecho a la crítica; que la multitud de jueces a mansalva hable y grite después, es lógico también, pero a ello tienen menos derecho que nosotros. En síntesis, de todos los que tomaron parte en esta contienda armada raros son los que no buscan el modo de tirarle la piedra al compañero; sería pueril extrañarse de una cosa tan corriente en cualquiera

clase de fracaso (...) Mi deseo es demostrar que nadie pudo cumplir con su deber de un modo absoluto y satisfactorio para su conciencia. Y como las masas no son responsables, que caiga para simplificación del problema la responsabilidad sobre los jefes (Pocaterra, 1973, Tomo II: 185).

Ante los que reclamaban prudencia y contención, justificaba la actitud de su padre, apoyándose no sólo en su naturaleza personal y trayectoria política, sino en la altura del compromiso cuando lo que se juega es una revolución: “Había que ser audaz. Él lo fue y murió. Otros han sido prudentes y mueren a su modo” (Pocaterra, 1973, Tomo II: 186). Al salirle al paso a los que tildaban de “personalista” la actitud de su padre, expresó en forma contundente lo que quizá hasta entonces sólo había manifestado en privado:

Entre tantas deficiencias no puedo menos que enorgullecerme de ser el hijo de aquel hombre que tuvo un concepto esencialmente serio de la vida y que en sus compromisos últimos no le falló a nadie. Hasta con él mismo cumplió, cuando se prometió ir a las costas de su patria a pelear por la libertad, mal o bien armado. En dos años de lucha no encontró la ayuda que le permitiera venirse en estas últimas condiciones. Jugó el todo por el todo y perdió la vida. ¿Se le ha de reprochar? La prudencia y tras la prudencia la ineptitud son las dos virtudes venezolanas que nos han valido treinta años de dolorosa tiranía (Pocaterra, 1973, Tomo II: 188).

Le preocupaba que, distraídos en tanta diatriba, abandonaran la lucha política y, en particular, que se disolviese la Junta Suprema de Liberación, ya que continuaba pensando que su papel podría ser útil, no sólo en el patrocinio de acciones desde el exterior sino en el apoyo y protección de actividades que se llevasen a cabo internamente. En esta línea, Carlos continuaba planteándose la factibilidad de la propuesta del grupo de México, para lo cual contaban con el patrimonio personal de los hermanos Castro Gómez, más algún otro aporte que pudieran conseguir, y con la presencia de alrededor de doscientos hombres (venezolanos y mexicanos) dispuestos a participar en la operación.

En julio de 1930 la familia Delgado-Chalbaud Gómez fue informada que los alemanes habían traspasado la hipoteca que pesaba a favor de ellos sobre las propiedades de la familia, poniéndolos en la disyuntiva de pagar o perder sus casas, que eran el único bien que les quedaba, agravando aún más su precaria situación. Ello obligó a Carlos a viajar apresuradamente a París en los primeros días del mes de agosto para resolver la situación. Una vez reinstalado en su casa de la rue Babylone, le confiesa a Pocaterra: “De N.Y. salí asqueado. Apartando a Jugo, que por todos respectos es un caballero y un patriota, lo demás es m... de Canbronne” (Pocaterra, 1973, Tomo II: 221). Y le adelanta que quizás se residencie en España, adonde decidieron irse su madre y su hermana Elena a partir de mediados de septiembre. No obstante, un cambio de opinión hizo que permaneciera en París y que a mediados de octubre se matriculara en la “Ecole des Travaux Publics” para estudiar Ingeniería.

En diciembre de ese año le comentaba a Pocaterra: “Yo estoy perfectamente desconectado de toda política, además me he propuesto terminar los estudios lo más ligero posible; en un año más saco el diploma de Ingeniero” (Pocaterra, 1973, Tomo II: 251). Quizás ante la extrañeza manifestada por el amigo frente a esa afirmación, le aclaraba un mes mas tarde:

Cuando le decía a Ud. que estaba desconectado, me refería no a un estado de desinterés, sino de asqueo, pero con todo eso estuve al corriente de los últimos sucesos: supe paso a paso los preparativos de la intentona de Arévalo, la que le costó a los Castro 6.000\$; ellos me escribieron indignados contra Arévalo, porque éste había abusado de su confianza, etc... Siempre les critiqué sus proyectos porque lo cuerdo, lo eficaz, era volver fuertes, no en correrías inútiles por territorios desiertos (Pocaterra, 1973, Tomo II: 261).

El primer semestre del año 1933 transcurrió entre “promesas y esfuerzos futuros”, rumores, aclaratorias, suposiciones acerca de una posible “organización de la gente del *Falke*”. Por esos meses Pocaterra comenzó a organizar un plan y a comunicarse con aquellos que pudieran participar y/o contribuir financieramente. Con esa finalidad invita a

participar a Carlos, quien se anota de inmediato, ofreciéndose a investigar sobre técnicas y elementos de combate que pudieran ser útiles.

Estamos en presencia de un joven que recién ha cumplido veintidós años, que ha conocido la historia reciente de Venezuela a través de los ojos y testimonios de su padre, de una familia que se quedó sin soporte moral y económico, de una generación de viejos luchadores que no conocen otro modo de hacer política que la insurrección personalista, de un grupo de interlocutores mayores no sólo en edad, sino en su carga de resabios y frustraciones. Un joven que necesitaba distanciarse de ese mundo para abrirse uno propio en un momento de profundas transformaciones. De allí que Carlos se debatía entre la discusión sobre Venezuela y el seguimiento de intentonas conspirativas dentro y fuera del país por una parte; y, por la otra, entre el desarrollo de su vida personal y afectiva, la continuación de su formación profesional e ideológica y la concreción de sus expectativas económicas, en un contexto marcado por los complejos procesos que acontecían en Europa y el surgimiento de movimientos políticos que dejaron una importante huella en la fisonomía de la primera mitad del siglo XX.

Su formación profesional

La Francia de los años treinta en la que Carlos Delgado vivió importantes momentos de su formación profesional e ideológica era un país que experimentaba circunstancias complejas y especialmente interesantes. En efecto, la década del 30 fue crítica en materia económica, siendo los años más difíciles los que transcurrieron entre 1931 y 1935, cuando se manifestaron más crudamente los efectos de la Gran Depresión que significó una profunda crisis financiera, agrícola e industrial que se abatió sobre todos los sectores sociales a través de la devaluación, el paro y las supresiones de rentas y sueldos.

A este panorama económico se sumaron los interrogantes acerca de la validez del régimen político francés frente a la crisis que experimentaba la democracia liberal, al no haber podido responder satisfactoriamente después de la Primera Guerra Mundial. La crisis política

comenzó a intensificarse en 1934, en el marco de una gran conflictividad social y política marcada por acciones antifascistas y el llamado a la formación de un Frente Popular, que se concretó a través del triunfo en las elecciones legislativas en mayo de 1936, acompañado de una explosión social sin precedentes.

Esos fueron años de cambio de paradigma, agudas confrontaciones ideológicas, surgimiento de nuevas tendencias y expresiones que estimularon la reflexión y búsqueda de intelectuales y jóvenes, convirtiéndose en temas obligados de conversación en las tertulias de los cafés parisinos.

En este contexto, dadas las inclinaciones de Carlos por la matemáticas y el cálculo, y tomando en cuenta la esmerada educación recibida en el Liceo Lakanal, no consiguió ningún obstáculo para matricularse en 1930 en “L'Ecole des Travaux Publics” para estudiar ingeniería. Allí terminó sus estudios el 28 de julio de 1933 y recibió el diploma de Ingeniero en Obras Públicas el 25 de agosto de 1934. De esta época es el comentario de Vallenilla Lanz al describirlo como triste y reservado:

...Cuenta que su familia está prácticamente arruinada. Las personas que ofrecieron ayuda para la expedición del Falke –que fueron muchas– no quisieron reconocer las deudas después del fracaso y su madre, Doña Luisa, ha tenido que vender propiedades en Venezuela y hasta un edificio en París para cubrir los compromisos. Piensa marcharse a España al terminar sus estudios. Caminamos juntos por las callejuelas del Barrio Latino (Vallenilla, 1961: 116-117).

En esas conversaciones, ambos intercambiaron opiniones y expectativas y, según Vallenilla, el joven ingeniero le comentó: “Habrá que esperar la muerte del Gral. Gómez para volver al país. (...) Cree que a nuestra generación está reservado un papel importante. (...) Quién sabe, declara sonreído. A lo mejor nos corresponde a ti y a mí gobernar la República” (Vallenilla, 1961: 117).

Son muy pocas las informaciones con las que contamos de la vida de Carlos Delgado y su familia durante estos años. Su madre Luisa Elena

se casó por segunda vez con un escultor corso llamado Jeanne Aubin, quien tenía unas propiedades en la isla. Su hermana Elena estudió interna en un Colegio en París y al finalizar la educación media se casó con Pierre Lambert, un industrial dueño de cementeras en Haití y Marruecos (Ent. 7).

Por su parte, Carlos se relacionó afectivamente con Juliet Jorneau, francesa nacida en Alsacia, cinco años mayor que él, con títulos nobiliarios por ascendencia materna, intelectual y activista política, identificada con las ideas de la derecha francesa, a cuya difusión se entregaba fervorosamente (Ent. 7). Se dice que era una mujer bella e interesante, en un momento en que no abundaban mujeres intelectuales y políticas aún en el medio parisino, y que ella lo introdujo en su mundo, que lo cautivó. Quizá fue ese el primer contacto de Carlos con el medio político y con las propuestas de los jóvenes de su generación.

De acuerdo a lo conversado con Julia Delgado Moreán (Ent. 7), nieta de Carlos Delgado, de la relación afectiva entre Juliet y Carlos, que no llegó a formalizarse, nacieron unos varones mellizos –Carlos Román y Román Carlos– que quedaron bajo el amparo legal de su padre y se criaron con su tía Elena Lambert quien vivía en una calle céntrica de París.

Un año antes de culminar su carrera de ingeniería civil, el 21 de febrero de 1933, Carlos contrajo matrimonio con una joven llamada Ludbow Berliand (entre nosotros se conoce como Lucía Levine), hija del ciudadano rumano User Berliand (Michael Levine) y de Ester Dvoira Barbalat, nacida en Chisinau (Rumania), el 6 de septiembre de 1911, quien seguía estudios de Letras en la Sorbonne, París. La amistad entre ambos jóvenes pareció surgir a propósito de una pasantía que Carlos hizo en el transcurso de sus estudios en Rumania en 1932, alojándose en casa de Lucía gracias a la hospitalidad de su padre. Se dice que esta familia poseía una holgada situación económica y simpatizaba con las posiciones de izquierda. Los testimonios refieren que Lucía era una mujer muy instruida, pero de una personalidad un tanto conflictiva.

Respecto a su enlace matrimonial, Carlos le cuenta a José Rafael Pocatterra en carta del 7 de marzo de 1933:

El mes pasado me casé con una muchacha rusa. Me es grato ofrecerle mi casa en donde las circunstancias me obliguen a tenerla. ¡Ojalá! pronto en Venezuela. Además de mi matrimonio que se efectuó, como Ud. bien piensa, sin ninguna ceremonia, mis estudios me habían quitado todo mi tiempo pues tuve que dar un gran esfuerzo para tratar de graduarme en julio, y si no me viene mala suerte, así será (Pocatterra, 1973, Tomo II, 297).

Pese a los esfuerzos por terminar su carrera, en agosto del año 33 el novel ingeniero manifestaba su preocupación por su situación personal y, en particular, por la crisis económica que afectaba al país y se manifestaba en la vida cotidiana:

Ahora que terminé los estudios voy a sentir más la inactividad obligada en que vivimos. En Francia no se consigue trabajo de mi profesión y no puedo decidirme a vivir haciendo planes irrealizables. Dígame si en el Canadá es posible trabajar como ingeniero civil (Obras Públicas). ¡Yo me iría con gusto para allá! (Pocatterra, 1973, Tomo II: 299).

Ciertamente, a pesar de estas dificultades económicas y laborales, el primer quinquenio de la década del treinta en el cual transcurrió la formación profesional de Carlos Delgado fue muy rico en acontecimientos político-sociales: vale decir que desde París observó la caída de la Monarquía y la proclamación de la República española en 1931, la exaltación de la Tercera República y el auge y caída del frente popular en Francia, así como el surgimiento y avance del fascismo en Europa. Estos acontecimientos estimularon la reflexión ideológica y el debate político, en particular entre los jóvenes, quienes fueron testigos de la confrontación entre las más opuestas posiciones y las más variadas expresiones socio-culturales.

Para Carlos, recién casado, con una pareja de mellizos y sin bienes personales ni familiares, era particularmente inquietante la crítica situación económica y la dificultad para conseguir empleo, de allí que

a principios de 1935 viajara a España con la esperanza de conseguir trabajo y un menor costo de vida. Desde allí le cuenta a Pocatererra:

Su tarjeta me llegó hoy a Madrid adonde estoy refugiado aguantándome los rigores de la crisis económica. Vine con esperanzas de encontrar trabajo y nada. Más sirve en Europa, y de un modo general en el mundo civilizado, un título de chofer que uno de ingeniero (Pocatererra, 1973, Tomo II: 307).

Por cierto, en ese viaje coincidiría en la ciudad de Barcelona con el maestro Rómulo Gallegos, hospedándose en su casa durante un año, desde donde presenció días críticos en el escenario político español. Mientras en el resto de Europa se extendían las ideas y posiciones fascistas, en España, en octubre de ese año, ocurrieron tres hechos que precipitaron los acontecimientos que desencadenarían la Guerra Civil: la huelga general, el levantamiento de Cataluña contra el gobierno central y la comuna revolucionaria de Asturias. La polarización, la incomunicación y la conflictividad política se agravaron hasta llegar a la guerra.

Esta es la realidad que Carlos Delgado percibió en su viaje a España, donde tampoco las condiciones económicas y sociopolíticas le fueron propicias y, dada su historia familiar, no es de extrañar la referencia que encontramos en algunas fuentes (Ent. 8), relativa a su inclinación por la República Española y a su disposición y deseo de incorporarse a defenderla.

Maldonado Michelena sostiene respecto a esas posibles simpatías:

Yo no sé lo de la guerra civil española. Pero sí puedo asegurar que él tenía una gran admiración por ciertas cosas, por ejemplo, una admiración por los pueblos que desarrollaban algún movimiento, él hablaba maravillas de la Revolución Francesa con lo cual reconocía que cualquier cosa que hubiera en el mundo progresista, él simpatizaba con ella. No en el sentido de que fuera comunista (Ent. 5).

Carlos Pérez Jurado sostiene que fue disuadido de tal idea por Caracciolo Parra Pérez (Ent. 8). Lo cierto es que España no resultó el mejor escenario para insertarse en el mercado laboral, razón por la cual regresó a París y comenzó a pensar en el retorno a Venezuela. No obstante, se dice que durante un corto tiempo ejerció su profesión de ingeniero especialista en puentes y viaductos, desempeñándose como inspector de obras del Ministerio francés de Obras Públicas y que, incluso, trabajó en algún proyecto que llevaba el urbanista francés Maurice Rotival, a quien se le contrataría en Venezuela algunos años más tarde.

La muerte de Gómez, ocurrida en diciembre de 1935, le abrirá sin duda nuevos caminos.

En las entrañas de **la fuerza**

Desaparecido Gómez en diciembre de 1935 y ejerciendo la primera magistratura del país Eleazar López Contreras, Carlos Delgado regresó a Caracas. Una vez en el país, en el primer trimestre de 1936, su tío, el general Antonio Chalbaud Cardona, relataba que después de tantos años de exilio, Delgado no tenía contactos con los personeros de las Fuerzas Armadas. Hizo alguna gestión con su tío político materno, el Dr. Alfredo Machado, quien sería posteriormente ministro de Medina, pero éste le manifestó no tener conexiones con militares ni con políticos. Estando así las cosas, Carlos Pérez Jurado señala que fue Francisco Angarita Arvelo quien le sirvió para propiciar el contacto con el Ministro de Guerra y Marina (Ent. 8), respecto a lo cual recuerda Chalbaud Cardona:

Al poco tiempo, estando yo en mi despacho como Jefe de la Zona Militar No. 3 de Caracas, con sede cerca de Miraflores, el sargento de mesa de parte me informó: mi General, en la antesala hay un señor que dice ser su familiar y desea hablar con Ud., y de seguida le solicité que me enviara su identificación y esa persona era Carlos Delgado Chalbaud, a quien mandé a pasar adelante. Le pregunté qué le traía por mi Oficina, y él me respondió que él le caía bien el gobierno de López Contreras, yo tengo,

General Chalbaud muchas simpatías por él y me gustaría colaborar, me comunicó Delgado Chalbaud.

Durante esos meses había mucha actividad, y mi cuenta con el Presidente era alrededor de las once de la noche, y yo le informé a Delgado que ese día me correspondía a mí presentarla y que le plantearía al Presidente López su requerimiento, como en efecto lo hice al terminar de presentar mi cuenta a las 10 y media de la noche. Le participé al Presidente que en mi oficina había estado el único hijo del General Román Delgado – muerto en la invasión del Falke en Cumaná– y me había expresado su deseo de colaborar con el gobierno. De seguida, el Gral. López me preguntó qué sabía hacer y yo le informé que, por lo que había conversado, el joven era muy preparado y bastante inteligente, es graduado de Ingeniero en Francia, en el Politécnico. De seguidas el Presidente me dijo: General Chalbaud, propóngale estudiar Ingeniería Militar en Europa por unos cuatro años y me informa.

Al día siguiente se presentó en mi despacho Delgado Chalbaud, eran las 9 de la mañana hora en que le había citado; lo mandé a pasar adelante y le informé la decisión del General López y que de no aceptar yo le buscaría una solución distinta en otro campo de la jurisdicción militar. El me contestó, no General Chalbaud, ¡si eso es lo que yo quiero...! Un día después y al informarle al Presidente su aceptación de ir a Francia, se giró instrucciones al coronel Juan de Dios Celis Paredes para que Delgado Chalbaud fuera enviado de inmediato al exterior, al Ministerio de la Defensa de Francia, donde se le solicitó su incorporación al Instituto de Ingeniería Militar, expresándole al Gobierno de París que se le especializara en Ingeniería Militar de campo. Arreglada su documentación, Carlos Delgado Chalbaud partió a París (Chalbaud Cardona en Guzmán, 1985: 302-303).

De esa gestión surgió la decisión de incorporar al ingeniero Carlos Delgado como capitán asimilado a las Fuerzas Armadas y de oficiar a la Cancillería venezolana a fin de que se dirigiera al Gobierno Francés, solicitando la autorización para que cursara en la Escuela Superior de Aplicación para Ingenieros Militares de Versalles y siguiera un entrenamiento preparatorio en el 6to. Regimiento de Ingenieros en ese país.

De esta manera, en octubre, Carlos Delgado ingresó a “L’ecole Militaire et d’Application du Genie de Versailles” para estudiar durante el

período 1936-1938. De esta época es el comentario que realiza Vallenilla Lanz en sus *Memorias*:

A principios de octubre volvemos a París, donde tengo el placer de encontrar a Carlos Delgado Chalbaud en compañía de mi viejo amigo José Joaquín Jiménez Velásquez, ahora capitán del Ejército de Venezuela. Vienen ambos a estudiar a la Escuela Superior de Artillería de Versailles. Delgado ha logrado su propósito de ingresar como asimilado a las Fuerzas Armadas. Le gusta la vida de Venezuela. Se complace con el paisaje, el clima, y la gente, pero considera indispensable, para fines ulteriores, el curso de especialización en Francia (Vallenilla, 1961: 15).

Terminó el primer año de estudios el 6 de agosto de 1937 y el 3 de septiembre el coronel López Méndez, agregado militar de Venezuela en Francia, remitió al Ministerio de Guerra y Marina las calificaciones obtenidas por el capitán Delgado, por lo cual el 1 de octubre de 1937 Medina le manifestaba que “se complace por sus adelantos en la ingeniería militar y lo felicita por las altas calificaciones obtenidas, deseándole que corone con todo éxito sus esfuerzos” (Min. Def. C.C.P., N° 18: 18). El 30 de abril de 1938 Delgado solicitaba que le gestionaran su permanencia por tres meses en un regimiento francés de ingenieros para aplicar en la práctica lo que había aprendido en la Escuela. Esta solicitud fue debidamente tramitada y aceptada. Al finalizar sus estudios el 15 de julio de 1938 y graduarse de “Ingeniero Militar” con la presentación de una tesis sobre puentes y caminos estratégicos, se incorporó al “6ème Régiment du Genie” en la ciudad de Angers.

Al terminar esta pasantía en el ejército francés en enero de 1939, Carlos Delgado cerró su capítulo de vida en Francia. De allí volvió como ingeniero con amplia capacitación militar. Con una formación profesional de excelencia y una experiencia de vida compleja e intensa, había sido partícipe y testigo de episodios de vasta significación política e integrante de generaciones y ambientes contestatarios, tanto como transeúnte del mundo de la derecha como de la izquierda. Había seguido con interés el surgimiento de la derecha francesa y su debate

con el pensamiento y las organizaciones políticas comunistas, y presencié la aparición del fascismo y las fórmulas en torno a un estado nacionalista, corporativo y jerárquico. Fue un atento espectador de la consolidación del rol militar y tecnológico de los Estados Unidos de Norteamérica y de los nuevos desarrollos en la geopolítica y las artes militares, así como en el futuro lo sería del caso de la energía atómica y las armas nucleares.

Con su retorno a Venezuela se abrieron para él nuevos caminos: su incorporación a las Fuerzas Armadas y su participación en el escenario político venezolano pero, sobre todo, la recuperación de su identidad, la de sí mismo, la de ser hijo de Román Delgado, la de ser venezolano. A partir de ahora se relacionaría con los integrantes de la generación del 28 y profundizaría su conocimiento de lo venezolano y de los venezolanos.

La incorporación a la escuela militar

Las Fuerzas Armadas venezolanas habían experimentado en las primeras décadas del siglo XX un importante proceso de modernización y profesionalización, marcado por una importante influencia en el pasado de la tradición francesa y alemana, tanto en forma directa como a través de los instructores peruanos y chilenos, y desde mediados de los años treinta, por las crecientes relaciones con las Fuerzas Armadas norteamericanas.

Eran una institución en confrontación interna entre la alta oficialidad, descendiente del generalato tradicional, y los jóvenes egresados de las instituciones militares que pugnaban por ser reconocidos, tanto en jerarquía como en bienestar y calidad de vida. Se trataba de unas Fuerzas Armadas que se debatían entre cumplir el nuevo rol que demandaba la transición a la democracia o permanecer ancladas en el papel que venían desempeñando de guardia pretoriana de los regímenes de turno. Se trataba de un ejército marcado aún por una importante proporción de jóvenes andinos, con escasa representación del resto del país. Unas Fuerzas Armadas que, más allá del discurso oficial reconociendo los avances de su organización, se hallaban vívidamente retratadas en las memorias y testimonios de sus integrantes, entre

los cuales se describe el estado de los cuarteles, la dotación y los procedimientos de enseñanza. A esas Fuerzas Armadas se incorporó el ingeniero recién llegado de Francia.

El Capitán e ingeniero asimilado Carlos Delgado Chalbaud se incorporó en primera instancia a la “Instructoría General del Ejército”, unos días después, el 12 de enero. Fue asignado como oficial adjunto al Servicio de Ingenieros, y el 28 del mismo mes se inició como profesor de la Escuela Militar, siendo además designado como delegado del Ministerio para presenciar los exámenes anuales de los alumnos de la Escuela del Servicio Nacional de Seguridad.

Un detalle interesante: mientras Delgado terminaba en 1939 su curso en Versalles, también finalizaba el 30 de noviembre Marcos Pérez Jiménez el suyo en la Escuela de Aplicación de Artillería en Chorrillos, Perú (VII promoción), siendo ambos ascendidos al grado de Capitán en enero de 1941, fecha en la cual se le concedió a Delgado el pase a capitán activo. En adelante, las trayectorias de ambos personajes se mantendrán en dramático paralelismo.

Durante el lapso 1939-1945 Delgado se dedicó plenamente a las Fuerzas Armadas, desempeñando diversas responsabilidades: quizás las más importantes de ellas fueron la docencia en la Escuela Militar y otros centros educativos militares y su trabajo en el Batallón de Ingenieros “Francisco Avendaño”, que constituía una unidad elite. Además de ello, desempeñó un rol de experto en numerosas comisiones de asesoría y planeamiento, y participó en actividades conjuntas con las Fuerzas Armadas Norteamericanas.

Ingresa a la Escuela Militar como profesor con carácter interino en las asignaturas de fortificación y álgebra y, al igual que el teniente Marcos Pérez Jiménez, fue comandante del curso de cuarto año (*Memoria* 1940: 114). El 10 de febrero del mismo año comenzó a dictar, también como profesor auxiliar, las asignaturas de balística y empleo de armas y, posteriormente, asumió las de física y electricidad. Simultáneamente era el profesor de la asignatura de fortificaciones en la Escuela de Aplicación de Infantería y de matemática y topografía en la Guarnición de Caracas.

Sobre su condición de profesor, uno de sus alumnos y ayudante de cátedra en la Escuela Militar refiere que “Delgado le dio clases de matemáticas, aritmética, álgebra y geometría. Era buen profesor, le gustaba mucho dar clases, no era ningún profesor sacado por los cabellos. (...) Era un tipo muy inquieto y muy profesional, muy competente” (Ent. 5). Además de su carga docente, en enero de 1941 integró el jurado examinador en el concurso para llenar las becas de oficiales ofrecidas por el Gobierno de los Estados Unidos, y en marzo de ese año fue designado como Capitán Comandante de la 1ra. Compañía (Zapadores) del Batallón de Ingenieros “Francisco Avendaño”; en mayo del mismo año lo nombraron Comandante de la 2da. Compañía del mismo Batallón, que fue el primer Batallón de combate con el que contó el Ejército de Venezuela, alcanzando gran reconocimiento en el medio. Dada su formación militar y profesional, formó parte de la comisión que estudió el Plan de Mejoramiento del Ejército Nacional (Pérez Lecuna, 2000: 507 y 530).

En 1942 integró una misión oficial –auspiciada por la Embajada de EEUU– que viajó a Trinidad con el objeto de conocer la base que allí tenía el ejército estadounidense y discutir sobre equipos militares. En abril del mismo año fue designado para trasladarse a Puerto La Cruz (Anzoátegui) y a las Piedras (Falcón), a fin de hacer los estudios necesarios para la instalación de barracas que sirviesen al alojamiento de oficiales y tropas. Dada la necesidad de fortalecer nuestras defensas debido a la situación de guerra, se procedió a hacer evaluaciones de los equipos y armamento con los que contaban las Fuerzas Armadas, de allí que a Delgado le correspondiera hacer el informe relativo a las reparaciones que requería el cañón “Armstrong” de 120 mm emplazado en el Castillo Libertador de Puerto Cabello.

En el marco de las exigencias de formación y mejoramiento de oficiales en nuestra institución armada, el gobierno de los Estados Unidos ofreció en 1942 dos becas a oficiales venezolanos, de allí que en el mes de agosto Delgado fuera informado de que: “ha sido Ud. declarado en comisión y designado para ir a los EEUU de América a seguir

un Curso especial de Química de Guerra que tendrá una duración de 11 semanas” (Min. Def. C.O., 369).

El curso de Guerra Química se realizó a partir de 21 de septiembre en el Arsenal de Edgewood (Maryland-USA) del Instituto “Chemical Warfare School”, en donde funcionaba el Servicio de Guerra Química de los EEUU. Al término del mismo, las autoridades militares venezolanas acordaron aprobar que Delgado continuara estudiando “Operaciones” en el Curso de Estudios de Estado Mayor en Fort Leavenworth (Kansas) adonde se trasladó a partir de noviembre.

Delgado terminó el curso en enero de 1943 y regresó a Caracas reincorporándose a sus funciones y asumiendo un conjunto de actividades de intercambio con las Fuerzas Armadas Norteamericanas. En marzo de ese año regresaron también de Estados Unidos su esposa Lucía (de 32 años) y su hija Elena (de 7), quienes desde aproximadamente el año 1940 se encontraban residenciadas en Nueva York debido a problemas de salud.

El 5 de Julio de 1943 Delgado fue nombrado Jefe de la quinta sección del Estado Mayor General y Jefe de Estudios de la Escuela Militar de Venezuela, que a la sazón estaba dirigida por Gabriel María Reyes Zumeta. Respecto a su paso por la Escuela Militar señala Carlos Pérez Jurado:

El Capitán Mario Ricardo Vargas Cárdenas tiene alta opinión de Delgado. En general los oficiales y los cadetes de la Escuela Militar (de la Planicie) le estiman y están contentos con él. Pero, dicen, se trata de un oficial “poco comunicativo” y tímido. Por aquella época los oficiales subalternos vivían dentro de la mayor estrechez (Pérez Jurado, 1997, 14-15).

También Giacopini Zárraga recuerda las opiniones que circulaban en los predios de la Academia: “A Carlos Delgado lo veían como muy inteligente, con muchos conocimientos, muy culto” (Ent. 2). Vallenilla Lanz relata el comentario que le hiciera en una oportunidad Mario Vargas: “Usted es amigo, desde entonces, del Capitán Delgado Chalbaud, ¿verdad? Ese hombre vale mucho. Ahora lo tenemos de Jefe de

Estudios en la Escuela Militar. Los oficiales y cadetes están muy contentos con él aunque es poco comunicativo” (Vallenilla Lanz, 1969: 198).

Maldonado Michelena señala cómo era el ambiente académico de la Escuela Militar en aquellos años:

Se trabajaba con una gran esperanza, había además de Delgado gente muy buena, venida de Chile: un coronel llamado Guillermo Masani que comenzó a dar toda la parte de Topografía y Geodesia, todo nuevo y con un nivel bastante elevado. Mazzei Carta también era muy bueno, había unos cuantos muy buenos. Llovera era profesor de Geopolítica y hasta escribió un texto. El ambiente de la Academia no era como la gente cree, que era rudimentario, tú tenías que saber, aprender y memorizar. No era como ahora que todo es por computadora. Se trabajaba bastante bien, nosotros teníamos compañeros muy valiosos, como Raúl Castro Gómez, que llegó a ser Director de la Escuela Militar, muy interesante, graduado en Sant Cyr (Sic).

Las Fuerzas Armadas no eran tan técnicas como lo son ahora, lo mismo que los cursos de oficiales no son tan técnicos, pero había un espíritu militar e institucional muy elevado. La influencia de Chorrillos no se respiraba del 40 al 43, eso vino después. Nosotros del 40 al 43 teníamos dos profesores peruanos que eran especialistas en infantería, en blindados y en artillería. (...) Nosotros no veíamos nada de política. Eso puede ser a partir de los que enviaron a estudiar allá a Chorrillos. (...). La política comenzó a meterse en las FFAA cuando el intento de golpe aquel de los sargentos, el intento de sargentada que encabezó Perdomo Camejo (Ent. 5).

Similar opinión nos refiere Alberto Müller Rojas respecto a las características de la Escuela Militar:

Delgado era profesor de planta de la Academia Militar de matemática. (...) Delgado de populista no tenía nada, porque era un sujeto de pensamiento socialista pero de unas maneras europeísimas, hablaba 4 o 5 idiomas. (...) Yo tengo amigos de esa época (antes del 45) que eran amigos de mi abuela, que hablan de una escuela militar efectivamente poco práctica y muy teórica, pero muy afianzada en la enseñanza de dos cosas: en lenguaje, la mayoría de los oficiales eran excelentes oradores y escribían bien, y las matemáticas, que estaban en la base del desarrollo de un pensamiento lógico. Lo que se

trataba era de formar a una persona con capacidad de conducción, de dirección, para lo cual se estimaba que lo importante era que tuviese un pensamiento lógico y manejase bien el lenguaje, la comunicación. En esa primera escuela militar era más o menos por el mismo estilo de West Point y los oficiales eran escogidos por los presidentes de estados, cada presidente de estado tenía un cupo. Era una escuela con tendencia clasista, tenemos que ubicarla dentro del marco de las ideas que dominaban en el momento que era el Positivismo, “orden y progreso”. La Academia Militar fue clasista, no en el sentido de privilegiar la aristocracia, sino en el sentido de privilegiar gente que viniera de hogares bien constituidos, con una buena formación (...) El signo distintivo de esa Academia Militar (de la que se fundó en el régimen de los andinos, porque hay que separarla de la Naval que tuvo una evidente influencia inglesa), el signo distintivo fue alemán, en la formación también. Duró así hasta los años 50, justamente en esa época por razones de la guerra, empezaron a tener influencia aquí en Venezuela los norteamericanos a través de la misión militar norteamericana. (...) En la aérea hubo influencia norteamericana desde un principio, a pesar de que Gómez el material que trajo fue francés, los aviones Breguet, y el primer asesor extranjero que trajeron fue un general francés... (Ent. 11).

Mucho se ha comentado acerca de la “soledad” de Delgado al arribar al país después de tantos años de exilio y su incorporación un tanto abrupta a las Fuerzas Armadas. Al respecto señala Maldonado:

Yo no creo que él fuese considerado un paracaidista. Yo creo que él fue muy bien considerado, desde el principio tuvo aceptación en Venezuela. Era un hombre muy culto y además en poco tiempo adquirió el lenguaje venezolano, los modismos, tú le preguntabas una cosa y muchas veces te contestaba una barbaridad... (Ent. 5).

El 18 de octubre

El acceso de Delgado al escenario político venezolano se dio a través de su participación en los sucesos del 18 de octubre de 1945. Mucho se ha discutido sobre su incorporación y actuación en los mismos. Pero, antes de referirnos a ello, detengámonos un poco en el ambiente que prevalecía al interior de la institución armada.

En paralelo a la profesionalización de las Fuerzas Armadas se venía dando un proceso de maduración política que obedeció, por una parte, a la presencia de los jóvenes que salieron a estudiar al exterior —particularmente en las instituciones militares peruanas— y conocieron el auge militarista que se desarrollaba en América Latina; y, por otra, a la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial y la intensificación de las relaciones con las fuerzas armadas norteamericanas.

Este proceso tuvo como ingrediente local el descontento que se venía acumulando en los predios castrenses como resultado del retardo en los ascensos y, por ende, el “techo” que hallaban las nuevas generaciones frente al viejo generalato que seguía ocupando los primeros lugares, tanto en términos de poder como de los beneficios económicos; eran habituales las quejas por las condiciones socio-económicas y el nivel de calidad de vida de los oficiales (abogaban por mejores suel-

dos, mayor protección social y programas de vivienda) y resentían el distanciamiento del Presidente, quien en su afán de mostrarse “civilista” parecía haber olvidado su carácter castrense. Al respecto Vallenilla Lanz refiere una conversación en la cual Delgado le señalaba:

Me confía que Medina pierde en el Ejército el prestigio que gana en otros sectores de la población. Los militares ven con inquietud la transformación del hombre en líder civil. Los oficiales tienen cada vez menos acceso al Presidente. Los recibe los jueves, durante unos instantes, pero siempre en grupo. Ellos no se atreven a pedir nada en esas condiciones. Sin embargo, la autoridad del general es todavía grande, bastarían pequeñas disposiciones para poner las cosas en orden (Vallenilla, 1969: 205).

No es desestimable el descontento que entre los oficiales había ocasionado la firma en 1941 del Tratado Territorial con Colombia, al cual percibían como un agravio a la soberanía y a la integridad territorial. Ello se sumaba a la preocupación de un grupo de jefes militares al considerar que la Escuela Militar era muy pequeña, con una capacidad exigua en función de sus necesidades, y que las Fuerzas Armadas Venezolanas, en términos de dotación y armamentos, estaban retrasadas en comparación con Colombia y otros países latinoamericanos.

Al interior de las Fuerzas Armadas se debatía no sólo sobre la situación de los efectivos militares sino sobre el contexto general del país, como relata Pérez Tenreiro:

Las inquietudes nacionales añadidas a las propias de la Institución Armada al crecer y comentarse fueron dando lugar a reuniones, a compactación entre los oficiales deseosos de una buena programación de la instrucción, de la orgánica, del armamento. (...) Punto muy importante era el relevo de los mandos, ocupados por jefes abnegados y sufridos pero por regla general incapaces, además cerraban el paso a quienes podían ejercer en meditada manera la jerarquía, la conducción de un programa capaz de sacarnos de la ignorancia, de la rutina asfixiante, ésta a manera de óxido, corroía todas las energías. (...) Así, fuimos reuniéndonos y en pequeños grupos analizábamos la situación, se imaginaban soluciones, se despertaban esperanzas... (Pérez Tenreiro, 1984, 113).

De estos contactos entre los militares surgieron agrupaciones con intereses corporativos como la “Unión Patriótica Militar” que agrupaba a los militares jóvenes y expresaba el fortalecimiento de los sectores medios, pero también de los valores jerárquicos y reglamentados de la institución militar. En las propuestas económicas de esta agrupación se advertía una aspiración modernizadora y desarrollista que evidenciaba el surgimiento de un grupo de oficiales medios, no sólo dispuestos a defender sus posibilidades y ascensos en el seno de la institución militar, sino interesados en participar en la vida política nacional. Ello significaba reclamar un nuevo rol para las Fuerzas Armadas dentro de la sociedad venezolana, lo cual se hacía posible en la medida en que contaban con una oficialidad técnicamente capacitada y con recursos para imponer el orden en caso de que ello fuese necesario.

La vanguardia de este grupo se organizó en una sociedad secreta denominada “Unión Patriótica Militar” (UPM), cuya fundación parece haber ocurrido hacia 1942, desapareciendo al ser descubierta y reapareciendo con nuevos bríos en 1944. La UPM contaba con un Acta Constitutiva en la cual expresaban sus propósitos: la necesidad en que se encontraba el país de renovar sus instituciones y métodos de gobierno, las nociones de “patria, patriotismo y nación”, la necesidad de enfrentar los problemas de peculado y la “creación de un ejército verdaderamente profesional” que reivindicase valores como la autoridad, el orden público, la seguridad, la libertad de expresión, la sana administración y el estado de derecho.

Estos sectores militares jóvenes y contestatarios se insurreccionaron contra la jerarquía que le daba coherencia a la institución, tal como señala Müller Rojas:

...allí se empezó a crear un conflicto dentro de las Fuerzas Armadas entre lo que se llama el oficial tropero y lo que se llaman los académicos. El resultado de ese conflicto fue el triunfo de los académicos del 45. Ahora, el término académico no se debe vincular con el hecho de haber estudiado en la Academia Militar sino con el tipo de actividad que desempeñaban en las Fuerzas Armadas, porque habían muchos egresados de la Academia Mili-

tar que respondían y se asimilaban al criterio del tropero, que es el comandante de tropa que exalta las habilidades y destrezas físicas, sobre las habilidades y capacidades intelectuales. Tropero es el que privilegia el mando y las destrezas físicas. Esa clasificación la hay y ese conflicto también lo hay en todas partes, es como un rasgo sociológico de las corporaciones militares. Aquí el 45 triunfa el sector académico, aun cuando algunos de los responsables de la conspiración respondían más a patrones troperos, aunque eran egresados de la Academia Militar, como los hermanos Velasco, Teófilo (...) los dirigentes del golpe del 45, los Vargas, Julio César, Mario (...) eran troperos y respetaban a la Academia y todo el período desde Chalbaud hasta el 58 es de predominio de oficiales académicos (Ent. 11).

Delgado fue el último oficial que se juramentó en la UPM un mes antes del golpe y, según relata Giacomini Zárraga, se incorporó al movimiento a mediados de septiembre:

Carlos Delgado era el jefe de Estudios en la Academia Militar, y como era un oficial muy culto, sin obstáculos en su carrera, no habían querido decirle, pero el teniente Edito Ramírez, que era uno de los jefes del pelotón en el cuerpo de cadetes y era amigo de Delgado, dijo: “yo le voy a decir algo importante”. Y Delgado le dijo: “yo no estoy preparado anímicamente, ni moralmente para una cosa de esa naturaleza. Denme por lo menos 48 horas para pensarlo. Si acepto no hay problema porque estoy con ustedes y si no acepto, tampoco, porque yo soy un caballero y ustedes no tienen nada qué perder (Castillo-Paredes, 2003: 221).

Pero el contexto político del país no estaba menos agitado: se necesitaba concretar una candidatura del sector oficialista, sobre todo después del percance ocurrido a Diógenes Escalante que acabó con las ilusiones de una propuesta unitaria; habían fuertes presiones por parte de los sectores militares andinos y de los más conservadores, quienes veían con recelo un candidato civil que no fuese de esa procedencia regional, ante lo cual no parecía desestimable un retorno de López Contreras; el sector de la social democracia (AD) pugnaba por una ampliación de los escenarios políticos que permitiera una mayor participación y garantizara el voto de todos, en una cruzada que tenía como

una de sus consignas fundamentales la lucha antifeudal; el Partido Comunista, minado por el browderismo, confundido por el apoyo a las democracias en su lucha contra el eje y empeñado en disputarle a AD su influencia popular y sindical, aparecía aliado al ala luminosa del Medinismo en el poder.

Entre los civiles se escuchaban críticas a la gestión medinista: su cercanía a los comunistas; la lenta disposición a acoger el voto directo, universal y secreto; la desorganización administrativa y el crecimiento del peculado; la acusación de continuismo al tratar de imponer un candidato nuevamente andino, así como el manejo desde el poder del partido oficialista PDV, utilizando recursos económicos e institucionales para sus objetivos proselitistas. Este panorama lo resume Edito José Ramírez:

Al regreso de su gira por los países bolivarianos, el Presidente Medina llegó a tener el asentimiento del pueblo venezolano. Las grandes concentraciones populares de Los Caobos, el Stadium y el Hipódromo Nacional fueron la apoteosis del líder, el vértice de su trayectoria política y el punto de partida de la gran ofensiva de sus contrarios. Recuerdo que cuando oíamos emocionados su alocución en el Hipódromo, comenté yo a quienes me rodeaban: ¡Magnífico! Emocionante! Pero ahora debe dedicarse a la política interna, a arreglar la casa que anda mal. Así lo hizo, pero sobre la rama descendente de su trayectoria pesaban el enfrentamiento con el Gral. López Contreras, la agresiva actitud de Rómulo Betancourt y su partido, la pomposa celebración de su ascenso a General en la Escuela Militar, la farsa de la candidatura de Dr. Biaggini y, como punto de caída, el estallido del 18 de octubre (Ramírez, 1981: 39).

Una de las mayores oposiciones que debió enfrentar Medina fue la que desató el diario *La Esfera* a través de los editoriales de su Director, Ramón David León, quien se hizo eco del descontento de civiles y militares. En el ambiente también circularon dudas acerca de la actitud de los sectores petroleros ante la gestión medinista. Como dato interesante vale anotar que a mediados de junio de 1943, el Sr. Henry Le-man, gerente de la “Standard” en Venezuela, emitió opiniones críticas

sobre el Presidente Medina, añadiendo “Nosotros tenemos poder suficiente para tumbar a Medina”. Al conocerse el comentario en los predios oficiales fue expulsado del país y antes de irse a los EEUU, el Sr. Leman comentó a los detectives que lo acompañaban: “Dígale al General Medina que ésta me la pagará. Algún día lo veremos exilado en New York” (Pérez Lecuna, 2000: 838).

A lo largo del año 1945 los corrillos, la sospecha generalizada y los brotes de indisciplina y de sabotaje se convirtieron en la dinámica de los cuarteles e instituciones militares, extendiéndose poco a poco al interior de los mismos. Fue aumentando el número de efectivos juramentados y haciéndose más densa la red de comprometidos, penetrando todas las fuerzas, incluso la marina. Podríamos decir, entonces, que en octubre del 45 se conjugaron dos procesos de distinto signo pero coincidentes circunstancialmente: la necesidad de apertura y participación planteada por los partidos, a través de la cual se expresaba la emergencia de nuevos sectores sociales, y la eclosión de un sector de las fuerzas armadas, fruto de la profesionalización y del perfeccionamiento de los cuadros, que no sólo buscaba redefiniciones al interior de la jerarquía militar sino que suscribían diferentes visiones y expectativas con respecto al rol que las Fuerzas Armadas debían jugar en los procesos políticos y sociales. Esta conjunción se dio además en el marco de un contexto internacional particular, caracterizado por el desarrollo de las corrientes renovadoras y democráticas en oposición al fascismo. Pérez Tenreiro sostiene que contrariamente a lo acostumbrado, “fue el Cuartel a tocar las puertas de las organizaciones políticas” (Pérez Tenreiro, 1984: 147).

Se hicieron varias reuniones entre los representantes militares y los de AD, entre los cuales asistieron Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Luis Beltrán Prieto y Gonzalo Barrios. Ni el Presidente del partido, Rómulo Gallegos, ni el Vicepresidente, Andrés Eloy Blanco, fueron informados acerca de las negociaciones. Del lado de la UPM participaron Marcos Pérez Jiménez, Carlos Morales, Martín Márquez Añez, Horacio López Conde y Francisco Gutiérrez Prado. En las reuniones se insistió sobre

la importancia de mantener el secreto, cosa que por lo demás no fue posible, saliendo la delación del lado militar.

La UPM había formulado unas “Bases Programáticas” que se convirtieron en la sustentación del 18 de octubre. Entre ellas se señalaba:

1) *La finalidad suprema del movimiento es implantar en Venezuela un orden general de cosas en donde impere la honradez, la justicia y la capacitación.*

2) *El movimiento tiene como objetivo inmediato el lograr la compactación de los oficiales de las Fuerzas Armadas que sean moralmente sanos e intelectualmente capaces, para de esta manera poder actuar eficazmente en provecho de la finalidad ya expuesta. (Naudy Suárez, 1977: 70).*

AD decidió apoyar a un sector militar en la aventura golpista, con lo cual se jugaba una carta demasiado importante que contradecía en la práctica el principio de la institucionalidad, que era uno de sus fundamentos como organización comprometida con la democracia y la participación. En tal sentido, señalaba Rómulo Betancourt la víspera del 18 de octubre: “Nosotros aceptamos que queremos dar un golpe de estado pacífico, es decir, que queremos encontrarle una salida evolutiva a la compleja situación política del país; pero esa aspiración evolutiva se frustrará si quienes gobiernan continúan su actitud de insólito desdén a la opinión” (Betancourt, 1979: 154).

Pero esta vez los conjurados de AD estaban convencidos de que su participación en el movimiento podría abrir los nuevos rumbos que querían para el país; de allí que la noche del 17 en el Nuevo Circo de Caracas convocaran a todos (“ha venido esta noche el Partido del Pueblo a hablarle al pueblo”) a la jornada por el cambio:

La tesis del Gobierno provisional con candidato nacional la ligaremos a las grandes consignas que ha estampado nuestro partido en su programa, que han estado presentes en cien jornadas memorables, lucharemos por la tecnificación y la moralización de la administración pública, contra el peculado, contra el enriquecimiento ilícito de funcionarios públicos, contra el uso de las influencias políticas con fines personales, luchare-

mos por la creación de una economía próspera y saneada, lucharemos por pan, tierra, libertad y justicia para el pueblo (Betancourt, 1979:156).

El 18 de octubre el mayor Carlos Delgado se desempeñaba como Jefe del Departamento Académico en la Academia Militar y como integrante del Batallón de Ingenieros. Tenía amistad con Mario Vargas y Edito Ramírez, quien era jefe de pelotón del cuerpo de cadetes.

Una infidencia que llegó hasta Medina, precipitó los acontecimientos:

...uno de sus edecanes, Raúl Castro Gómez, que era primo hermano de Carlos Delgado, sabía que el Presidente tenía una lista de un golpe que iban a dar y en el que estaba supuestamente implicado Carlos Delgado. Por supuesto, Carlos Delgado, por su personalidad, su formación en Europa y todo, era el hombre que más lucía como posible jefe del movimiento. Esa misma noche Raúl Castro Gómez se reunió con Carlos Delgado y le dijo: “el general Medina tiene una denuncia de un golpe. Dice que tú estás metido en eso” (Ent. 2).

La última reunión del grupo comprometido, cuando se sospechaba que se había filtrado la información, se realizó en la casa de la señora Luisa Elena Gómez de Aubin (madre de Delgado) en el Paraíso, acordándose responsabilidades específicas: “mientras que los militares controlarían los cuarteles clave y el fuertemente armado palacio presidencial de Miraflores, AD garantizaría el apoyo civil” (Coronil, 2002: 147).

Desde la noche del 17 existía un plan para que el Director de Guerra, Ruperto Velasco, hiciera preso a Delgado en la Academia Militar, pero éste logró evadirlo recurriendo a una coartada:

Ruperto Velasco llega a la Academia con una maniobra muy torpe: una cena que no estaba programada. Los oficiales que sabían que estaba el golpe fueron muy prudentes y muy juiciosos con las copas. A la media noche, Ruperto Velasco invitó a Delgado a salir de parranda. Delgado le dijo: “no puedo coronel, mañana hay exámenes aquí y yo soy el jefe de estudios”. Al que se llevaron muy tomado fue a Velasco (Ent. 2).

Delgado, conjuntamente con Edito Ramírez, Raúl Parra García, Rómulo Fernández y Mario Vargas detuvieron a Ruperto Velasco, al Director y Sub-director de la Academia, cuando éstos se presentaron dispuestos a apresarlos. Los rebeldes controlaron rápidamente la Escuela Militar y al mediodía se alzó el cuartel de Miraflores y el cuartel San Carlos. Medina se refugió en el cuartel Ambrosio Plaza, donde estudiaba la situación: contaba con la fidelidad del cuartel de policía de Caracas y había retomado el control del cuartel San Carlos, además de otras tropas leales, pero al enterarse de que Maracay se había sumado a la sublevación, de la existencia de víctimas y de la traición de algunos de sus colaboradores, decidió capitular el 19 de octubre. Esa mañana, Delgado Chalbaud pensaba que el golpe estaba perdido y le pidió al ex Presidente López Contreras, quien estaba arrestado junto con Arturo Uslar Pietri, que intercediera ante el Gobierno como mediador. Giacomini relata lo sucedido de esta manera:

Cuando Carlos Delgado vio a los dos cadetes muertos, se impresionó mucho y le dijo al Gral. López Contreras: "Ud. Sabe que cuando un golpe de estos no triunfa en el primer momento fracasa. Este golpe ya fracasó, está muriendo mucha gente, los reportes que vienen del centro de la ciudad y de los combates alrededor de Miraflores dicen que hay muchos muertos y aquí lo mismo. No solamente personal de tropa sino reservistas, civiles. Yo querría que Ud. hablase con el Embajador americano para que él hable con el Gral. Medina y lo convenza de llegar a un acuerdo honorable con nosotros y cesar los combates". Estoy hablando por referencias, yo no estaba ahí. El Gral. López le dijo: "Mayor Delgado, yo no puedo hacer eso. En primer término Ud. sabe la sospecha que hubo sobre mí de que yo era el autor del golpe. Mis relaciones con el Gral. Medina no son como para hablar con él. Y en cuanto al Embajador americano, yo no puedo dar ese paso por mi condición. Pero lo que sí le sugeriría es que llame, por ejemplo, a un hombre calificado como es el Dr. Oscar Augusto Machado para que él, una persona de mucho peso social y profesional, interceda con el Gral. Medina para ver si se llega a una capitulación honrosa de Uds". En eso Edito Ramírez y Mario Vargas que se dieron cuenta de que había un proyecto de rendirse, se plantaron firme y dijeron: "No, donde nosotros estemos no se arría la bandera". Delgado se replegó (Ent. 2).

Lo cierto es que en la noche del 19 de octubre, bajo la tenue luz de las lámparas de gasolina, escuchando aún los disparos de los francotiradores ubicados en los alrededores de Miraflores y actuando como secretario accidental Leonardo Ruiz Pineda, se constituyó la Junta Revolucionaria de Gobierno presidida por Rómulo Betancourt e integrada por Raúl Leoni, Ministro del Trabajo; Luis Beltrán Prieto Figueroa, secretario de la Junta; Gonzalo Barrios, Gobernador del Distrito Federal; Edmundo Fernández, Ministro de Sanidad, y los oficiales Carlos Delgado Chalbaud, Ministro de Guerra y Marina, y Mario Vargas. Este era el nuevo gobierno “surgido de la alianza entre la juventud democrática del ejército y el pueblo”. Rómulo Betancourt relata en los siguientes términos el proceso de integración de la Junta:

En nombre del Partido, precisé que tal como había sido convenido de previo, los miembros del Gobierno plural debían ser siete: 4 dirigentes de AD, 2 oficiales de las Fuerzas Armadas y un civil sin afiliación de partido. Habló entonces el mayor Delgado Chalbaud. Esa exposición comenzó a revelarme una de las facetas de su compleja y contradictoria psicología: él, un vacilante constitucional, lo más distante del hombre afirmativo y con una fe, era capaz en determinadas ocasiones de desplante, de audacia. Había ingresado a la conspiración apenas unas semanas antes de su estallido y sus vinculaciones dentro de la oficialidad eran escasas, porque más que militar de vocación y formación era un ingeniero asimilado al ejército. Y no obstante ese cúmulo de circunstancias, adversas para él en tal coyuntura, llevó la voz cantante por la Unión Patriótica Militar. Dijo que su sector respaldaba los compromisos adquiridos con AD y con respecto a los dos miembros militares del Ejecutivo colegiado. Agregó, más o menos, lo siguiente: "Este ha sido, dentro de los cuarteles, un movimiento de capitanes y de oficiales subalternos, con unos pocos mayores colaborando con él; y debe estar representado en la Junta ese estamento mayoritario de oficiales de baja graduación, y muy calificado es para ello el capitán Mario Vargas. El grupo de oficiales superiores debiera estar representado por el mayor Julio César Vargas, aquí presente, pero como no sería ético, ni recomendable, la presencia simultánea de dos hermanos en la Junta, el otro candidato de las Fuerzas Armadas soy yo". Se procedió luego a escoger de común acuerdo al médico Edmundo Fernández como el civil independiente, y los militares Vargas y Delgado Chalbaud dije-

ron, al quedar integrado el equipo, que no tenía objeto discutir quién debía presidirlo, por estar todos de acuerdo en ese punto (Betancourt, 1956).

Se dice que desde antes del movimiento se sabía que Delgado pasaría a formar parte de la Junta, al igual que Mario Vargas. Dado que su participación activa en el complot parece haber sido no sólo tardía sino de bajo perfil hasta la víspera del golpe, abundan los comentarios acerca de la forma como el mayor Delgado se “incorporó” a la Junta. Giacopini Zárraga relata que cuando se discutían los nombres de los militares que la integrarían:

Carlos Delgado, que era una hombre con un gran sentido de la oportunidad y con una rapidez mental extraordinaria, le dijo a Ruiz Pineda: “Mira, esta Acta tiene que salir: Hay que anunciarle ya al país un nuevo gobierno. Lo militar es muy sencillo. Hay dos estratos militares en el golpe: oficiales subalternos y oficiales superiores”. Los oficiales superiores eran: Marcos Pérez Jiménez, Carlos Delgado, Julio César Vargas, Hugo Fuentes, Enrique Rincón Calcaño y Celestino Velasco. Los demás eran oficiales subalternos, subtenientes, tenientes y capitanes. Le dice Delgado a Ruiz Pineda: “Mira, ambos estratos tienen que estar representados. El oficial subalterno más destacado es el capitán Mario Vargas, ponlo ahí como miembro de la Junta y el oficial superior que podría ser Julio César Vargas, pero como es hermano de Mario, no pueden haber dos hermanos en la Presidencia, nómbrame a mí ahí, el mayor Carlos Delgado Chalbaud, Ministro de Guerra y Marina y miembro de la Junta” (Ent. 2).

Lo cierto es que esta jornada significó el inicio de un nuevo ciclo en la vida política de nuestro país: dio paso a la modernización de nuestro sistema político, permitió la emergencia de los militares académicos y abrió las puertas a nuevos actores políticos y sociales. También significó un importante cambio en la vida de nuestro personaje: el acceso a la vida pública, a los círculos del poder político, el conocimiento de los extravíos y manipulaciones, el reino de las rivalidades y de los manifiestos u ocultos intereses.

El Ministro

A Delgado le gustaba referirse al 18 de octubre como el “movimiento revolucionario de la juventud militar del ejército” y a menudo utilizaba esta expresión en su correspondencia personal e institucional, mientras que el Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno, Rómulo Betancourt, se refería de esta forma al carácter del movimiento:

...es el momento para decir que la valerosa y fervorosa Unión Patriótica Militar y la dirección del Partido del Pueblo, AD, acordadas e identificadas en sus finalidades revolucionarias desde hace varios meses, prefirieron siempre la fórmula evolutiva. (...) La finalidad básica de nuestro movimiento es la de liquidar, de una vez por todas, los vicios de administración, el peculado y el sistema de imposición personalista y autocrática, sin libre consulta de la voluntad popular, que fueron características de los gobiernos de López Contreras y Medina Angarita (Betancourt en Suárez, 1977: 75).

Delgado asumió el Ministerio de Guerra y Marina a los treinta y seis años, casado, padre de tres hijos (dos de los cuales, los morochos Carlos y Román, vivían en París y Elena, la menor, pasaba largas temporadas con su madre en Estados Unidos estudiando en el Colegio Francés de Nueva York). Profesional de la ingeniería, con formación y expe-

riencia militar, conocía varias lenguas y hablaba perfectamente el francés y el inglés. Era un lector incansable de literatura, filosofía, sociología, historia, religión y política. Gustaba de la poesía y de la música clásica que siempre lo acompañaba a bordo de su Citroën rojo, manifestando predilección por Beethoven; disfrutaba de la ópera, siendo las italianas sus preferidas y, en particular, “La Traviata”. Desaliñado en el vestir, incluso con los uniformes militares, poseía un temperamento nervioso que se intranquilizaba aún más en las situaciones tensas. Sobrio, sencillo en el trato, conversador, agradable y fino, poco afecto a fiestas, enamoradizo y de éxito con las mujeres. Siempre con un cigarro entre los dedos y una taza de café a mano. Afecto a la comida francesa, se preciaba de saber preparar “Cassoulet toulousain”

Físicamente era blanco, delgado, pelo lacio, rubio, no se parecía a su padre sino a sus antepasados Velutini (Ent. 6), muy inteligente y, según Régulo Fermín, silbaba muy bien, en particular le gustaba silbar “La vie en rose” (Ent. 4). Algunas fuentes señalan que tenía “un poder magnético extraordinario, sabía atraer a las masas” (Ent. 8). Era amante de los perros y de las flores, las cuales nunca le faltaban en el hogar y en su entorno de trabajo.

Müller Rojas lo recuerda como “un hombre muy simpático, muy agradable, de unas maneras europeísimas y una educación, con un espíritu igualitario a pesar de que su sola compostura lo distanciaba de esa forma de ser de nosotros. Carlos era muy formal en sus gestos y absolutamente honesto” (Ent. 11).

Su primo Guillón Machado señala que era un hombre muy reservado, pero al mismo tiempo muy ameno. Le encantaba conversar y dar clases:

Recuerdo que yo estaba estudiando ingeniería y él venía a la casa constantemente, él visitaba a su mamá, a mamá, a su primo Raúl Castro y a algunas aventuras que tenía por allí, y entonces cuando llegaba a casa nos daba unas clases magistrales, agarraba un pizarrón y lo llenaba de números y fórmulas, que no entendíamos ni papa. (...) Debió haberle gustado el cálculo porque llenaba el pizarrón de ecuaciones. (...) Lo que sí es claro

es que él tenía vocación de político, que le venía por los Delgado y hasta por los Velutini. La clave de él, es que él era un extranjero aquí, pero sin embargo se adaptó muy bien, gozaba de respeto (...) en el cuartel donde estaba, él apreciaba mucho a un oficial Montaña, él lo admiraba porque Montaña parrandeaba toda la noche y al día siguiente a la hora que tenía que estar estaba ahí, vestido correctamente con su uniforme y en cambio él llegaba a la tropa corriendo. (...) El se sentía cómodo siendo militar, él tenía gran capacidad de adaptación (Ent. 6).

Desde el punto de vista ideológico algunos lo consideraron “como un hombre de ideas socialistas” (Müller Rojas), mientras que otros lo percibían como “muy de centro. Tan es así que cuando él gobierna, gobierna con la mejor gente de Venezuela” (Maldonado Michelena). Desde nuestra perspectiva era un hombre de convicciones liberales modernas: respetuoso de la libertad individual, del constitucionalismo, de la modernización, de un intervencionismo moderado y de la puesta en práctica de iniciativas políticas y sociales que apuntasen a una mayor calidad de vida de la población. Su doble condición de profesional y militar formado en Francia le permitían una visión más amplia de las Fuerzas Armadas, más cercana a las actividades del político y planificador que a las del oficial beligerante. Partidario de la formación integral de los efectivos, no sólo en lo que cuenta para su desempeño en las diferentes fuerzas, sino en el cultivo del pensamiento, el criterio propio y la historia del país.

Esta manera de entender y vivir en el mundo, sumada a algunos rasgos característicos de su personalidad y a su historia personal, eran ingredientes suficientes para que entre sus compañeros de armas no terminara de “encajar”, viéndolo siempre como a un intruso.

El embajador francés, Monsieur Casteran, rápidamente destacó las afinidades de Delgado con “la France”, las cuales –a su juicio– podrían facilitar el fortalecimiento de las relaciones entre ambos países:

...un joven oficial que parece haber jugado un rol importante. El Comandante Chalbaud, antiguo alumno de Saint Cyr (sic) es conocido por sus sentimientos francófilos.

Nosotros tendríamos interés, si este gobierno llega a afirmar y mantener su autoridad, en ver llegar a Caracas al agregado militar que ha sido nombrado desde hace varios meses. Es probable que el Comandante Chalbaud quien ha conservado amistades dentro de la armada francesa, sea favorable a nuestras iniciativas, particularmente en el campo de la aviación (Casteran: Doc. 3).

En su condición de jefe militar del nuevo gobierno, Delgado se comprometió el 15 de enero de 1946 con el pueblo de Caracas a “devolverle a Venezuela un derecho perdido: el de darse el Gobierno que ella quiera darse”, reiterando la necesidad de tener confianza y esperar:

El ejército y la República que ayer iniciaron su glorioso resurgimiento con el sacrificio de sangre de los héroes de Octubre, no son de un partido de determinada región, son del pueblo entero de Venezuela; son de la capacidad y honradez, impulsadas por la acción justa y enérgica de un pueblo que despierta, que aspira y que promete (PP-SXX, No.52: 16).

Dos meses más tarde, en una concentración en San Felipe (Yaracuy), insistía en la “perfecta unidad de pensamiento” que se daba en la Junta de Gobierno y en la pronta realización de “libérrimas elecciones” a las cuales la Junta Revolucionaria llevaría a Venezuela, enfatizando el compromiso político de los integrantes militares de la propia Junta:

Si el Ejército es una institución eminentemente apolítica, no lo son los individuos que salidos del Ejército forman parte de la Junta Revolucionaria de Gobierno, porque a partir de ese momento se antepuso el político al militar y entonces la función política no es un derecho usurpado, es un deber de venezolano ejercerla, porque ella significa preocupación administrativa, preocupación de gobierno, preocupación social, en una palabra, preocupación política, y negársela es llegar al absurdo (PPVSXX, No. 52, 17).

El 29 de marzo proclamaba su identidad con la revolución en una concentración en Puerto Cabello, señalando: “Es necesario reconocer, como se ha hecho aquí, que la Juventud Militar colaboró traduciendo

un inmenso sentimiento popular, un inmenso sentimiento que se va afianzando día a día y que nada quebrantará” (PPVSXX, No.52: 19).

Por su parte, el presidente Betancourt se refería a él como “su compañero de junta y de ideales democráticos (...) antes nos acercó el vínculo ideológico; ahora nos ha unido la fraternidad nacida de un mismo desvelo compartido”.

Las líneas de una gestión

Para la Junta, atender a los sectores militares era una necesidad perentoria: en primer lugar, por la situación deficitaria de las Fuerzas Armadas en cuanto a calificación y equipamiento con respecto a otras fuerzas latinoamericanas; en segundo, por las reiteradas exigencias que hacían los efectivos en cuanto a mejoras de sueldos y calidad de vida, y tercero, desde el punto de vista estrictamente político y de la seguridad del régimen, resultaba urgente reorganizar la institución armada. En efecto, más allá del golpe de octubre protagonizado por la oficialidad joven, el ejército había quedado intacto, debiendo la Junta apoyarse en un ejército que no le correspondía ni le era totalmente afecto, corriendo así el riesgo de que cada oficial tuviera a su cargo una unidad que podía insurreccionarse.

De allí que se imponía una estrategia que permitiera, al menor costo, el pase a retiro de los viejos mandos, dando impulso a las nuevas generaciones (mayores, capitanes y tenientes) que habían sido los artífices del golpe. Se trataba entonces, en aras de garantizar la estabilidad del gobierno, que la oficialidad joven tomase el control de la institución armada desplazando a la vieja elite.

Parte de la estrategia puesta en práctica por Delgado como Ministro fue invocar la unificación del colectivo castrense, para lo cual disolvió la UPM señalando a los oficiales: “Yo no quiero que me dividan la Institución entre los que estuvieron con el 18 de octubre y los que no” (Ent. 3). Las líneas centrales de su gestión en el Ministerio fueron: el mejoramiento de la calidad de vida de oficiales y soldados; la continuación de los programas de capacitación dentro y fuera del país; el impulso a la

dotación de equipos y armamentos de las cuatro fuerzas, la reorganización operativa del Ministerio y de las fuerzas y el estrechamiento de los vínculos con las Fuerzas Armadas norteamericanas, tanto en términos de ayuda técnica y formación como de suministro de material bélico.

Asimismo convocaba a sus compañeros de armas a cumplir con su responsabilidad en la defensa de la integridad nacional, garantizando la tranquilidad interna del país, para lo cual debían contar con un desinteresado espíritu patriótico curtido en la práctica y fundado en virtudes esenciales a la institución militar como “la obediencia y la disciplina” (PPVSXX, No. 52: 33-35). En los días previos a la elección de los integrantes de la Asamblea Constituyente, el ministro Delgado insistía en el valor ciudadano del ejercicio del sufragio:

Los hombres de 18 de Octubre han cumplido su promesa. Días tan pocos que ya se pueden traducir en horas nos separan de un acto solemne y trascendente como no se vio jamás en Venezuela. Ya está en manos del pueblo venezolano su destino. Conferido el sagrado derecho del voto tiene el pueblo venezolano el ineludible deber de ejercerlo masivamente, con libertad espiritual, sin otro juez que no sea su conciencia política, sin temores físicos porque el ciudadano venezolano lucirá para ese día el manto de su mejor educación cívica, porque son respetables en grado máximo la mujer y el adolescente y el hombre cuando están ejerciendo un derecho, y porque las Fuerzas Armadas Nacionales en actitud vigilante en toda la Nación cuidan desde ahora para que nadie, si alguien tuviere la osadía, pueda introducir incidencias perturbadoras del normal desarrollo democrático (PPVSXX, No.52: 38).

De esta manera abogaba porque la ciudadanía concurriera a votar y porque las Fuerzas Armadas cumplieran exitosamente con su misión de velar por la seguridad de todos.

En la ocasión de presentar la *Memoria* correspondiente al año 1945 ante la Asamblea Constituyente, señaló la situación en la que encontró a las Fuerzas Armadas, destacando los sueldos exiguos de los profesionales, las raciones insuficientes para las tropas, los suministros escasísimos en vestuario y equipos de toda especie, razones éstas que

explicaron que sus primeras medidas fueran el aumento de las raciones a oficiales y tropa y la adquisición de material y armamento para todas las fuerzas, así como la formación del número de oficiales que se requería para completar las plazas y construir los alojamientos adecuados para la tropa, para lo cual contó con la cooperación del Ministerio de Obras Públicas. Asimismo insistía en que:

...el Ministerio ha tenido la constante preocupación de elevar el nivel profesional de la Oficialidad y tropas de la Institución. Continua orientación ha sido difundida en el seno de ella, en el sentido de que sus componentes se mantengan al margen del ejercicio de actividades políticas, firmes en los sentimientos de absoluta lealtad al Gobierno constituido como corresponde a los profesionales de las Armas (PPVSXX, No.52: 49).

Como punto esencial de la reorganización, se publicó en febrero de 1946 una lista de ascensos militares elaborada con base en el tiempo de servicios prestados en la jerarquía de oficial, con lo cual se estableció por primera vez una política que reconocía el esfuerzo de los efectivos que hacían carrera y estudios satisfactoriamente, dándoles acceso a cargos superiores, en función estricta de su antigüedad y méritos y no a partir de prebendas o favoritismos personales. Con el apoyo del resto de la Junta y con apenas ocho meses de actuación, el 22 de junio de 1946 se aprobaron siete decretos que contribuían en gran medida al proceso de modernización y tecnificación de las Fuerzas Armadas y al mejoramiento de la calidad de vida de la población castrense, comenzando por la adopción del nombre: Ministerio de la Defensa Nacional.

En la alocución que el ministro Delgado dirigió a las Fuerzas Armadas Nacionales el 24 de junio de 1946, día del Ejército, calificaba ese momento como de “renacimiento” de las Fuerzas Armadas, destacando que “el proceso evolutivo hacia el mejoramiento integral de nuestras fuerzas está en marcha”. Añadía que ese proceso sería posible en la medida en que se mantuvieran los principios fundamentales, entre ellos, el origen “eminente nacional” de las Fuerzas Armadas, que sus contingentes pudiesen llegar a las filas castrenses “sin distinción

de ninguna clase” y que, como colectivo, fuesen “coherentes y autónomas” y un cuerpo políticamente neutro. En tal sentido afirmaba:

... las Fuerzas Armadas no son una Institución nacida de la revolución y que su situación y su misión dentro del Estado son y seguirán siendo para beneficio de la colectividad venezolana, las que le imponen las leyes y reglamentos vigentes, los Decretos-Leyes emanados de la Junta Revolucionaria de Gobierno, y (...) lo que le impone el espíritu civilista que predomina en el conglomerado armado venezolano.

Y advertía que las Fuerzas Armadas:

...no intervendrán de nuevo para satisfacer aspiraciones que no me permitiré catalogar como minoritarias, porque solamente por consulta al pueblo en los próximos comicios se sabrá quién o quienes habrán de regir los destinos del país durante el próximo régimen constitucional. (...)

...el Ministerio ha tenido la constante preocupación de elevar el nivel profesional de la Oficialidad y tropas de la Institución. Continua orientación ha sido difundida en el seno de ella, en el sentido de que sus componentes se mantengan al margen del ejercicio de actividades políticas, firmes en los sentimientos de absoluta lealtad al Gobierno constituido como corresponde a los profesionales de las Armas (PPVSXX, No.52: 49).

En diciembre de 1946, ante los brotes sediciosos que se produjeron en el país y la reciente instalación de la Asamblea Constituyente, Delgado, en una alocución a las Fuerzas Armadas, mostraba la paradoja por un lado, de “ciudadanos que incitan a sus Fuerzas Armadas” a subvertir el orden y, por el otro, la realización de la reunión constitucional con miras a escoger la forma de gobierno provisorio para la nación. Ante esta confrontación de posiciones e intereses señalaba:

¿Por qué esta torva incitación sin comprender que no hay problema que no pueda ser resuelto por las vías de la razón y el convencimiento y que dentro de la imperfección humana la conciliación debe siempre privar por sobre la violencia, ya que ésta deja sólo un saldo de ruinas, dolores y odios difíciles de extirparse? (...) En mi circular de ayer

aludía a que los problemas que embargan la atención de los venezolanos pueden ser resueltos por las vías de la razón; puedo decirlos, que esa preocupación personal es una preocupación del Gobierno y que éste, instalada ya la Asamblea Constituyente, le someterá aquellas proposiciones que tiendan a armonizar la familia venezolana y a conciliar intereses y necesidades nacionales (PPVSXX, No. 52: 52).

A los veintiún meses de estar al frente del Ministerio presentaba una síntesis de las mejoras ocurridas en las Fuerzas Armadas, en la cual afirmaba que ante el lamentable estado de “desorganización y abandono” en que había encontrado a las instituciones, emprendió un proceso urgente de reorganización de la estructura y funciones que incluyó mejoras individuales y colectivas, entre ellas el aumento de sueldos y raciones de todo el personal; el incremento de un 50% en los gastos de alimentación y servicios higiénicos de los soldados y mejoras en el servicio de Sanidad Militar, dotando a todas las unidades de médicos y practicantes, y elevando los suministros de farmacia en un 25%; el desarrollo y elevación de la matrícula de los institutos militares; renovación del contrato con la Misión Naval Norteamericana para dirigir la instrucción y continuación del envío de alumnos en misión de estudios al exterior; la reorganización de las Escuelas de Aviación Militar, Guardia Nacional y Grumetes, permitiendo el ingreso de estudiantes noveles para iniciar su carrera militar; la incorporación de nuevo personal y dotación de armamentos y material de instrucción; la reorganización del Ejército, Marina y Aviación a través de la creación de nuevas unidades y eliminación de otras; la creación del Instituto Autónomo de Buques y Astilleros Nacionales y el aumento en un 25% del número de pilotos de la Fuerza Aérea y en un 100% el número de especialistas; la realización de una importante compra de aparatos de combate y entrenamiento; el envío al exterior de pilotos y cadetes a perfeccionarse y entrenarse en el manejo y empleo de aparatos de bombardeo, caza y transporte, así como la creación de nuevas unidades y dependencias.

En la formación de cuadros y tropas se plantearon como objetivos prioritarios: despersonalizar la subordinación militar asumiéndola

como subordinación a los mandos superiores y legítimos, tal como lo establecía la Ley; mejorar la capacidad para el mando en los campos científico y técnico, a través de la creación de escuelas superiores y de especialización, así como de la adopción de mejores herramientas que sirvieran para la evaluación a lo largo de toda la carrera (García, 1966: 28).

Como corolario del proceso de modernización y profesionalización, se eliminaron los métodos represivos corporales, y a través de un conjunto de programas educativos y culturales se intentó elevar la formación integral de la población militar, con la instalación de bibliotecas en todos los cuerpos de tropa, la dotación de aparatos de cine a los cuarteles, la realización de actividades culturales, el establecimiento de casinos para oficiales y tropas, la creación del Club de Especialistas de las Fuerzas Armadas en Maracay y del Club de suboficiales de la Armada en Puerto Cabello, y la reorganización del Club de Oficiales “Simón Bolívar” (PPVSXX, No. 52: 53-61).

Como se desprende de lo antes reseñado, los años 45 al 47 fueron de un activísimo proceso de institucionalización, reorganización y modernización de las Fuerzas Armadas Venezolanas, a partir de lo cual adquirió una gran importancia, desde el punto de vista organizacional y estratégico, el Estado Mayor General, instancia responsable de dictar las políticas y pautas para la institución. Al respecto señala Pérez Jurado:

Las Fuerzas Armadas de López y Medina estaban completamente abandonadas, en los años 46-47 se opera un proceso de renovación, hasta los menús los hizo Carlos Delgado porque la tropa no comía sino porquería, se compraron equipos, armas nuevas, se contrató una misión militar norteamericana que ya venía trabajando desde el año 44. Delgado renovó los contratos, trajeron una misión militar aérea norteamericana, mejoramiento de equipos, cañones nuevos, armamento portátil nuevo, tiendas de campaña, zapatos, caballos para el regimiento de caballería, mejoramiento sustancial de la situación económica del oficial venezolano que estaba abandonada, creación del Instituto de Previsión Social de las FFAA, mejoramiento del régimen de pensiones, mejoramiento del sueldo y salarios de oficiales y suboficiales de carrera, organización del escalafón. En efecto, en el año 45

fueron sacados de las FFAA cerca de doscientos oficiales que eran completamente analfabetos, herencia del gomecismo, lopecismo y el medinismo. La actuación de Delgado como Ministro de la Defensa se inserta dentro de uno de los mejores ministros que ha pasado por el despacho, en una época de asonadas, de conspiraciones y de alzamientos (Ent. 8).

Para Venezuela era fundamental mantener un clima holgado de diálogo y relaciones con Estados Unidos, en el logro de un mejoramiento de sus Fuerzas Armadas que acusaban cierto rezago en comparación con países vecinos. También a la Junta Revolucionaria de Gobierno le resultaba importante contar con el apoyo del Departamento de Estado ante las denuncias de posibles incursiones alentadas y equipadas desde el exterior. De allí que a partir de la Segunda Guerra Mundial se apreciara un interés por la intensificación de las relaciones entre las fuerzas armadas de ambos países, el cual discurrió a través de tres aspectos: la formación de recursos humanos, la estandarización de los ejércitos y la cooperación en acciones y proyectos estratégicos. En este sentido, el ministro Delgado en el primer mes de su gestión (noviembre de 1945) estudiaba la traída de una misión militar norteamericana, a través de un arreglo de gobierno a gobierno, para lo cual le escribiría al general Clayton Bissell del Ministerio de Guerra en Washington.

Esta solicitud del ministro Delgado debió ser bien recibida, por cuanto en un documento suscrito por el coronel Alexander Reid en Washington, el 3 de junio de 1946, se fijaban las condiciones que debían reunir los oficiales integrantes de la misión militar norteamericana. Las misiones terrestre y aérea se establecieron en Venezuela en 1946, y como parte de estos acuerdos en materia de equipos, Estados Unidos suministró aeroplanos tácticos y de transporte, así como equipos para un batallón de infantería y otro de artillería liviana (Rabe en Quintero, 2000: 109).

El terreno político

En el curso del proceso se fueron decantando posiciones y tendencias y haciéndose más compleja e incierta la experiencia del ejercicio

del poder. Dado el compromiso que las Fuerzas Armadas tenían con la colectividad de garantizar la pulcritud de la consulta electoral, en los sectores militares vinculados al gobierno había una especial preocupación por la transparencia de las elecciones a la Asamblea Constituyente. Por esos días (septiembre de 1946) Delgado salió de gira a los Estados Unidos, correspondiéndole a Julio César Vargas quedarse como Ministro encargado de la Defensa. Dada la complicada situación política, Vargas, leal a Delgado pero suspicaz en política, asumió el Ministerio y se negó a sustituirlo en la Junta.

En la medida en que el pacto entre militares y civiles había comenzado a evidenciar sus grietas, le fue correspondiendo a Delgado colocarse progresivamente en el “filo de la navaja”. Los dos sectores no se conocían en profundidad, su asociación había sido un arreglo circunstancial, sobre la base de generalidades y de un diagnóstico de lo que ambos criticaban, pero no así de lo que esperaban y querían hacer y, menos aún, de los medios que utilizarían. Por lo demás, al interior de la Junta se imponía el liderazgo indiscutible de Rómulo Betancourt, quien no resultó fácilmente predecible: su antiimperialismo se convirtió en una apertura a las inversiones norteamericanas y, en particular, a Rockefeller, importante “socio” en numerosos programas agrícolas y comerciales, así como en el mantenimiento de una relación “amable” y cercana con el representante diplomático norteamericano.

Como señala Simón Alberto Consalvi, los años 1946 y 1947 fueron de gran sensibilización y movilización política:

...el vértigo de la libertad poseía a todos los venezolanos. El 27 de octubre de ese año se elige la Asamblea Nacional Constituyente, votan el 92% de los inscritos en un país donde antes votaban apenas el 5%, en elecciones mediatizadas. La Asamblea se instala en enero y el 5 de julio se promulga la Constitución Nacional. El proceso va hasta el 14 de diciembre, elecciones generales para Presidente de la República, Congreso y Asambleas regionales y el 9 de mayo del 48 elecciones de los Concejos Municipales en los veinte estados. ¿Era posible concebir mayor premura y más sostenido ritmo? Quizás no. Quizás un paso más pausado habría sido más prudente (Consalvi, 1991: 32).

Estos eventos permitieron la eclosión de posturas, ideas, creencias, figuras y tendencias que a través de la radio invadieron los hogares, las calles y los sitios de reunión de los venezolanos. La Constituyente se convirtió así en un espacio en el cual tuvieron cabida todos los asuntos que rozaban la vida ciudadana y de la República.

Uno de los temas más debatidos fue el relativo al voto militar, defendido vehementemente por la fracción de diputados comunistas, quienes lo justificaban en virtud de las repercusiones que tenían las transformaciones políticas en las Fuerzas Armadas, para definir el tipo de ejército que más convenía a una República Democrática y reorientar la actitud del pueblo hacia el ejército. De esta manera lo consideraban parte del proceso de institucionalización de la organización militar (PPVSXX, No. 67: 255). Al ser consultada su opinión, Delgado respondió calificando la discusión de “muy superficial” y señalando que el Ejército jamás había sentido como suya la reivindicación del voto militar:

Para acordar el voto militar, sería preciso establecer nuevas leyes y nuevos reglamentos, habría que inventar una nueva filosofía institucional. (...) La convivencia de los militares entre sí está basada en principios de subordinación y obediencia. Por eso, para poder responder del orden público, tiene el Ejército que permanecer completamente imparcial, apartidista, apolítico. El Ejército no podría ser juez y parte en el caso de que el citado orden público sea alterado (PPVSXX, No. 67: 262).

En octubre de 1946 Delgado declaraba para *Últimas Noticias* desde el Hospital Militar donde se recuperaba de un accidente de equitación, insistiendo en la imparcialidad de las Fuerzas Armadas al señalar que:

...se tiene la seguridad de que por una parte el carácter de estricta imparcialidad del Ejército infundirá a todos los sectores en pugna electoral el respeto al cual es merecedor por ese mismo carácter de imparcialidad que tiene. (...) El Ejército no se ha apartado de su línea de respaldar a aquellos ciudadanos que la voluntad popular designe para el mandato público.

Ante la pregunta “¿Esa imparcialidad del Ejército aleja la posibilidad de una candidatura militar?”, respondió: *“Ah, esa es otra cosa de la que sólo pueden hablar los ciudadanos que vayan a votar. El ejército no tiene candidatos”*, con lo cual no cerraba totalmente la puerta a la eventual candidatura de una figura castrense.

Con los días se hacían más frecuentes los rumores y sospechas de disensiones al interior de la Junta, los cuales afectaban no sólo a los ciudadanos venezolanos sino que también constituían una preocupación del embajador norteamericano, Frank Corrigan, quien en abril de 1946 informaba al Secretario de Estado sobre una conversación sostenida con el presidente Betancourt, en la cual éste calificaba su relación con Vargas y Delgado, “like three brothers” que trabajaban “juntos y en armonía” (Corrigan, Doc. 2).

Corrigan, quien se reunía a menudo con el ministro Delgado, observaba su papel en la junta como factor de equilibrio y así lo comentaba en correspondencia dirigida al Departamento de Estado en noviembre de 1946, a propósito de un almuerzo realizado en la Embajada: *“His control over the army seems to be growing stronger and he is the hope of the conservative elements as a retraining influence on the more radical elements of the Revolutionary Junta”* (Corrigan, Doc. 14).

En esa comunicación Corrigan se permite hacer un particular comentario, al relatar que Delgado, quien aún estaba convaleciente de un accidente ecuestre sufrido en julio, había llegado a un almuerzo – uno de los primeros eventos sociales a los cuales asistía después de su reposo – acompañado de sus dos perros. Que se le veía delgado, “...acentuándosele su apariencia ascética que recordaba físicamente a la figura de Richelieu”.

Dados los continuos intentos de sedición y la existencia de un ambiente colmado de rumores, en enero de 1947 las Fuerzas Armadas se sintieron en la necesidad de expresar su lealtad y apoyo irrestricto a la Junta Revolucionaria y a la Asamblea Constituyente, lo cual se patentizó en un documento leído ante la Asamblea por el propio teniente coronel Delgado Chalbaud, quien concurrió a la misma acompañado

por el mayor Mario Vargas, el teniente coronel Marcos Pérez Jiménez, el Inspector General de las Fuerzas Aéreas, el Comandante General de la Guardia Nacional y de una comisión compuesta por oficiales superiores y subalternos de las instituciones militares.

Dicho documento pretendía: "...clarificar ante la opinión nacional la posición de los militares venezolanos, quienes tienen plena conciencia de su responsabilidad histórica y quienes se encuentran firmemente unidos entre ellos y unidos por la respectiva subordinación jerárquica a sus comandos naturales (PPVSXX, No. 60: 149)" y señalaba, entre otras cosas, que consideraban a la Asamblea Nacional Constituyente como representación genuina de la opinión nacional, reconocían a la Junta de Gobierno como el Poder Ejecutivo legítimo, condenaban categóricamente a aquellos ciudadanos que inducían a los efectivos militares a conspirar, y repudiaban las actividades anti-patrióticas desarrolladas por personeros del régimen anterior o de cualquier otro régimen.

Sin duda se trataba éste de un nuevo lenguaje en las Fuerzas Armadas Venezolanas que daba cuenta de los cambios que se producían en su interior, encaminados a la asunción de un rol más protagónico en términos políticos, e inclinado a favorecer lo que se ha llamado un "pretorianismo gobernante".

Al principio del gobierno octubrista Delgado no contaba con una fuerza propia dentro de la institución armada, como sí la tenía Mario Vargas, quien disponía de oficiales de confianza en posiciones estratégicas. A través de Vargas, Delgado pudo influir e interactuar con ese grupo. Estos oficiales ubicados en puestos claves, sumado ello a la acción política en la calle, fueron factores que le permitieron a la Junta Revolucionaria sostenerse hasta las elecciones, así como durante el corto período de Rómulo Gallegos, a pesar de estar sometido a un permanente juego de tensiones.

Durante los años 1946-1947 resulta posible apreciar que mientras en el ámbito castrense se debilitaba el apoyo al gobierno, fueron creciendo la lealtad y las simpatías hacia Delgado, reforzando así su papel de

equilibrio al interior de la Junta. También al interior de las fuerzas armadas debía servir de negociador, favoreciendo la calma y conteniendo a los oficiales más radicales. La situación era muy delicada y circulaban insistentes rumores sobre la posible emergencia de un movimiento liderado por Eleazar López Contreras, razón por la cual Delgado prefirió, a fines de 1946, mantenerse en el Ministerio, abandonando la idea de someterse a un tratamiento en el Centro Médico Naval de Bethesda (Maryland), que lo obligaría a ausentarse del país por algún tiempo.

Respecto al juego de roles e influencias, señala Pérez Tenreiro:

Lo más importante es que en el transcurso de esos meses se afirmó la superioridad política e intelectual de Delgado y creció la influencia en todo lo militar de Marcos Pérez Jiménez, quien contaba, además, con su prosapia tachirense, todavía pesaban e iban a seguir pesando los resabios regionales. (...) El entendimiento entre estos dos personajes era vital para la fuerza armada y, claro, para el transcurso ordenado de la acción gubernamental. (...) Pero los descontentos eran muchos. Desplazados, heridos en sus bienes, en sus carreras militares, en sus ambiciones de mando (...) y a ellos se iban añadiendo los descontentos políticos (Pérez Tenreiro, 1984: 212).

En torno a Delgado giraba un grupo de oficiales considerados “académicos”, de elevado nivel intelectual y profesional, algunos de ellos con especialización en el exterior. Entre ellos podrían mencionarse los casos de Tomás Pérez Tenreiro, Luis Damiani, Raúl Castro Gómez, Rafael Alfonso Ravard, Alfredo Monch Siegert, J.J. Velásquez, Mario Sosa Puccini, Mario Araujo, Víctor Maldonado Michelena, José Joaquín Jiménez, Remigio Díaz Pérez, De la Rosa, Oscar Tamayo Suárez y Bacalao Lara (Ent. 8). Pero en el sector “tropero”, que era el más numeroso, gozaba de pocas simpatías, como lo comenta Vallenilla Lanz en sus *Memorias*:

Delgado Chalbaud tiene talento. La preparación obtenida en Francia lo sitúa muy por encima de los demás. En un período relativamente corto de entrenamiento se transformaría en estadista. Aparentemente, su condición de Ministro de la Defensa facilitaría el asalto al poder, pero es vacilante y tímido. Sus compañeros de armas le consideran como

un intruso y desconfían de él. Debajo de la guerrera del oficial subsiste el estudiante revolucionario y socializante (Vallenilla, 1961: 242).

En los años de su gestión pública, Delgado había hecho evidentes algunas de sus condiciones profesionales y personales: talento, disciplina y capacidad de mando suficiente (como lo puso de manifiesto al enfrentar el motín del cuartel Ambrosio Plaza desde el Hospital Militar donde se hallaba recluido), tanto como una facilidad para interactuar y desplazarse con prudencia y soltura en el mundo diplomático, al punto de alcanzar un umbral alto de resistencia frente a los halagos y lisonjas, tanto como frente a las amenazas y los chantajes. Pero no había logrado una identidad política ni ideológica con ninguno de los sectores que se debatían en el ámbito político-militar venezolano.

Encuentros y desencuentros

La Junta fue el escenario donde comenzaron a emerger importantes señales de conflicto que se fueron cristalizando en el distanciamiento entre civiles y militares.

En el ámbito militar las conspiraciones no se hicieron esperar, produciéndose en diferentes guarniciones, entre los años 1945-1948, asociadas a personas ligadas a los regímenes anteriores, registrándose alrededor de siete movimientos armados y unas cuantas tentativas apoyadas desde el exterior:

Las conspiraciones cuartelarias comenzaron a producirse ya para enero de 1946. Sus ingredientes estimuladores fueron cuatro: 1) la presión que desde la calle ejercían quienes habían dejado de ser gobierno y poderosos grupos económicos alarmados por el auge de la sindicalización obrera y campesina; 2) las rivalidades entre hombres con charretas repetidas en todos los gobiernos de facto surgidos con la participación de las Fuerzas Armadas, al ver a compañeros suyos de promoción ocupando altas posiciones en el Ejecutivo; 3) las dictaduras de Trujillo (Santo Domingo) y de Somoza (Nicaragua), con las cuales habíamos roto relaciones diplomáticas, se convirtieron en las cabezas de la emigración contrarrevolucionaria, en suministradoras de dinero y en arsenal de armas para

los enemigos de la Junta; y por último –last but no least– la composición regionalista andina –tachirensista, sería mejor decir– de la decisiva mayoría de los estamentos de oficiales y tropas de las distintas armas (Betancourt en Resumen, 1975: 54).

Desde el terreno militar, Pérez Tenreiro nos ofrece su visión del clima político:

En total, nos encaminábamos a meses de pintorescas alarmas, de conversaciones muy afiebradas, de bastante intolerancia y parecía en la esfera alta, que no se sabía hacia dónde conducir la Nación. No se daban cuenta de que iba perdiéndose el entusiasmo inicial. Quienes creíamos en la necesidad de apoyar al gobierno, empezábamos a ser mal vistos. A tropezar con silencios, cambios de conversación, etc. Y cómo se imponía la capacitación y los cursos de Estado Mayor, etc., se consideraban condición básica para los ascensos superiores, y no contábamos con Escuelas, se abrió la “carrera” para salir a cursar estudios. (...) Empezamos a ver que se deslizaban hacia tales cursos muchos que no estuvieron de acuerdo con la “Gloriosa” [revolución de octubre]... (Pérez Tenreiro, 1984: 216).

Así pues, las desavenencias se incubaban entre los diferentes ámbitos: en el militar, en el propio partido de gobierno, en la colectividad y en el medio académico con la crisis de la Universidad Central de Venezuela. Incluso, era motivo de preocupación entre las representaciones diplomáticas, tal como se ponía de manifiesto en una comunicación que dirigiera el embajador Corrigan el 8 de marzo de 1947 al Secretario de Estado:

Tengo el honor de informarle que la mera evidencia del creciente descontento y la evidente amenaza de un intento de cambio del actual Gobierno Revolucionario, por medios violentos, ha venido siendo, por algún tiempo, materia de gran preocupación para esta Embajada. Todas las fuentes de información traen la misma historia. Viene de tantas y tan diversas fuentes que sería una insensatez ignorar los factores de inestabilidad que están debilitando el control de la Junta. (La Junta) podría hacerle frente a la oposición y salvarse de la tormenta, pero la perspicacia política hasta ahora no aconseja una perspectiva optimista (Consalvi, 1991: 79).

Las confrontaciones se daban en un clima de recrudecimiento de la intemperancia verbal. Los partidos, a través de sus voceros periodísticos (*El País, ¡Aquí está!, El Gráfico, Tribuna Popular, etc.*), mantenían una guerra de opiniones, de especulaciones y murmuraciones, que contribuía a crear un clima de inestabilidad e incertidumbre que no fue resuelto ni siquiera después de la toma de posesión del maestro Rómulo Gallegos en enero de 1948. Las críticas de militares y civiles se enfocaban hacia la actitud sectaria del gobierno, que colocaba los intereses del partido por encima de los nacionales, a lo cual se sumaba el espíritu de retaliación y venganza frente a los adversarios políticos, el desorden administrativo y la cortedad de las realizaciones.

En términos sociopolíticos resulta necesario señalar que, con el 18 de octubre, accedieron a ciertas esferas del poder militantes procedentes de origen popular, lo cual fue considerado por los sectores tradicionalmente dominantes como una intromisión del populacho, de los sin cultura, acuñándose la expresión “el gobierno de los alpargatudos”.

Ello, sumado al establecimiento de políticas dirigidas preferentemente al sector popular en educación, vivienda y salud, así como el apoyo al proceso de sindicalización, terminó por atemorizar a los representantes empresariales. Aún cuando no es posible tratar estos sectores de una forma homogénea pareciera que, en general, no lograron comprender cabalmente la estrategia de AD desde el poder, la cual, en un juego dialéctico, fortaleció por un lado a los sectores propietarios, creando condiciones para el desarrollo económico y social de tipo capitalista, vinculándolos a la gestión gubernamental en forma directa a través de órganos consultores y, por el otro, pretendía favorecer a los sectores populares a través de un conjunto de medidas, que no sólo podían garantizarles mejores condiciones de vida, sino una mayor participación política.

Esta política propiciatoria estuvo envuelta en un discurso que sembraba desconfianza y, en algunos casos, hostigaba a los empresarios al estimular un clima de movilización y agitación social que resultaba poco conveniente para las inversiones y constantemente amenazador.

Resulta oportuno recalcar que, no obstante lo dicho, al examinar la obra de gobierno no se percibe un trato destructor o excluyente de los sectores dominantes. Pero el clima de desconfianza que se creó no sólo atemorizó a algunos individuos, sino que terminó por afectar a todo el sector. De allí que, en conjunto, se inclinaron por un régimen en el que hubiese menos intermediarios y más orden y tranquilidad para la realización de sus proyectos. Algunos grupos, más cercanos a personeros de AD, intentaron lograr del máximo organismo empresarial, FE-DECÁMARAS, un documento de apoyo al régimen de Gallegos y de repudio a la emergencia castrense.

Por otro lado, la Iglesia como institución se mantuvo expectante después de los conflictos ocasionados por el Decreto 321, pero alimentaba la imagen de un gobierno anticlerical y ateo que discriminaba y atentaba contra la educación privada y religiosa, en cuya defensa cerraron filas parte de los sectores más tradicionales de la clase propietaria, reafirmando así las contradicciones que tenían con el gobierno.

Al interior de AD

En lo que respecta al partido Acción Democrática, algunas de sus figuras parecen haber manifestado dudas con respecto a que el Maestro Gallegos fuese la mejor opción electoral, pero existía un compromiso con su candidatura que constituía una especie de obligación moral. Tampoco Delgado, a pesar de ser su amigo, estuvo convencido de que fuese el hombre adecuado para ese momento y así se lo comentó a Giacopini en la oportunidad en que éste vivió en su casa tres meses:

Una tarde como a las 6, me dice Delgado: "Anoche no podía dormir de la preocupación. Estuve a punto de despertarte. No lo hice porque me dio pena, pero te voy a comunicar lo siguiente. Yo no podía dormir, pensando en el error que vamos a cometer nosotros llevando a la Presidencia de la República a Rómulo Gallegos. Nadie conoce a Rómulo Gallegos como yo, que viví un año con él en Barcelona de España en su casa. Es una figura que enorgullece a Venezuela, que traspasa más allá su prestigio las fronteras del país como figura intelectual. Pero yo que lo conozco creo que nos estamos equivocando.

Después de esta experiencia que hemos tenido con este golpe, que de casualidad no nos han tumbado, te digo que Gallegos no aguanta un golpe de la quinta parte de este. Y he tomado la decisión de comunicárselo a Rómulo Betancourt que estamos cometiendo un error y que vamos a corregirlo (Ent. 2).

La conversación ocurrió y Delgado le propuso a Betancourt que concudiese como candidato a la Presidencia o, en su defecto, Mario Vargas, mientras que él seguiría respaldándolos desde la dirección del Ejército. La respuesta de Betancourt englobaba tres negativas: la primera, había un compromiso moral con Gallegos, la segunda, de acuerdo a un decreto formulado por la Junta, sus integrantes no podían ser candidatos y, tercera, los miembros del partido ya estaban trabajando con entusiasmo por la candidatura de Gallegos.

En marzo de 1948 se hicieron visibles las diferencias con un sector de militantes denominado “Grupo ARS” –que giraba en torno a Raúl Ramos Jiménez, dirigente removido de la Secretaría General del Comité de Caracas–, las cuales harían eclosión en la VIII Convención Nacional reunida ese año. Al interior de la organización se hablaba de tendencias: la que giraba en torno a Betancourt-Gallegos, calificada como “equilibrada”, y la que lideraba Valmore Rodríguez, considerada más radical. También se especulaba sobre supuestas diferencias surgidas entre Gallegos y Betancourt debidas, al parecer, a los desacuerdos respecto a la conducta a seguir en relación con los militares y a las exigencias de moderación que el segundo le hacía al primero frente a su tendencia a mantener una actitud inflexible. También algunos militantes de AD hacían críticas a la acción del gobierno: reclamaban reformas más audaces, realizaciones acordes al programa del partido, mayor celeridad en los planes y censuraban las actitudes de algunos “compañeros” en funciones de gobierno. Todo ello debilitó el frente interno y desgastó, en alguna medida, al partido de gobierno.

El ambiente general era pesado y difícil. El mensaje de conciliación que Gallegos venía expresando desde su toma de posesión no se co-

rrespondía con la realidad, por cuanto la composición del Congreso estaba claramente en manos de AD que, al triunfar doblemente, actuaba con prepotencia y sectarismo. Por otra parte, en las medidas gubernamentales no se apreciaban acciones contundentes acordes con lo pregonado en los programas y en el discurso, convirtiéndose así la imprevisión y la improvisación en rasgos de la acción pública. Por lo demás, era difícil atemperar los altos niveles de politización a los que la población en general había llegado. Quizá el hecho de intentar una gestión más amplia hubiese sido una buena alternativa, pero no fue la que emprendió el gobierno. Por su parte, la prensa se sumaba a la tarea de expandir la onda de “bolas” y rumores.

Las relaciones con el socio del norte

Desde la época de la Junta Revolucionaria de Gobierno, las relaciones entre ésta y la Embajada de Estados Unidos, a juzgar por los documentos que el Embajador enviaba al Departamento de Estado, habían sido bastante fluidas y cercanas. Tanto que en marzo de 1947 el embajador Corrigan, en el ambiente grato y relajado de la residencia presidencial playera “La Guzmanía”, había obtenido espontáneamente de Betancourt una declaración que le resultaba muy cara al gobierno del Presidente Truman:

Quiero que Usted y su Gobierno sepan que en la eventualidad de algún problema con Rusia, Venezuela estará con ustedes en un 100%. La primera cosa que haría en semejante caso, será encarcelar a todos los comunistas militantes y tratarlos como los quintacolumnistas que son (Consalvi, 1991: 96).

Es importante señalar que frente al gobierno de Betancourt se formaron dos opiniones en la representación diplomática norteamericana, la sostenida por los agregados militares, quienes desde los inicios del Gobierno habían tenido roces con Delgado y otros funcionarios, que no tenían problema alguno en calificar de “comunistas” a los integrantes de la Junta Revolucionaria y alertaban sobre la necesidad de

combatir dicha amenaza. Esta tesis no prosperó y, por el contrario, prevaleció la opinión oficial de la Embajada, según la cual AD era calificado como un partido anticomunista y progresista. Es decir, mientras la Embajada y la CIA le otorgaban su confianza, la parte militar sospechaba del nacionalismo económico y expresaba dudas acerca de una posible alianza con los comunistas que, entre otras cosas, podría afectar la política petrolera.

La Agencia Central de Inteligencia, al comentar los resultados de las elecciones del 14 de diciembre de 1947, señalaba que la arrolladora victoria de AD “no sólo asegura un gobierno progresista y pro-norteamericano, sino que preserva en el poder a un partido anti-comunista activo con el cual se puede contar para obstruir el desarrollo de un movimiento comunista fuerte” (afirmación de la cual, como hemos dicho, discrepaba el Departamento de Inteligencia del Ejército). El documento concluía con esta afirmación:

Acción Democrática no merece la etiqueta comunista que sus enemigos le han buscado colocar. De hecho, el enorme apoyo popular ganado por el Partido en las elecciones de diciembre es otra indicación de que en las condiciones especiales de la política latinoamericana, un partido anticomunista, progresista, activo, constituye una de las mejores garantías en contra de un movimiento comunista fuerte. En política exterior AD es pro-norteamericano y anti-URSS (CIA, Doc. 19).

El 11 de junio de 1948 un nuevo embajador, Walter Donnelly, refería una conversación sostenida con el ex-presidente Betancourt, en la cual ratificaba su confianza en Delgado a pesar de lo que calificaba como “su falta de coraje y desinterés en el trabajo administrativo”. Señalaba que estas fallas habían sido capitalizadas por Pérez Jiménez para fortalecer su liderazgo dentro de las filas militares. Unos días después Donnelly enviaba un informe en el que describía al gobierno de Gállegos como “casi-socialista y pro-obrero”, pero abierto al capital extranjero y “no ha confiscado la propiedad privada, ni demostrado tal intención” (Donnelly, Doc. 20).

Indudablemente no era tarea fácil calificar al régimen de Gallegos, menos aún si los parámetros obedecían a la simplificación esquemática propia de la Guerra Fría. La personalidad de Gallegos, su ponderación, dignidad y relevancia intelectual, generaban además una fuerte atracción, tal como lo reconocía en septiembre de 1948 el agregado naval de la Embajada de EEUU:

...el presidente Gallegos está más fuerte con cada mes que pasa. Éste tiene un natural atractivo para el pueblo, y desde cualquier punto de vista que se mire, está dando una mano con tanta rectitud como es posible. Parece estar lejos de las intrigas, del tipo Betancourt, ya sean éstas internas o externas (Attaché Naval EEUU, Doc. 21).

En el mismo documento, el funcionario se refería a la fractura latente en el Ejército, advirtiendo que Delgado estaba con Gallegos y señalaba que la estadía de Betancourt fuera del país por una temporada contribuía a refrescar el clima político.

Con el ánimo de resolver las discrepancias existentes entre el personal de la Embajada norteamericana, en virtud de sus diferentes percepciones y de contar con la mejor información, el embajador Donnelly envió el 20 de septiembre unas instrucciones precisas al agregado militar, coronel Adams, respecto a su desempeño:

Se desea que el Agregado Militar mantenga contacto cercano con el Ejército venezolano. Dicho contacto debería estar dirigido a desarrollar relaciones personales y oficiales de manera que el Agregado Militar se encuentre en la posición de informar a la Embajada, y a nuestro gobierno, sobre las opiniones políticas de los oficiales y los hombres del Ejército; el estado de ánimo y la organización del Ejército; y en particular sobre cualquier desarrollo que pudiera afectar la estabilidad del gobierno, el rumbo de los eventos políticos y la vida en general en Venezuela (Consalvi, 1990: 192).

El coronel Adams debió haberse tomado “al pie de la letra” estas instrucciones, tal como se advierte en los sucesos del 24 de noviembre en los cuales “exhibió” una capciosa participación.

El ámbito militar

Como hemos visto, el sector militar no era homogéneo en sus expectativas ni en sus posiciones, observándose en su heterogeneidad una suerte de enjambre de conspiraciones cruzadas en diferentes puntos: de un lado, los militares más conservadores afectos a López Contreras y aún con resabios “andinistas”; del otro, los militares jóvenes formados en el exterior y con una visión más cercana a Pérez Jiménez, quienes pugnaban por una salida militarista y tecnocrática. Más allá figuraban los que tenían afinidades y/o simpatías por los líderes de AD y eran cercanos a Mario Vargas, mientras que los militares llamados “académicos” se veían más identificados con Delgado.

A la situación interna venezolana habría que añadir las ideas que se movían dentro de las fuerzas armadas latinoamericanas desde mediados de los años cuarenta, las cuales, como hemos dicho, tenían como importante foco de irradiación los cursos que se impartían en Perú. Este auge militarista, que expresaba el rol activo que estaban dispuestas a desempeñar las fuerzas armadas latinoamericanas con base en el proceso de profesionalización de sus efectivos y en la modernización e institucionalización de los ejércitos, se vio redimensionado y fortalecido después de la Segunda Guerra Mundial, cuando en el marco de la Guerra Fría y de la intensificación de las relaciones con los Estados Unidos pasaron a jugar un importante papel en la lucha contra el comunismo, a través del fortalecimiento del Sistema Interamericano y el diseño de formas de cooperación en épocas de paz. De allí que al establecimiento de las Misiones Militares Norteamericanas que venía operando desde fines de los años treinta se sumó, aproximadamente a partir de 1943, la instalación de bases militares (en Brasil, México, Cuba, Panamá y Ecuador) y la integración de la Junta Interamericana de Defensa que agrupaba las representaciones militares de veintiún países a fin de “estudiar y recomendar las medidas necesarias para la defensa del hemisferio” (Lieuwen, 1960: 238).

Este “espíritu militarista” venía ganando terreno en otros países del área como Argentina, Perú y Colombia, los cuales exhibían regímenes militares recién instalados.

En esta línea resulta interesante resaltar que a mediados del año 1948 un grupo de militares fundó la “Organización Militar Anticomunista (OMA)”, que era una especie de sociedad de mutuo auxilio “sin ningún objetivo político definido, fundamentándose en la famosa y falsa teoría de que los adecos eran comunistas y querían acabar con las Fuerzas Armadas Nacionales” (Asuaje en Bravo, 1999). Todo ello contribuyó a abonar las ambiciones de poder y protagonismo en el sector militar.

El profesionalismo y la consagración a la institución de las Fuerzas Armadas son un vehículo que acentúa el carácter mesiánico que alimenta a los militares de alto rango y que les hace sentirse depositarios de la voluntad nacional. Esta actitud contagia a los oficiales subalternos que los siguen con un entusiasmo que raya en el fanatismo, muy providencialista. Por ello, cuando atacan al gobierno y a Acción Democrática, se erigen en jueces que se destacan como iluminados salvadores de la patria amenazada (Bravo, 1999: 149).

En este panorama complejo e incierto se produjo el triunfo electoral del Maestro Rómulo Gallegos. El acuerdo entre los militares y AD que sustentó la experiencia del trienio sólo involucraba la cúpula castrense y no la institución como tal, razón por la cual comenzaron a producirse movimientos de insubordinación: se “decapitaban” los líderes, pero la estructura como tal continuaba plagada de descontentos. A esa cúpula seccionada se la enviaba “profilácticamente” al exterior a desempeñar funciones en las embajadas o a continuar estudios militares, o se le ofrecían cargos en el país remunerados con jugosas ganancias a cambio de la “paciencia” de esperar el momento adecuado para un cambio. La enemistad entre Pérez Jiménez y Mario Vargas ya era ampliamente conocida, con lo cual se hacía más importante la intervención de Delgado como un factor de equilibrio, una suerte de

“apaga fuegos”, que debía oír y aquilatar posiciones y razones en un ambiente cargado de presiones, debiendo tomar medidas críticas que muchas veces afectaban a personas que gozaban de su afecto y consideración. Desde la época de la Junta Revolucionaria, los militares venían siendo el blanco de las presiones de otros actores políticos que estimulaban cualquier salida que pudiera debilitar el poder de AD:

...una política sectaria e intransigente, venía dándole piso a las conspiraciones militares muy bien estimuladas y capitalizadas por sectores reaccionarios. Naturalmente, las indiscutibles condiciones de estadista y político de Rómulo Betancourt, le permitieron irlas sorteando hábilmente (Ochoa, 1994: 255).

Con Gallegos al frente de la Presidencia, las condiciones de interlocución eran otras. Entre los militares opositores se encontraban algunos que habían apoyado el golpe de Estado del 18 de octubre, pero que habían virado plegándose a los sectores críticos.

Ya hemos señalado cómo, a partir de la reorganización del Ministerio de la Defensa en 1946, el Estado Mayor cobró una importancia estratégica y cómo Marcos Pérez Jiménez, indiscutible líder de la UPM y cabecilla del 18 de octubre, quien no ocultaba sus diferencias y desconfianzas respecto AD y, particularmente, a Betancourt, había afianzado desde ese lugar su liderazgo e intrigas:

...fue piedra fundamental para sus esperados éxitos el haber podido adelantar una reorganización del Alto Mando, por medio del cual se crearon los Comandos de Fuerzas subordinados directamente al Estado Mayor General que el mismo Pérez Jiménez jefatubara. Se hizo así, prácticamente, Comandante de todas las Fuerzas Armadas. Las direcciones de Guerra, Marina y Aviación desaparecieron, y sus oficinas las ocupó el mismo Estado Mayor y algunos de aquellos recién creados Comandos. El ministro Carlos Delgado Chalbaud estaba siendo, no cabe duda, engañado por su inmediato subalterno, al hacerle ver que sin esa organización fortalecería su propia posición. Naturalmente, eso fue fácil porque Delgado, como muy bien se conoce, tenía muy poca formación militar. Lo inexplicable es el hecho insólito de que Mario Ricardo Vargas, asesor de Betancourt en

la materia, no lo haya oportunamente alertado, y que al no hacerlo –si es que era leal– viniera a labrarse su propio fracaso (Ochoa, 1994, 259).

Esta dificultad para controlar a Pérez Jiménez, dada sus desavenencias con el Gobierno y su gran influencia entre las tropas y oficiales, era una real interferencia en la ejecución de las líneas de acción del Ministerio, lo cual explica la decisión de enviarlo de gira por los países latinoamericanos, aunque como señalan los observadores, para decirlo con una expresión popular venezolana, “peor fue el remedio que la enfermedad”. Su ausencia no modificó la situación, dado que en la oficialidad las cartas estaban echadas y no dependían de su presencia física, y el viaje le permitió actualizar contactos y fortalecer su vinculación con la “Internacional de las Espadas”, organización liderada por Perón y Odría con el fin de defender y propiciar gobiernos militaristas. Pérez Jiménez regresó con un halo de “peronista”, dispuesto a imponer esos esquemas militares en nuestras Fuerzas Armadas.

Los testimonios militares dan cuenta del ambiente tenso que se vivía en los cuarteles, lo cual explica el mensaje que el 24 de junio de 1948 les dirigió el ministro Delgado insistiendo en la fidelidad a su deber ciudadano:

No son títeres los hombres de las Fuerzas Armadas. Son militares a carta cabal; hombres que piensan, analizan, juzgan y concluyen repudiando toda tentativa de hacerles abandonar por intereses de hombres o de grupos el cumplimiento de sus obligaciones. Bien sabemos los militares de todas las jerarquías cuáles obligaciones nos imponen la Constitución Nacional y las Leyes; bien sabemos que el interés nacional impone a todos el estricto cumplimiento de esta obligación. Interpretando el sentir de la Institución Armada, estoy en condiciones de declarar que ésta se encontrará en todo momento dispuesta a respaldar con toda lealtad y eficiencia las disposiciones del Supremo mando ejercido por el ciudadano Presidente de la República, con la colaboración decidida de todos aquellos que han sido designados por el ciudadano Presidente para desempeñar cargos directivos en las Fuerzas Armadas.

Pero la conspiración había calado en el tejido institucional. No se hablaba de otra cosa y los efectivos, independientemente de su rango, se interrogaban sobre cuál sería la posición del Ministro. Como señala Ochoa Briceño, al comentar una conversación con un alto efectivo:

Muy pronto me habló del golpe militar en puerta, pues el descontento de las Fuerzas Armadas era general; naturalmente digo yo ahora, soliviantada, al igual que en los días del general Medina Angarita por los intereses de las compañías petroleras en búsqueda de un gobierno complaciente y antipatriótico. (...) Al preguntarle a mi interlocutor qué papel jugaba Carlos Delgado Chalbaud en tan grave hecho me respondió: "Si no se suma, a un calabozo va a dar" (Ochoa, 1994: 257).

Dada la situación existente en las bases a mitad del año 1948, Pérez Jiménez señala que el alto mando resolvió "canalizar" la insurrección, incorporando al ministro Delgado:

Llegó un momento que era tal la inquietud en las Fuerzas Armadas que uno observaba levantamientos de una unidad por allá, de otra por acá, es decir había un malestar evidente. Y dijimos: ya esto no se puede. Y como nosotros estábamos convencidos de que tenían razón, no podíamos actuar para ir a someter esas unidades por la fuerza. Entonces no nos quedó otro recurso que canalizar esa acción. Y así se le planteó al Comandante Delgado. Al principio Delgado continuó diciendo que había que ver, esperar, aguantar. Le hicimos ver que ya no se podía esperar más y en síntesis le dijimos: o usted asume la dirección o nos veremos obligados a apartarlo. Ahora, usted es la figura más representativa, usted no puede desertar. Conocíamos la serie de virtudes que tenía Delgado. Le dijimos: las Fuerzas Armadas deben dar muestras de marchar unidas. Finalmente se convenció y dijo: los acompaño, vamos a proceder. Y entonces se ordenó desde los mandos naturales de las Fuerzas Armadas tomar las disposiciones militares necesarias para cambiar el gobierno de AD (Blanco, 1983: 79-80).

El general Prato es enfático al señalar que "la presión casi unánime de los oficiales subalternos" fue lo que condujo al golpe del 24 de noviembre de 1948, señalando que la noche del 22 del mismo mes Mario

Vargas visitó los cuerpos de tropas y unidades militares de la guarnición de Caracas, donde pudo observar la situación “y quien a nuestro entender dio el visto bueno al movimiento”:

La noche del 23, víspera del golpe, el Inspector General de las Fuerzas Armadas, Teniente Coronel Rafael Arraez Morles, recorrió todos los cuarteles de la guarnición de Caracas, y después de estudiar la situación de los diferentes cuerpos de tropas y demás instituciones militares, concluyó que el alto mando militar debía tomar la decisión antes que los Comandantes de cuerpos militares lo hicieran, para evitar que los oficiales subalternos tomaran la iniciativa, opinión esta que fue transmitida al alto mando militar (Prato, 1982: 116).

En este panorama, el presidente Gallegos enfrentaba una situación compleja y delicada, para la cual contaba como estandarte con su apego a los principios democráticos, su fidelidad a la voluntad popular y el respeto a la majestad del cargo que desempeñaba, negándose quizá a reconocer las fuerzas que se movían a su alrededor:

Para completar el cuadro, el Magistrado tenía fe ciega en su Ministro de la Defensa, Carlos Delgado Chalbaud, a quien tenía a su vez engañado Marcos Pérez Jiménez, (...) y lo seguiría engañando después del golpe militar; y como aquél no le hablaba con claridad al Presidente Gallegos, se dieron las condiciones para que en un rosario de traiciones se llegara a los sucesos del 24 de Noviembre de 1948 y dos años más tarde al asesinato de Carlos Delgado Chalbaud (Ochoa, 1994: 270).

Los últimos cinco días antes del 24 de noviembre dan cuenta de la difícil situación. Tomemos la crónica periodística: el viernes 19 de noviembre, el presidente Gallegos declaraba a la prensa: “Totalmente infundados los rumores alarmistas”; el sábado 20 la prensa reseñaba: “Se intensificaron rumores de golpe frío”; el domingo 21, el gobierno suspendió las garantías constitucionales relativas a la libertad de expresión y reunión, el ministro Manuel Pérez Guerrero retardó su viaje a México en vista de la situación, y el Ministro de la Defensa, Carlos Del-

gado Chalbaud, declaraba: “No hay nada nuevo”; el miércoles 24 de noviembre los titulares de prensa anunciaban la renuncia del Gabinete Ejecutivo y la posibilidad de que el presidente Gallegos nombrara un nuevo Gabinete (*El Nacional*, noviembre de 1948).

Una vez garantizada la unidad de las Fuerzas Armadas, se procedió a la acción imponiéndose el espíritu de cuerpo, la disciplina y la visión mesiánica. Frente a ello no hubo mayores resistencias salvo los sucesos de La Guaira, en los cuales estuvo involucrado el mayor Tomás Mendoza y la estrategia planificada por AD de restablecer el gobierno en Maracay, por parte de Ricardo Montilla, Luis Lander, Edmundo Fernández y Manuel Pérez Guerrero, quienes acudieron a la posibilidad de convocar una huelga general.

El 24 de noviembre constituyó un golpe institucional de las Fuerzas Armadas: seco, sin combate, sin respuesta de las “milicias armadas”, ni de la base de los partidos. No entraron en acción los “trescientos mil hombres que estaban dispuestos a morir”, pero sí quedaron víctimas morales y políticas. El resultado fue la constitución de una Junta Militar de Gobierno presidida por el teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud e integrada por los tenientes coroneles Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez. Con ello se daba inicio al segundo acto de la trama militarista iniciada el 18 de octubre. Pero la trama no se desarrollaría conforme a lo imaginado por algunos de sus principales actores. Las complejidades y los imprevistos irrumpirán en la escena.

Esta fecha marcó, dramática y significativamente, la vida de dos de sus personajes protagónicos, Gallegos y Delgado, por cuanto el tercero, Pérez Jiménez, se acercó en mayor medida, aunque no exento de tensiones y sobresaltos, a su cometido. Para Gallegos y Delgado, el acontecer tuvo ribetes dramáticos por cuanto involucró sentimientos, valores y política. Mucho se ha insistido en la amistad Gallegos-Delgado. Al respecto, hemos señalado cómo se inició ésta a propósito del año en que ambos vivieron en España y en el que Gallegos, generosamente, le abrió a Carlos y a Lucía, su esposa, las puertas de su casa. La personalidad de Gallegos y de Doña Teotiste hicieron fácilmente empatía con

esta joven pareja, que por lo demás tenía a su favor algunas circunstancias: en el caso de Carlos, el ser hijo de Román, tener una experiencia de vida tan particular y poseer condiciones intelectuales y profesionales que lo hacían un buen interlocutor para abordar los más variados temas. Lucía, por su parte, era una joven inteligente y afecta a las artes y a la literatura, y estableció una buena relación con Gallegos que, según se dice, se prolongó en Caracas. Algunas fuentes sostienen que Gallegos consideraba a Carlos como un hijo, depositando en él toda su confianza. Un ejemplo de ello es Eligio Anzola, Ministro de Gallegos, quien en una entrevista en 1984 sostenía: “Don Rómulo Gallegos siempre pregonaba que el coronel Carlos Delgado Chalbaud era su hijo putativo y que le profesaba un cariño sin límites” (*El Universal*, 10-9-84).

Carlos, por su parte, estimaba al maestro y admiraba su faceta intelectual, mas no su accionar como político. Para Delgado era una situación muy difícil: su tendencia a la moderación y a la negociación lo había acompañado durante los meses del régimen galleguiano. Muchas conversaciones y confrontaciones había sostenido con sus compañeros de armas. Seguramente también con su amigo el Presidente. De ambos lados las cartas estaban claras: no había retroceso. Dos lógicas distintas animaban los extremos: del lado de Gallegos, la voluntad popular, el ejercicio legítimo del poder, la Constitución y, sobre todo, la moral civilizadora de la que no había mejor exponente que el propio Gallegos. De parte de los militares insurgentes, la convicción mesiánica y jerárquica de instaurar el orden, salvar las instituciones y conectarse con el pasado glorioso del Ejército Libertador. No había regreso. Como tampoco había espacio para mediación ni negociación posible. Desde la lógica de los defensores de la legitimidad democrática, cualquier negociación era entendida como un menoscabo de la “autoritas” y por ende, un conflicto entre la moral y la ética. Por otra parte, si en algún momento hubo cierta disposición a negociar por parte de los rebeldes, lo fue sobre la base de exigirle al Presidente que renunciara a lo que le era más caro: la lealtad a su partido. Por lo tanto era inaceptable la negociación.

Ante este auténtico dilema, Carlos Delgado se desenvolvió como el individuo que conocemos en su permanente condición de extraño: ante su padre, ante su familia, ante el país, viviendo y padeciendo la experiencia constante de sentirse “extranjero” y “extraño”, sin asideros, sin grupo entrañable, sin referencias sólidas, ni políticas ni sociales.

“Afrancesado”, “paracaidista”, “asimilado”, eran calificativos que daban cuenta de esa especial soledad de quien se asumía con una identidad a medias. Su ingreso en el mundo político fue a través de una expedición fracasada, tanto que en ella perdió lo que apenas dos años antes había logrado recuperar: su padre. Este hecho lo colocó obligadamente en el centro de un huracán del cual le costó salirse: las conspiraciones, los conflictos y las expectativas de una generación de políticos y luchadores que no era la suya. La paradoja de la acción voluntarista para construir la civilidad, la trampa de las fidelidades y el desgaste de las traiciones reales o imaginarias y, por supuesto, la necesidad de salvar para él mismo, para la familia y para la historia el nombre y el prestigio de quien todo lo apostó en aquel amanecer en las playas de Cumaná.

Después, sobrevendrá la formación profesional y la experiencia de la crisis europea, de la cual lo saca la noticia de la muerte de Gómez, abriendo ante sus ojos la posibilidad de hacer carrera militar en Venezuela. Pero no era suficiente su formación de ingeniero, ni su visión política y cultural, ni sus condiciones personales. Debía hacer méritos para ser aceptado, reconocido y dejar de ser un “musiú” en el medio militar, en el cual ascender –como hemos visto– no era fácil. Una conspiración, a la cual se incorpora tarde y con dudas, le permite arribar a la cima de la institución militar. Pero seguirá siendo “extranjero”, no tendrá arraigo en las bases, ni en las organizaciones políticas, ni en los grupos sociales, ni siquiera en la clase propietaria de la cual formaba parte por su historia familiar, no obstante la valoración de casi todos respecto a su capacidad, inteligencia, e incluso su don de mando.

Ante el dilema de noviembre, ¿qué escogió? ¿la solidaridad con el amigo y su proyecto y, por ende, la renuncia a seguir integrando ese

espacio vital y profesional que tanto le había costado forjar? ¿o toma partido por esa conspiración que ya tenía grabados otros nombres y apellidos y que con él, a pesar de él, e incluso contra él, se desarrollaría, dejando de lado el ensayo democrático y al Maestro? Escogió esto último, a sabiendas del dolor que le causaba y que causaba al abandonar a Gallegos. Pero en su decisión fue fiel a sí mismo. Ello le permitía continuar sintiéndose parte de un grupo, de una institución, de un nosotros, y quizás así podría por fin alcanzar ese reconocimiento.

El reconocimiento es la clave, la necesidad de sentirse copartícipe de algo para asumir los riesgos, las equivocaciones y, si las hubiese, también las satisfacciones. Era dejar de ser el hijo del personaje preso durante más tiempo en La Rotunda, del revolucionario casi mítico, para ser él: el teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud, asumiendo los riesgos de una hora difícil e ingrata para el país y para su futuro.

Para Gallegos, por su parte, la dolorosa lectura de lo acontecido es la de la traición al amigo y a la patria, y desde el “moralismo republicano” sentó cátedra. En palabras de Luis Castro Leiva:

Gallegos fue fiel al personaje que se labró a sí mismo para actualizar la narrativa de su propia historia. Si era cierto, como lo dijo entonces, que “había adquirido el compromiso ineludible y magnífico que se expresa con estas palabras sencillas y corrientes: cumplir el deber”, ¿qué se podía esperar de una conciencia cívica tan atenta al significado de sus dones si no la consecuencia con el rigor de esa severidad inhumana? (...) que sólo en el sacrificio, en el fracaso, en el aborto republicano se encuentra la gloria romántica de esa belleza republicana (Castro, 1996: 78).

Para Delgado, este paso le permitió ponerse a la cabeza de un movimiento y, en alguna medida, mitigar las ansias autoritarias que lo estimulaban. Pero, sobre todo, le permitió garantizar el tránsito a la civilidad. Para ambos hombres, este duelo tuvo significados insospechados. A los dos les aguardaba la desaparición de la escena política: a uno, apenas le quedaban veinticuatro meses de acción y discurso. Al otro, lo esperaba un exilio de diez años y el distanciamiento de la actividad po-

lítica, pasando a convertirse en una referencia emblemática de Acción Democrática.

El 24 de noviembre fue entonces la “crónica de un golpe anunciado” desde el 18 de octubre: la debilidad del pacto con AD, los resquemores ante su manera de hacer gobierno, la convicción experimentada por los integrantes de las Fuerzas Armadas de haber sido instrumentados para que otros detentaran el poder, el cultivo de un proyecto de país regido por un gobierno fuerte, tecnocrático, que no propiciara ni diera espacio al “bochínche”, la sintonía con la influencia militarista ascendente en el continente, la maduración de un pensamiento desarrollista basado en la industrialización con visión geopolítica y estratégica, el celo por el rescate de la soberanía nacional, la voluntad de colocar al país en un lugar “elevado dentro del concierto de naciones” y el desarrollo expansionista en la región. Todos estos fueron los ingredientes que, en presencia de la fragilidad institucional del primer ensayo de gobierno democrático, propiciaron la crisis. La participación política, la pasión electoral, el intento de satisfacer algunas reivindicaciones económicas y sociales desde antaño postergadas, de implantar una nueva cultura en el ejercicio del poder, no fueron suficientes en un momento en el que aún conservaban un importante peso los personalismos, las tendencias más conservadoras con nostalgia de “autoridad” y andinismo, la alergia anticomunista y la inmadurez institucional. De allí la emergencia preparada, sazónada, macerada y servida por los militares el 24 de noviembre.

A través de ella se expresaba el compromiso de los mandos subalternos pero, sobre todo, el del alto mando. Las dudas y vacilaciones de algunos oficiales se fueron resolviendo en la medida en que se dio una suerte de movimiento envolvente, del cual parecía no poder escaparse ninguna unidad, tanto que muchos oficiales que hasta la víspera se contaban como leales al gobierno, fueron incorporándose a medida que llegaba la hora cero.

En relación a la participación de los Estados Unidos, es necesario señalar que para ellos lo realmente importante era, por una parte,

mantener y garantizar el suministro petrolero (a ser posible, sin restricciones) y, por otra, garantizar el flujo de los capitales norteamericanos y la lucha contra el comunismo. Estas eran las pautas de su comportamiento y su actitud dependería de la receptividad hacia tales intereses. Indudablemente que una oferta de suspender la política de “no más concesiones” era un atractivo importante. Desde mediados de 1947 Estados Unidos, en sus relaciones con Venezuela, ponía mucho interés en despejar cualquier amenaza comunista y cualquier intromisión en las organizaciones sindicales, así como en mostrar su preocupación por la seguridad de los campos e instalaciones petroleras. Estas preocupaciones fueron parte importante de la agenda de trabajo del personal de la Embajada, que se vio reforzada por la llegada de las misiones militares.

Por lo demás, la relación con los presidentes Betancourt y Gallegos no fue en ningún momento conflictiva: pasado el momento inicial y los prejuicios frente al nacionalismo económico, rápidamente entendieron que se les ofrecían francas posibilidades a los capitales extranjeros, y que la política petrolera no se había tornado más exigente, exhibiendo lo que pudiéramos calificar como una relación cooperativa. En el período de Betancourt hubo una comunicación fluida y, posteriormente, los dos embajadores designados coincidían en el estilo diferente del presidente Gallegos, llegando a señalar, como se comentó antes, que “parece estar lejos de las intrigas, del tipo Betancourt, ya sean éstas internas o externas (...) Aunque Gallegos es un fiel partidario de AD, parece estar por encima del nivel de los partidos políticos” (Attaché Naval EEUU, Doc. 21).

Los integrantes de la Embajada venían observando con suma atención el desenvolvimiento de las contradicciones entre militares y civiles. Recibían informaciones de numerosas fuentes y decían que “estaban a la espera de lo que pudiera ocurrir”. No obstante, la visita del Presidente Gallegos a Estados Unidos y la forma cómo Delgado Chalbaud le devolvió el poder les hizo dudar y llegaron a pensar que el nuevo Presidente podía estar afianzándose y que un cambio de Gabi-

nete podía estabilizar su gobierno. En todo caso, la opinión de la Embajada no era homogénea, y como bien se demuestra documentalmente, los agregados militares tenían una posición más cercana a sus compañeros de armas y más de crítica hacia el gobierno constitucional. Margarita López Maya, en su acucioso trabajo, señala que:

...es forzoso concluir que los documentos que reposan en los archivos del Departamento de Estado no son suficientes para entender cabalmente la conducta del gobierno de los EEUU en estos días decisivos para la historia política venezolana (López Maya, 1996: 333).

El Presidente de la Junta Militar

La Junta Militar presidida por Carlos Delgado estableció en el Acta de Constitución del Gobierno Provisorio la vigencia de la Constitución Nacional de 1936 y el acatamiento a aquellas disposiciones de “carácter progresista” existentes en la Constitución de 1947. Las Fuerzas Armadas se presentaban como las responsables de salvar a la República del desorden administrativo, el sectarismo político y la desestabilización político-social. En la alocución que Delgado dirigió a la nación el 26 de noviembre señalaba enfáticamente lo que sería su compromiso reiterado en numerosas oportunidades:

La Junta Militar quiere dejar categórica constancia de que este movimiento no se orienta de ninguna manera hacia la instauración de una dictadura militar, ni abierta ni disimulada, a fin de exigir al pueblo que no debe dejarse engañar por quienes pretenden propagar lo contrario. (...) No se ha asumido el poder para atentar contra los principios democráticos sino para obtener su efectiva aplicación y preparar una consulta electoral a la cual concurra toda la ciudadanía en igualdad de condiciones.

Como demostración de amplitud, los miembros que integraron el Gabinete fueron en su mayoría figuras independientes, siempre que

contaran con un alto nivel profesional y honestidad comprobada, estructurando un equipo que involucraba individuos de posiciones conservadoras (como Aurelio Arreaza), moderados (como Rubén Corredor) y personajes de marcada tendencia liberal (como Amenodoro Rangel Lamus).

Según Luis Damiani, las personalidades de los integrantes de la Junta Militar se complementaban bien:

Ya lo creo, esos tres encajaron tan bien. Porque ellos eran muy buenos amigos, no hubo problemas, eso fue habladeras de pistolada. Delgado era el hombre que mantenía las relaciones internacionales, que mantenía el equilibrio en ese momento entre la Junta Militar de Gobierno y la sociedad venezolana. (...) Se ha hablado mucho y yo no me atrevo ni a repetirlo, de que había un grupo de gente de alguna significación que no le agradaba la presencia de Delgado, porque era un hombre que sabía mantener las distancias. Una vez me dice, "Mira Damiani, van a inaugurar SEARS y me invitaron, ¿cómo piensan que el Presidente de la Junta tiene que estar en todas esas inauguraciones?" (Ent. 12).

Régulo Fermín coincide con esta visión de complementariedad y respeto entre los integrantes de la Junta Militar:

La Junta Militar era un instrumento, una institución inquebrantable, cada quien tenía su función y el Gral. Pérez Jiménez no se metía en Relaciones Exteriores, ni Llovera se metía en Defensa. Delgado, el Presidente, era el fiel de la balanza, el equilibrio. El respeto entre las funciones que ejercía cada uno se observa en este caso: Delgado mandó a poner en libertad a un preso sin saber que era Llovera quien lo había mandado a meter preso por una tontería, y Llovera, que era un hombre muy impulsivo y muy apretado, montó en cólera y se molestó. Cuando Delgado lo supo, se presentó en su casa (que quedaba en la 7ma. transversal de Altamira) y le dijo "Mira Llovera, yo no sabía, yo no conocía la situación, tú me tienes que disculpar. Si tú quieres yo lo vuelvo a meter preso..." y Llovera le dijo, "No chico, ya eso pasó..." (Ent. 4).

Pérez Jurado subraya algunos rasgos de la personalidad de Delgado que favorecían su papel de gobernante:

...tenía la distinción de un archiduque. Aún en las situaciones difíciles, podía salir con finura y elegancia. (...) Era hombre patriota y carente de interés por enriquecerse a expensas de Venezuela. Siempre deseó lo mejor para la República. (...) Pulcro en su actuación presidencial; con sentido de grandeza; popular entre la tropa y oficiales: estimado por el pueblo. El teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud, reunía en su persona todas las cualidades para ser un óptimo Presidente de la República. Su posición política centrista le ocasionó más de un sinsabor con los grupos políticos de entonces (AD-URD-COPEI-PCV). Tal situación le llevó al sepulcro (Ent.8).

Müller comenta los apoyos que tenía en las Fuerzas Armadas cada uno de los integrantes del Triunvirato:

A Delgado lo respetaban como académico, él tenía "Auctoritas", era muy respetado incluso por Pérez Jiménez y los demás (...) pero no tenía poder ni influencias. Aquí estaba muy desconectado del ambiente social venezolano. No tenía afectos, ni personas íntimas, no tenía grupo, prácticamente lo colocan a Presidir la Junta, porque dentro de ese grupo era la persona más respetable desde el punto de vista militar, y haciéndole honor a su planteamiento, en el reino de los académicos, el más notable de los académicos militares era el Comandante Carlos Delgado Chalbaud quien fue el Presidente de la Junta. Pero el grupo de opinión más grande en el ejército eran los gomecistas, los andinos, los medinistas que se reunían en torno a Pérez Jiménez. Alrededor de Delgado estaban los académicos: Ravard, Damiani, Pérez Tenreiro. Carlos Delgado era respetado por los académicos, no por los troperos y en esa disputa los troperos apoyaron a Pérez Jiménez. (...) Y en el medio de los dos estaba Llovera, que era un hombre más antiguo que todos ellos, pero era un hombre "bon vivant", lo que le gustaba eran los palos, jugaba mucho, "parrandero, mujeriego y jugador". Era muy preparado, escribía, tenía un trabajo sobre geopolítica muy interesante, era buen docente de la escuela superior de guerra (Ent. 11).

Acerca del desempeño de Delgado en la Presidencia de la Junta y en el Consejo de Ministros, comenta uno de los integrantes del Gabinete, el Dr. Gerardo Sansón, Ministro de Obras Públicas:

...en la Junta Militar de Gobierno, Delgado Chalbaud era un verdadero jefe, un verdadero director y un verdadero conductor. Yo me acuerdo que una vez en Gabinete hubo ciertas desavenencias, políticas más que todo, y él, muy hábilmente, interrumpió el Gabinete. Dijo: "Bueno, vamos a dejar esto para después". Luego me dijo a mí, a otros y a la Junta en una cuenta mía: "Yo no quiero que los ministros sean sístas, sino todo lo contrario, que opinen y digan lo que debe ser; que nos critiquen y nos ayuden; así que ministros sístas no quiero" (Martín, 2004: 167).

No obstante los testimonios anteriores, el nombramiento de Delgado fue recibido por otros con desconfianza y desagrado, sobre todo en los predios militares. Lo calificaban de advenedizo, además de considerarlo demasiado "cercano a AD" y lo criticaban por no identificarse con los andinos. Maldonado señala los apoyos con los que contaba Pérez Jiménez, quien era considerado como un líder genuinamente militar:

El Presidente Delgado quería buscar una salida democrática, él era democrático, lo demostró como Presidente de la Junta Militar de Gobierno. Es posible que eso que dicen de que él quería contemporizar con los adecos, fuese porque él era político, bastante buen político. Ahora es posible que dentro de los oficiales de esa época, muchos estuvieran más con Pérez Jiménez porque veían a Pérez como un jefe más militar, pero más nada. Evidentemente que Delgado Chalbaud era un hombre mucho más civilista que Pérez (Ent. 5).

No obstante las diferencias y descontentos, durante los 24 meses que duró la Presidencia de Delgado no hubo sediciones militares. A pesar de las diferencias políticas, acentuadas después del 24 de noviembre, Andrés Eloy Blanco comentó que con el nombramiento de Delgado como presidente de la Junta Militar se ahorrarían muchas lágrimas en Venezuela: "Su posición política de sano equilibrio le ocasionaría más de un sinsabor con los diversos grupos políticos de entonces. Era muy mal visto por el grupo andino, propulsor de una solución de gobierno fuerte" (Ent. 8).

El discurso

El individuo que nos ocupa tuvo un paso fugaz y accidentado por la vida pública venezolana, se desempeñó como un hombre de acción, ocupado en establecer líneas prioritarias para la gestión y en tender puentes que pudieran darle sustento dentro de un contexto minado por intereses disímiles. A falta de documentos más completos, sólo es posible extraer de sus alocuciones y declaraciones algunas pistas respecto a su visión política y proyecto de país, las cuales pueden organizarse en siete aspectos:

- **Interinidad en el gobierno:** En diferentes oportunidades, Delgado afirmó la provisionalidad del gobierno de las Fuerzas Armadas, señalando que el gobierno de la Junta Militar constituía un “paréntesis de facto (...) un promisor paréntesis de recuperación del pueblo y del nombre de Venezuela” (1-1-49), cuyo deber fundamental era el de “ser transitorio, de ser realmente provisional, de constituir sinceramente un paréntesis de sosiego, un alto en la carrera desatada por los caminos de la división y del odio fratricidas” (1-1-49). Consideraba que la “misión más noble de un Gobierno de transición y de facto” era preparar las normas que regularán la expresión de la voluntad del pueblo (*Discursos y Documentos Oficiales*, 1950: 31).

Al cumplirse un año del gobierno militar ratificaba el sentido de interinidad: “los resultados positivos de la gestión oficial que presidimos ratifican nuestro propósito de provisionalidad (...) nos enrumbamos hacia el cumplimiento del anhelo democrático nacional, que es el ejercicio de la libertad y la práctica de la igualdad en un clima de serenidad y de respeto común” (24-11-49). En estas afirmaciones apreciamos un compromiso con la construcción de la democracia, en el marco del establecimiento de un régimen liberal, caracterizado por la apertura política y la búsqueda de calidad de vida. Asumía su gobierno como una suerte de régimen de transición, en el cual debían crearse las condiciones de convivencia ciudadana, pulcritud administrativa y desarrollo institucional que hicieran posible el retorno al régimen democrático. Desde esta perspectiva, con la elaboración del Estatuto

Electoral, se cumplía la primera etapa de la provisionalidad del Gobierno Militar y señalaba que:

La consulta electoral se hace indispensable, no sólo para demostrar que la Institución Armada, salvadora de la patria en peligro, no ha olvidado ni por un momento su espíritu de servicio ni su vocación patriótica, sino para que los ciudadanos, el pueblo en su conjunto, asuman la responsabilidad de sus destinos y puedan tomar en forma debida las decisiones acerca del sentido y la organización de su vida pública (Discursos y Documentos Oficiales, 1950: 32).

- Carácter del Gobierno Militar: Sostenía Delgado que la función esencial del Gobierno de la Junta Militar era preparar las condiciones para que pudieran funcionar los mecanismos electorales dentro de un esquema de “democracia liberal, alternativa y representativa” (24-11-49). Es decir, se trataba de una suerte de tutelaje de las Fuerzas Armadas a fin de restablecer las condiciones del ejercicio democrático, que involucraba responsabilidades de parte del gobierno y la ciudadanía, es decir un cambio en la cultura política, que debía comenzar por el saneamiento de la estructura administrativa, pero debía suponer una forma de hacer política que se distanciara del sectarismo, el populismo y la demagogia:

...interpretar el sentimiento popular mediante un ejercicio sincero del Poder. Sin adular al pueblo, sin envilecerlo con promesas o programas irrealizables. Administrar fuera de toda política banderiza (...) demostrar al país que sabemos mandar, porque preparamos la vida pública para que sea regida por un gobierno equidistante del personalismo y de la oligarquía. (...) Pongamos todo nuestro empeño en la empresa de no defraudar esperanzas, sin alarde demagógico, sin agitación y sin alteración de espíritu, con sobriedad y sencillez republicanas, para lo cual se impone la restauración de la concordia: La Patria nos demanda deponer las pasiones y ser tolerantes (1-1-49).

En este sentido, se pronunciaba por un gobierno liberal y progresista situado en una posición ideológica de centro que le permitiera

contrarrestar “todo extremismo y todo propósito de agitación, así como tener acierto y eficacia” (*Discursos y Documentos Oficiales*, 1950: 28). Afirmaba que para “recobrar la salud de la patria y lograr la mayor suma de bienestar social” no bastaba con saber mandar honestamente, ni con administrar y ahorrar, sino que se trataba de emprender:

...la solución del problema del hombre en sociedad (...) armonizar la vida libre y digna del ciudadano con la disciplina social, para impedir tanto el desenfreno individualista que conduce a la anarquía como el ejercicio despótico o sectario del poder que lleva a la tiranía y al absolutismo (...) una política destinada a la recuperación de las instituciones de nuestra democracia.

En su opinión, el proceso de maduración y modernización institucional y social era el fruto de una acumulación de esfuerzos de distinto peso e importancia, independientemente del tipo de régimen político en el que se inscribieran. Al referirse al régimen iniciado el 24 de noviembre admitía que “tiene sus propias características y sus propios ideales” (10-12-48), y consideraba conveniente la continuidad de proyectos y de líneas maestras:

...las realizaciones progresistas y los actos que envuelven avance político y social serán mantenidos y ampliados si así lo requieren las circunstancias, sin que el actual Gobierno se detenga a analizar a cuál de los regímenes que le precedieron en el poder correspondió el honor de tomar la iniciativa (10-12-48).

Esta continuidad se mostraba necesaria en los aspectos jurídicos y, dentro de ellos, muy especialmente, en lo atinente a las reformas sociales:

El movimiento de noviembre constituye una reacción sana de la vitalidad del país contra la exageración y la demagogia de una secta política, nunca un retroceso frente a las reformas que en nuestra legislación y en nuestra realidad hemos venido conquistando.

do desde 1936, de allí que se garantiza la protección de los intereses económicos y del individuo, y la vigencia de la avanzada legislación social. (...) La Junta Militar ha mantenido todas las reformas dignas de permanecer en pie (24-11-49).

En la gestión administrativa apreciaba la transparencia y la dedicación, advirtiendo que dadas las condiciones del régimen, se recurriría cuando fuere necesario a las “facultades extraordinarias” de las que estaban investidos:

En líneas generales nuestra obra consiste en un mejoramiento del prestigio de la autoridad y de la función pública mediante el ejercicio sincero y sereno de la gestión oficial; en el aumento de la eficiencia, en la prestación de servicios por la escogencia de funcionarios competentes y honestos; en el logro de mayor rendimiento en los trabajos públicos y privados dentro del mantenimiento de las prestaciones y reivindicaciones sociales adquiridas por los sectores de obreros y empleados de la nación. Nuestra obra de gobierno trata de demostrarse con hechos, con realizaciones. Con modesta y honesta conducta (1950).

(...) Hacer de la obra administrativa ...la primera de nuestras preocupaciones; (...) Para la satisfacción de los objetivos que se planteaban y que obedecen (...) a razones superiores de interés nacional (...) actuamos con franqueza dentro de las facultades extraordinarias de que estamos investidos pero sin disfrazar su ejercicio con fórmulas o promesas demagógicas (24-11-49).

En su criterio, el restablecimiento de las garantías constitucionales que tanto preocupaba a los ciudadanos y a los observadores de los países vecinos no constituía una prioridad:

Un gobierno “de facto” restablece las garantías cuando está a punto de dejar de serlo, o sea cuando adviene el proceso electoral y se prepara a dar paso al gobierno “de jure”. Entretanto, crearse contradicciones internas, teóricas y prácticas, es hacerse nocivo al futuro del país. Venezuela reclama de este gobierno “de facto” que aproveche todas las posibilidades para la futura normalidad y estabilidad institucional (1950).

- **Consulta electoral:** Para el restablecimiento de la democracia era fundamental la realización de una Constituyente que definiera los criterios que regirían la realización de la consulta electoral, la cual, desde su perspectiva, debía ser lo más incluyente y equitativa posible, con la concurrencia “de toda la ciudadanía en igualdad de condiciones” (26-11-48).

La elección de la Constituyente y la consulta electoral debían realizarse en forma democrática, sin restricciones ni presión oficial y bajo el resguardo de las Fuerzas Armadas, tan pronto como se restableciera el “clima de serenidad y de auténtica concordia. La ciudadanía concurrirá a las urnas contando con la imparcialidad del gobierno”.

- **Función de las Fuerzas Armadas:** Para Delgado, las Fuerzas Armadas eran un cuerpo apolítico, no deliberante, de allí que no apoyara la figura del voto militar. Su intervención en la política debía reservarse para resolver situaciones críticas, como la del 24 de noviembre en la cual:

Cumplimos el deber ineludible (...) Veníamos a restablecer el prestigio de la autoridad y de la función pública mediante la persuasión obtenida con una actuación ecuánime, serena y enérgica, afirmando una voluntad de concordia nacional. Las FFAA han obedecido al imperativo nacional de conjurar los ímpetus de disolución (1-1-49).

Pero no debían perpetuarse en el poder, culminada esa etapa de facto. Era imperativo entregar el poder a los civiles:

Este golpe no ha sido dirigido para constituir una dictadura militar. Las FAN se encuentran al servicio de la nación, íntegramente, sin ambiciones políticas (26-11-48).

- **Relación con los grupos sociales y políticos:** Delgado aceptaba la intervención del Estado en la esfera económica y social como un instrumento necesario para garantizar el desarrollo, de allí que señalara que el Gobierno, en sus relaciones con los sectores económicos, mantendría vigentes aquellas disposiciones que propendieran al “mejora-

miento del nivel de vida de los sectores más necesitados de la protección del Estado”, a la protección y estímulo de la iniciativa empresarial y al apoyo de los productores agropecuarios, con miras al fortalecimiento de la productividad nacional para beneficio colectivo (26-11-48).

En numerosas oportunidades insistió en dos males que podrían afectar a la nación venezolana: las restricciones propias del régimen oligárquico y el caos producto de la demagogia, por lo cual era menester buscar un punto equidistante entre ambos extremos. Con ello tomaba distancia de los postulados conservadores que aspiraban al retorno del esquema de dominación oligárquico-autoritario, pero tampoco adhería a las banderas que implicasen un estallido social, tras consignas y ofrecimientos demagógicos. La visión que esbozaba del país era gradual y evolucionista, no revolucionaria, basada en el proceso de modernización y maduración de las instituciones y las actitudes de los ciudadanos. Al criticar el “espíritu oligárquico y exclusivista” se pronunciaba por un régimen social incluyente, horizontal y basado en el trabajo y la participación política de todos.

En su análisis, los sucesos del 18 de Octubre y del 24 de Noviembre formaban parte de un continuo:

Pueden considerarse como hechos aislados que se han constituido en eslabones de un proceso hacia el perfeccionamiento institucional (...) así son los fenómenos sociales: aparentemente aislados, forman el encadenamiento histórico. Los sucesos de octubre y noviembre, ya lo dijimos en alguna oportunidad, son impulsos vigorosos en la marcha ascendente de la nación (1950).

Afirmaba que el gobierno de la Junta Militar “no está a merced de las fuerzas oligárquicas”, dado que las Fuerzas Armadas “provienen de la entraña social de la nación”(24-11-49), con lo cual ponía de manifiesto que las Fuerzas Armadas Venezolanas ciertamente tenían un origen popular, a diferencia de otros ejércitos del continente.

- Relaciones con los países del continente: Delgado se manifestaba contrario a la política de intervención en cualquier nación, en primer lugar porque:

... no tiene consistencia doctrinaria y produce situaciones injustas su aplicación efectiva, y segundo, porque la política de intervención es contraria a los más sanos principios éticos y jurídicos, y a los acuerdos y tratados vigentes dentro del sistema de naciones americanas (1949).

De esta afirmación resulta posible concluir que no obstante su apertura a la Embajada norteamericana y las expresiones de cordialidad con sus funcionarios, no compartía sus métodos intervencionistas, pero sí valoraba la cooperación y los proyectos conjuntos.

En relación con el contexto bipolar que regía las relaciones internacionales y privaba en la dinámica política de los países, señalaba:

Las calificaciones de derecha y de izquierda dadas a las ideas políticas resultan frecuentemente arbitrarias e injustas. Es seguro que han dejado de tener actualidad. Procedimientos, actitudes de personajes, grupos y gobiernos de extrema izquierda son reaccionarios, antiliberales, inhumanos. Actitudes, invocaciones y conceptos hay en los grupos llamados de derecha que son avanzados, progresistas, pues, procuran el mejoramiento de los sectores menos favorecidos económicamente (Declaraciones a El Universal-México, 1949).

- Desempeño de los poderes regionales: Delgado otorgaba gran importancia al adecuado cumplimiento de las metas en el marco de las facultades regionales, a las cuales consideraba condición indispensable para el ejercicio de los poderes locales y municipales. Insistía en cuatro nociones: visión planificadora, establecimiento de prioridades, pulcritud en el uso de los recursos y eficiencia en la acción.

Para cumplir su misión en forma eficiente y exitosa, los mandatarios regionales debían cumplir con una serie de condiciones:

Como hemos de mantener y avivar el anhelo democrático nacional dentro del ambiente ordenado de disfrute de efectivas garantías sociales y políticas que sinceramente hemos propugnado y practicado, los Gobernantes Regionales deberán aumentar por medio del estudio y del asesoramiento técnico del dominio de las Leyes y de las prácticas administrativas, para que las dotes de mando, la firmeza de carácter y la austeridad de la conducta, esenciales al funcionamiento público, sigan traduciéndose en beneficio del pueblo y en progreso, armonía y sosiego colectivos (Discursos y Documentos Oficiales, 1950: 27).

En su opinión, a lo largo del trienio habían operado fuerzas que culminaron desacreditando algunas instituciones. La administración de lo público se había caracterizado por “imprevisión, desaciertos e imprudencia”, y el uso indebido del poder llevó a fortalecer artificialmente al partido Acción Democrática. No obstante, al ser interrogado por un periodista extranjero respecto a si Gallegos fue el principal responsable de la crisis, respondió: “No fue el principal responsable; la responsabilidad principal recae sobre los dirigentes de su partido” (10-12-48). Igualmente, al ser interpelado en relación al andinismo, respondió que el regionalismo “es sólo un remanente que desaparecerá pronto por el desarrollo natural de la vida nacional” (31-12-48).

En la superación del clima de inestabilidad política e incertidumbre a propósito de la crisis de noviembre, Delgado Chalbaud hacía un público reconocimiento al pueblo que había ofrendado la más importante contribución, “la gran capacidad venezolana para la superación y el dominio de las dificultades”, y puntualizaba: “El país no debe volver a un ambiente de alteración del ánimo público ni de exacerbación de las pasiones políticas, ni permitirse la especulación de las necesidades y calamidades sociales” (1950).

Una obra en veinticuatro meses

La gestión de la Junta Militar de Gobierno se dio en un contexto internacional marcado por los efectos de la finalización de la Segunda Guerra Mundial y la reorganización del mundo en lo político, social y económico; por el papel de primera importancia de los Estados Unidos

como líder de la lucha anticomunista en Europa y en América Latina, y por la emergencia en el sub-continente de un conjunto de dictaduras militares. Este panorama afectó las relaciones con los países latinoamericanos, haciendo más intensa la dependencia con respecto a los países industrializados y generando nuevas formas de resistencia.

No es tarea fácil ensayar una definición del régimen de la Junta Militar. Algunos lo han denominado “Dictablanda”; otros lo incluyen, sin ninguna especificidad, dentro de la “década militar 48-58”. Muy pocos se han detenido a examinar cuidadosamente estos veinticuatro meses. Estamos en presencia de un gobierno de facto, que guarda continuidad con las grandes líneas de desarrollo económico y social capitalista, en el marco de un paréntesis en lo que se refiere a la forma de dominación política, ejercida por un Triunvirato militar, en el cual el Presidente jugó un papel relevante, debido al peso propio –profesional, cultural y social– de quien desempeñaba el cargo, cuyo liderazgo intelectual destacaba entre sus compañeros.

Al observar las líneas de acción gubernamental durante el bienio 48-50 podría pensarse que éstas pudieron constituir una suerte de transición a la democracia, una puesta al día de instituciones y mecanismos, un paréntesis para demostrar al colectivo “otra manera” de ejercer el poder sin recurrir al uso inapropiado del sectarismo y el clientelismo. Pero el asesinato de Delgado cerró dramáticamente ese ensayo, finiquitando o desnaturalizando los dispositivos que operaban con miras al retorno de la democracia representativa. Más allá de ello, en la dinámica estrictamente política se evidenciaban las secuelas del curso irregular de acceso al poder: la Junta Militar, en sus primeros días de gobierno, desmanteló los órganos de ejercicio del poder político, suspendió al partido derrocado, detuvo o envió al exterior a sus más importantes voceros y estableció censura de prensa. En ese momento la represión era selectiva hacia AD, focalizándose en aquellos lugares donde contaba con fuerza; después de la huelga petrolera de 1950 se amplió también al Partido Comunista.

En la colectividad, una vez superado el desconcierto inicial y más allá de los inconvenientes y descontentos que trajo consigo la imposición de la disciplina social, no se presentó mayor conflictividad. El tejido social y corporativo continuó funcionando a través de los gremios, asociaciones empresariales y sindicatos, a pesar de la intervención de la Confederación Venezolana de Trabajadores (CTV).

La gestión presidida por Delgado se trazó los siguientes objetivos: reconciliación social y política, redención de los males anteriores y creación de condiciones para una próxima salida democrática, forjar en el pueblo una nueva imagen de los militares basada en su procedencia popular y en su capacidad para administrar y dirigir los destinos de la nación, con lo cual justificaba su intervención ante el “fracaso” de la gestión de los civiles.

El primer año del gobierno militar (1949) fue de crisis para el mercado petrolero mundial, con el consiguiente descenso de la producción petrolera venezolana, no obstante lo cual el gobierno contó con un alto nivel de ingresos fiscales producto del aumento de la renta aduanera y la renta interna, que le permitieron contrarrestar la reducción de los ingresos por hidrocarburos y poner en práctica una política crediticia que distribuyó, en el primer año de gobierno, 180 millones de bolívares entre industriales, agricultores, criadores y pescadores.

Una tarea prioritaria fue poner orden en la administración pública, implantar la contabilidad fiscal, unificar la administración y eliminar prácticas incorrectas, así como crear la Consultoría de Política Económica de la Junta Militar de Gobierno, a fin de contar con fundamentos más sólidos para la elaboración de las políticas económicas.

En el diagnóstico de la situación nacional hecho por el equipo gobernante se detectó que los mayores problemas eran el alto costo de la vida, la vivienda, el transporte, la sanidad y la educación, encaminando hacia allá los principales esfuerzos. Cabe resaltar el interés que asumió Delgado ante dos problemas cruciales: la necesidad de contar

con planes reguladores y el tema de la vivienda y los barrios, sobre todo en Caracas.

En lo que respecta al primero, el Presidente sostuvo en la Junta y en el Gabinete la necesidad de contar con instancias que se ocuparan de la planificación urbana y la generación de planes reguladores para el crecimiento de la ciudad de Caracas y otras ciudades del interior que experimentaban una rápida expansión. Una porción importante de la inversión pública se orientó a la vialidad urbana y la construcción de diferentes edificaciones en Caracas. Dado que Delgado había formado parte desde 1943 de la comisión que debía presentar el proyecto de la nueva edificación de la Escuela Militar, tenía especial interés en la construcción del paseo “Los Próceres”, como lo relata el ingeniero Pedro Pablo Azpúrua:

La avenida de Los Próceres, la avenida de Carlos Delgado Chalbaud, tú conoces la historia de la avenida de los Próceres ¿no?. Los Próceres no se llama Los Próceres se llamaba avenida Los Ilustres, bueno, pues Carlos Delgado me llama y me dice: “Mira Pedro Pablo, yo quiero una avenida que una a la Universidad Central con la Academia Militar, esa unión es imprescindible porque en Venezuela la dicotomía ha sido siempre que el régimen militar está totalmente separado, y hay que buscar la manera de unirlo, y la única manera de unirlo físicamente es por una avenida”. Se iniciaba con un gran monumento a los Próceres Civiles, después vienen los Próceres Militares y por último el Indio (...); había que democratizar todo, y entonces el indio es lo que más se parece a nosotros como pueblo, una concepción totalmente europea la de Carlos Delgado. De ahí sale con una avenida de Los Próceres Militares, y después a Los Símbolos y entra en Los Próceres Civiles, aunque no se llegó (...) ahí estarían Cristóbal Mendoza y otros civiles (...) Esa es la idea de Carlos Delgado! (...) Hay una frase que decían los planificadores viales: la avenida de los Próceres ni iba a ninguna parte ni venía de ninguna parte, una visión muy europea porque su objetivo era otro: unir los Próceres Civiles, los Símbolos y los Próceres Militares, muy europeo... (Martín, 2004: 239).

Con ello, Delgado pretendía democratizar la Escuela Militar, facilitando así la existencia de canales y vínculos transparentes entre civi-

les y militares, quizás como una forma de despejar desconfianzas mutuas y conjurar los demonios de los levantamientos armados y del autoritarismo.

En lo referido a la vivienda y los barrios en la ciudad de Caracas, Gerardo Sansón, Ministro de Obras Públicas, señalaba que a Delgado le “interesaba mucho” este tema, afirmando su decisión de realizar una investigación y un censo de la población que vivía en los cerros de Caracas, así como de trabajar conjuntamente con el Director del Banco Obrero “sobre un plan de construcciones para las personas desplazadas (...) en la seguridad de que el Gobierno Nacional prestará firme apoyo a la realización de la obra” (Martín, 2004: 164). En dichos estudios se recomendaba, entre otras opciones, el mejoramiento de los barrios, es decir, la creación de condiciones para su habitabilidad. Las Comisiones de Planificación y de Urbanismo iniciaron los estudios técnicos a fin de diseñar el “Plan Nacional de Vivienda”, y entre tanto, el gobierno concluyó la construcción de 1.530 viviendas y anunció la entrega de 3.505 nuevas unidades.

Debido quizás al interés de Delgado por este tema, una de las pocas acciones de la que se tiene conocimiento realizada por la primera dama Lucía de Delgado, fue un programa de construcción de casas para familias numerosas (más de diez hijos) en el barrio “Lídice”, al oeste de Caracas. Esta propuesta le fue sugerida por su amiga Margot Boulton, quien para ese momento era concejal. El programa incluía la rifa de diez casas nuevas entre los candidatos que cumpliesen con los requerimientos de la preselección y la escogencia de cinco familias que tuvieran casas en mal estado para que fueran refaccionadas por el Banco Obrero. En ambos casos Lucía Delgado entregó los premios:

Yo creo que la rifa de esas casas fue para Lucía una revelación, porque era la primera vez que ella tenía contacto con nuestra gente, gente sencilla. Quise que ella se diera cuenta de lo que había significado para esa gente la entrega de las viviendas. A las dos o tres semanas después del sorteo, fuimos a visitarlos. A todos los encontramos felices, instalados en sus casas, que tenían 4 dormitorios, 3 baños, una amplia cocina, sala y un

hermoso comedor. No podían creer que fuera cierto. Sobre todo, porque tenían agua, luz eléctrica, en fin todos los servicios instalados (Boulton, 1992: 118).

A raíz de esa experiencia, la señora Delgado sostuvo algunas conversaciones con el Director del Banco Obrero a fin de tomar medidas que evitaran las construcciones populares en zonas inestables y de derrumbes.

En otro orden de ideas, las políticas puestas en vigencia por el Ministerio de Fomento permitieron una rebaja gradual y apreciable del costo de la vida, que se reflejó especialmente en el precio de los alimentos que se expedían en los mercados libres, lo cual se sumaba a las medidas agropecuarias orientadas a aumentar la productividad y el abastecimiento de los productos básicos, como los planes especiales de producción de arroz, ajonjolí y maíz. En esta línea resulta importante rescatar la promulgación del nuevo “Estatuto Agrario” basado en una concepción moderna que incluía: tierra, crédito y técnica, así como la creación del Fondo Nacional del Café y el Instituto para el estudio y control de la fiebre aftosa, de la Junta de Fomento Equino y del establecimiento de los primeros potreros comunales en Acarigua, Tinaquillo y Barinas.

En materia educativa, se promulgó el “Estatuto Educacional” y se crearon en 1949 el Instituto de Previsión y Asistencia Social del Magisterio y el Instituto Nacional de Deportes. Se devolvió la autonomía a las universidades y se reformó el plan de estudios del Instituto Pedagógico. Mención especial tuvo el avance en la construcción de la Ciudad Universitaria de Caracas, lográndose una significativa disminución de los gastos mensuales destinados a ese fin. De sus edificaciones entraron en funcionamiento, en los años 1949-1950, el Instituto Médico-Experimental, la Escuela Técnica Industrial, el Instituto Anatómico-Patológico, el Instituto Anatómico y los anexos del Instituto de Higiene.

En lo relativo a salud, se ampliaron los servicios ambulatorios en numerosas ciudades del país, dándosele particular importancia a las “Unidades flotantes de salud” que surcaban el Orinoco para brindar asistencia a las poblaciones asentadas en sus riberas. Se construyeron

hospitales y se ampliaron otros, se crearon el Instituto Nacional de Venereología, el Patronato Nacional de Ancianos, el Instituto Nacional de Nutrición y el Servicio Nacional de Anatomía Patológica.

En materia de transporte y comunicaciones, la construcción de vías, autopistas y carreteras recibió atención preferencial a través de lo que se denominó el “resurgimiento vial”, caracterizado por la celeridad en la ejecución, la buena calidad y el precio justo, con lo cual se ejecutaron 2.900 kilómetros de nuevas carreteras, la mayor cantidad de vías construida hasta ese momento en el país. Se continuaron los trabajos de acondicionamiento del puerto de La Guaira y el mejoramiento y construcción de aeropuertos. Se levantaron edificaciones para diversos usos (militares, escolares, administrativos, hospitalarios, de servicio) y se avanzó en la construcción de plantas hidroeléctricas en diferentes lugares del país, obras de riego (en particular, la primera etapa del Cenizo) y plantas de tratamiento de agua y acueductos rurales.

En la ciudad de Caracas, en el marco de lo que se llamó la “Reurbanización de Caracas”, se continuaron los trabajos de las avenidas Bolívar, del Este, Andrés Bello, Sucre y Gran Colombia, dándosele particular importancia al proyecto del “Centro Cívico” de la capital presentado por la Comisión Nacional de Urbanismo. En estos años se culminó el tramo inicial de la autopista Caracas-La Guaira y se decretó la creación del Parque del Este.

En lo que al campo laboral se refiere, se creó la Dirección de Cultura y Bienestar Social del Ministerio del Trabajo, se decretó la construcción de dos ciudades vacacionales para los trabajadores, una en Mérida y otra en el litoral, se construyeron seis casas sindicales y se adquirieron los terrenos para la construcción de la casa sindical del Paraíso en Caracas. Se inició la construcción del Hospital Policlínico de los Seguros Sociales en Caracas y se le dio especial apoyo a los programas de recreación y al establecimiento del cine y las bibliotecas obreras. En materia sindical, con posterioridad al 24 de noviembre, se organizaron noventa y ocho nuevos sindicatos, dentro de las pautas que esta-

bleció el gobierno de facto, y se llevó a cabo el Primer Censo Nacional de Desempleo.

A través del Ministerio del Interior se procedió a la reorganización de los servicios de seguridad del régimen y del aparato represivo y judicial, abriéndose en 1950 el penal de “El Dorado” y reorganizándose la Penitenciaría de San Juan de los Morros.

En términos del proceso de profesionalización de las Fuerzas Armadas, se inauguró la nueva sede de la Escuela Militar y se adelantaron proyectos de modernización de la estructura institucional con miras a elevar el nivel de eficiencia moral y técnica de las Fuerzas.

En esta revisión es menester resaltar dos realizaciones de importante significación para la Venezuela del momento: el Censo Nacional de 1950, en el cual se invirtieron cuatro millones de bolívares y permitió actualizar las estadísticas demográficas, sociales y agropecuarias, en el marco de la iniciativa regional “Censo para las Américas de 1950”, que estableció pautas técnicas comunes que, sin limitar la amplitud de los censos nacionales, aseguraba la comparación internacional de los resultados a los que se refería el “mínimo censal interamericano”.

El otro evento, de trascendencia para la industria petrolera venezolana y antecedente de la OPEP, fue la “Misión Especial Venezolana al Medio y Cercano Oriente”, que constituyó el primer contacto oficial entre Venezuela y los países petroleros. En la decisión de emprender esta gira influyó la situación de baja que experimentaban los precios del petróleo venezolano y las presiones que hacían las grandes compañías aprovechándose de la situación, al señalar las ventajas del petróleo del Medio Oriente que no estaba sujeto a las cargas impositivas del venezolano. Al respecto, señalaba Fuad Ruhani, primer Secretario General de la OPEP:

Después de la Segunda Guerra Mundial (...) las principales empresas petroleras decidieron desarrollar rápidamente los recursos del Medio Oriente, donde las reservas eran abundantes y los costos de operación bajos. En 1950, la producción del Golfo Pérsico llegó a 630 millones de barriles, mientras que la de Venezuela fue de 547 millones. Las compa-

ñías petroleras confiaron que el aumento de la producción en el Medio Oriente sirviese de advertencia al Gobierno de Venezuela, cuya política de imponer crecientes obligaciones financieras a las operadoras se afirmaba cada vez más. No obstante, esta amenaza no hizo que Venezuela cambiara sus tácticas. Más bien, decidió efectuar un acercamiento con los países exportadores del Medio Oriente, con el objeto de tener aliados en lugar de rivales en esa región de creciente importancia (Sánchez, 2000: 126).

Así, pues, la Misión llevada a cabo en el último trimestre de 1949 contó con propósitos de amistad, buena voluntad y cooperación, que reflejaban la madurez y preocupación de Venezuela como país petrolero por conocer a cabalidad su situación en relación con los más importantes países abastecedores del mundo: Arabia Saudita, Irak, Irán, Kuwait, Siria y Egipto, así como difundir la política del “fifty-fifty”. La integraron Edmundo Luongo Cabello, Luis Emilio Monsanto y Ezequiel Monsalve Casado. Como señala Sánchez:

La Misión llevó consigo el conjunto de leyes relativas al petróleo: la de impuesto sobre la renta, la de hidrocarburos y la del trabajo, todas traducidas al árabe, para hacerlas del conocimiento de los países visitados. El objetivo se cumplió en parte, pues la misión no pudo visitar a Arabia Saudita ni a Kuwait (Sánchez, 2000: 126).

A raíz de ello, el arreglo de las ganancias de acuerdo al “fifty-fifty” comenzó a ser adoptado en el Medio Oriente: Arabia Saudita (1950), Kuwait (1951), Irak (1952), Bahrein y Qatar (1954). En Irán las concesionarias no lo aceptaron y al precipitarse la nacionalización petrolera de Mohammad Mossadegh en 1951, se responsabilizó a Venezuela de lo que denominaron una “labor de agitación” realizada a través de los contactos e intercambios de experiencias que se iniciaron con la Misión (Sánchez, 2000: 126).

La mirada desde el norte

A los tres días del golpe militar, el Embajador de Estados Unidos envió un telegrama al Departamento de Estado, en el cual registraba

una reacción pública favorable al establecimiento de la Junta, señalando que los cambios gubernamentales eran deseados por la mayoría y que lamentaba la incapacidad para mantener constitucionalmente a Gallegos como Presidente. Asimismo, adelantaba que “se cree que los intereses norteamericanos se benefician con el cambio. Creemos que la Junta de Gobierno es muy pronorteamericana” (Adams, Doc. 27).

No obstante, el gobierno estadounidense evaluaba exhaustivamente la conveniencia de reconocer al gobierno militar. Necesitaba tener seguridades no sólo del trato que le dispensaría el Triunvirato y de la receptividad en los negocios petroleros, sino del impacto que tendría para los otros países del continente el apoyo a un gobierno militar. Para la Junta Militar, el problema del reconocimiento era vital. En el ánimo de auscultar cómo se desenvolvía el proceso de negociación, Delgado y el embajador Donnelly sostuvieron una conversación el 3 de diciembre de 1948, en la cual, el primero afirmó que en breve plazo se realizarían elecciones libres y negó enfáticamente que hubiese lazos con otros regímenes militares, sosteniendo que lo ocurrido en Venezuela era un asunto estrictamente interno:

Manifestó que la delegación venezolana en las Naciones Unidas tomará una línea más consistente con la política de los Estados Unidos, que se intensificarán las relaciones con las Misiones Militar, Naval, Aérea. Prometió respeto a la libre empresa, e impulso al capital e inversiones extranjeras. Prometió respeto a las concesiones petroleras y de hierro existentes y expresó desacuerdo con el rechazo del Gobierno de Gallegos a otorgar concesiones petroleras adicionales.

En relación con el comunismo, se declaró anticomunista, señalando que el gobierno estudiaba romper relaciones con la URSS y que, a diferencia del régimen anterior, no intervendrían en otros países (Donnelly, Doc. 32).

Dado que el reconocimiento seguía sin producirse, y afectando con ello la decisión de otros países latinoamericanos que se mantenían a

la expectativa, Delgado solicitó una nueva entrevista al embajador Donnelly, que se realizó el 28 de diciembre. En ella le señaló que él respetaba a Gallegos como individuo, escritor y caballero, pero que “él no era un líder político y estaba dominado por el ala izquierda y los elementos marxistas del partido AD”, y que Gallegos había declarado, en presencia de oficiales, que el partido “haría desaparecer a un grupo de oficiales del ejército y que ellos ya habían seleccionado los postes de la electricidad en Caracas donde colgarían los cadáveres de los oficiales”. Asimismo, insistió en que tenían estrategias para enfrentar el comunismo y que no permitirían “el uso de los sindicatos como cuerpos políticos para beneficio de los líderes obreros” (Memorando de Conversaciones, Doc.34).

Finalmente, el 21 de enero se produjo el tan esperado reconocimiento por parte de Estados Unidos, con lo cual se retomaron las áreas de interés bilateral: petróleo, asesoramiento militar, relaciones comerciales y culturales, manifestando Estados Unidos un “discreto” apoyo al régimen de Delgado (Quintero, 2000: 113). Una de las áreas de interés común fue la seguridad de las instalaciones petroleras, considerando el Departamento de Estado que debía instruir al gobierno venezolano en cómo proteger sus campos petroleros ante posibles sabotajes y amenazas militares externas.

A medida que transcurría el Gobierno Militar aumentaba la crítica en los periódicos norteamericanos por la tardanza en convocar las elecciones, generando tensión en las relaciones diplomáticas. De allí que el Departamento de Estado resolviera sustituir al Embajador y enviar a Norman Armour a partir de septiembre de 1950.

Las contradicciones

Para buena parte de la colectividad, los dos años del período presidido por Delgado Chalbaud estuvieron marcados por la confianza en la provisionalidad de los militares, en la medida en que éstos, y en particular el Presidente de la Junta, insistían en que una vez resueltos los problemas que habían ameritado su intervención, se procedería a crear

las condiciones para el retorno de la democracia. Pero también es cierto que la confianza se sustentó “en la valoración positiva del orden y la tranquilidad, frente a la experiencia de inestabilidad e improvisación (quizás explicable mejor con el término “bochinche”) del período precedente”(Castillo, 1990: 71), en un contexto en el cual la represión sólo tocaba a sectores muy específicos de la población.

Los actores sociales, con diversos estilos y ritmos, se fueron acoplando a la nueva dinámica, manteniéndose así el juego político hasta los primeros meses de 1950, con lo cual la Junta Militar logró cierta legitimidad que se reforzó en términos operativos a través de la conexión establecida entre el Gobierno y las Fuerzas Armadas mediante la instauración de un Consejo elegido en los cuarteles.

Después del desmantelamiento de 1948, Acción Democrática pasó a la lucha clandestina, siendo muy visible su actividad en los sindicatos petroleros donde intentaron organizar un paro en 1949; el PCV se mantuvo activo, manifestándose a través de su órgano oficial, *Tribuna Popular*, pero a partir de su participación junto a AD en la huelga petrolera de 1950, fue inhabilitado y clausurado el periódico, iniciando también su vida clandestina.

La decisión de inhabilitar al PCV fue un elemento de confrontación al interior de la Junta: cuando el Ministro del Interior llevó la propuesta de ilegalización, Llovera y Pérez Jiménez manifestaron su acuerdo con esa decisión, mientras Delgado argumentó su inconformidad, aunque terminó aceptando la opinión de ambos. Esta discrepancia contribuyó a endurecer las posiciones entre los militares gobernantes:

...El Presidente de la Junta Militar hace saber que la huelga petrolera y la ilegalización del PCV no alteran sus ideas acerca de la necesidad de encontrar una solución pacífica a la situación del país y su oposición a perpetuar indefinidamente el status de facto (García y Camacho, 1980: 50).

Un terreno de confrontación evidente fueron las relaciones de la Junta Militar con periodistas y estudiantes. En lo que a los primeros respec-

ta, “La desavenencia de los periodistas no puede expresarse sino soterradamente, pues obviamente los dueños de las empresas editoriales no pueden arriesgar la existencia de éstas en acciones disparatadas”. El ejercicio de la censura lo hacía la Gobernación del Distrito Federal al revisar los materiales informativos de carácter político. La inconformidad de los periodistas se canalizó a través de críticas soterradas y otros recursos:

...comentarios indiscretos, composiciones fotográficas, exaltaciones de noticias en las cuales otros países reconquistaban la libertad y la democracia, siendo famosa la ocasión en que la broma de un linotipista y el descuido de un corrector de pruebas, permitió la publicación en El Nacional de una noticia en la cual “los tres cochinitos de la junta” asistían al inicio de la construcción del Estadio Olímpico de la Ciudad Universitaria (Castillo, 1990:88).

En lo que respecta a las relaciones con los estudiantes, en enero de 1949 los alumnos de la UCV hicieron pública su protesta contra el Gobierno Militar, siendo secundados a partir de febrero por la entusiasta participación de los liceos y manteniéndose activos hasta octubre, cuando las protestas tomaron otro cariz a raíz del envío de un grupo de estudiantes y de militantes políticos a la cárcel de “El Dorado”.

Pero las diferencias más graves e intensas eran las que se incubaban en la propia Junta Militar, las cuales no se hacían visibles en el trato entre sus integrantes, ni en la existencia de conflictos abiertos, sino en la lucha sorda y permanente de las posiciones que enfrentaban a Delgado con Pérez Jiménez y Llovera. Pérez Jiménez estaba rodeado de civiles y militares que presionaban, criticaban y fabulaban en torno a los escenarios previsibles en el futuro inmediato. En cuanto a Delgado, se había fortalecido en estos dos años su imagen de estadista entre el grupo de civiles e intelectuales que le guardaba respeto. También, en el curso de estos dos años, había crecido el número de oficiales “Delgadistas”, pero no llegaban a constituir una fuerza decisiva en el medio castrense. Entre sus opositores contaba con un sector de altos

oficiales, superiores en jerarquía a los miembros de la Junta, que privados del ejercicio directo del poder tanto en el ámbito militar como en el aparato del Estado, estaban confinados a desempeñar cargos diplomáticos o a ejercer actividades económicamente rentables.

Pérez y Llovera reclamaban de Delgado una actitud más radical en relación con el mantenimiento del orden y el enfrentamiento a declarados y potenciales enemigos, además de sostener la convicción de prolongar el Gobierno Militar por un tiempo mayor. En materia internacional, Pérez Jiménez tenía en particular una posición muy crítica y distante frente a los Estados Unidos. Por su parte, Delgado, a juzgar por sus escritos y acciones, parecía entregado a la “construcción del país” y a la culminación del Estatuto Electoral que permitiera, a la brevedad, la celebración de las elecciones. Pese a ello, estaba consciente de las dificultades y la complejidad de la situación política y, por ende, esperaba concluir pronto ese “tutelaje” y dar paso a la democracia constitucional y representativa.

Se comentan con frecuencia las supuestas aspiraciones de Delgado de dar paso a un Presidente interino que llamara a elecciones y la posterior presentación de su candidatura a la Presidencia. Sin embargo, no existe constatación documental alguna acerca de tales aspiraciones. Por el contrario, Vallenilla relata una conversación en la cual Delgado le refería que:

...en el momento oportuno y una vez de acuerdo sobre el candidato presidencial que lanzaría el Gobierno, debía entregar provisionalmente el poder a una personalidad independiente, apolítica y prestigiosa que garantizara un proceso imparcial. El Doctor Arnoldo Gabaldón, agregó, riendo, sería quizás el hombre adecuado (Vallenilla, 1961, 323-324).

Pérez Jurado señala una declaración de Delgado, según la cual una vez realizadas las elecciones “dejaré la Presidencia y después me iré a Francia; cuándo regresaré, no se sabe” (Ent. 8).

La situación en las filas militares daba lugar a todo género de diferencias y confabulaciones que se resumían a en tres tendencias: la

más reaccionaria, que se reunía en torno a Pérez Jiménez y tenía vinculaciones políticas con López Contreras; otra, también partidaria de Pérez, militarista y básicamente enemiga de AD, y una tercera, limitada en número y fuerza, integrada por oficiales sobre los cuales tenía ascendencia Delgado (García y Camacho, 1980: 45-46). Las tensiones y ambiciones se intensificaron en la medida en que el desenvolvimiento de la Junta parecía aproximarse a una salida civilista, hasta llegar al punto en el cual se planteó claramente la posibilidad de una insurgencia que depusiera a Delgado (García y Camacho, 1980: 47).

A esta línea se asocian insistentemente algunos nombres: Tomás Mendoza y Roberto Casanova, quienes habían estado relacionados con el intento de insurgencia de Boca de Río; Nucete Paoli, quien según había referido el mismo Delgado, había intentado asesinarlo en 1949; Julio César Vargas, con quien pesaban desavenencias que se intensificaron a propósito de los sucesos de diciembre de 1946 en los cuales estaba involucrado; también se conocía la animadversión de los hermanos Velasco, de Rincón Calcaño y, más recientemente, de Carlos Pulido Barreto. Ante este juego de intrigas e influencias sería interesante conocer cuántos de esos individuos contaban con la discreta protección de Pérez Jiménez.

También algunos civiles hacían de Delgado el blanco de sus hostilidades: lopecistas descontentos, medinistas resentidos, tachirenses inconformes, filo-militaristas deslumbrados, en fin, personajes que no acertaban a comprender cuán compleja era la situación política y social venezolana y cómo se habían desatado un conjunto de fuerzas, actores y procesos que marcaban una ruptura con etapas ya vividas por nuestro país. Entre ellos puede señalarse a Antonio Rivero Vásquez, Víctor José Cedillo, secretario privado de Pérez Jiménez; Rafael Simón Urbina y Rafael Pinzón. Estos individuos que estaban conectados entre sí mantenían en común su posición conservadora. Mencione aparte merece el llamado “Grupo Uribante” que en todas las fuentes escritas y orales consultadas figura como uno de los sectores claramente descontentos con la Presidencia de Delgado, y “que podía estar

dispuesto a conspirar en su contra” (Ent. 5). En lo que respecta a Rafael Simón Urbina, Delgado tenía contacto con él desde la época de la Junta Revolucionaria de Gobierno, cuando se hallaba en Nicaragua. Al respecto relata Pérez Jurado:

Este es un hombre que tenía unos antecedentes antigomecistas notables, la expedición de Curazao. En esa época Delgado le mandaba plata a Urbina, para que Urbina informara de los venezolanos que estaban en Nicaragua conspirando y de la intención que tenían estos venezolanos frente (...) a la Junta Revolucionaria. El intermediario entre Carlos Delgado y Rafael Simón Urbina era el que había sido secretario de Román Delgado, el coronel Carlos Domingo Mendoza. Él le llevaba plata para que el otro informara sobre los venezolanos, que apoyados por Somoza tenían la idea de formar una invasión a Venezuela (Ent. 8).

En ese contexto, comenzaron a circular rumores acerca de posibles atentados contra el Presidente de la Junta. Tanto, que Delgado lo comentó con su esposa Lucía unos días después de la huelga petrolera: “Hay gente interesada en matarme”, pero no dio ninguna pista acerca de los posibles involucrados. La ocasión para acelerar la salida de Delgado de la Presidencia la propició él mismo al proponerle a sus compañeros que en la ocasión del segundo aniversario del 24 de noviembre, procedieran a nombrar un Presidente provisional y a convocar las elecciones, a más tardar, en diciembre de 1952. Esta propuesta desconcertó a los triunviros, quienes se limitaron a responder: “Habrá que consultar con las Fuerzas Armadas” (García y Camacho, 1980: 59-60). Se ha afirmado que el candidato de Delgado para la Presidencia provisional era Arnoldo Gabaldón.

En medio del clima que imperaba no resulta difícil imaginar cuál fue la respuesta de los círculos castrenses. Sacar a Delgado Chalbaud del poder era la garantía para el desarrollo de un régimen militarista, tecnocrático, autoritario y excluyente de toda participación política. Era la seguridad de postergar cualquier ensayo de democracia ampliada, de sintonizarse con los regímenes militares de otros lugares de América Latina y de emprender una cruzada anticomunista.

No obstante su actitud tradicionalmente confiada y muy poco previa en materia de seguridad, en los últimos meses comenzó a cuidarse y a verbalizar sus preocupaciones, por lo menos entre los amigos de su mayor confianza. De allí que el 10 de noviembre le comentara a su primo Raúl Castro la creciente actividad de sus enemigos: “me tienen muy preocupado las actividades de Rivero Vásquez y estoy pensando en tomar medidas contra él”. El domingo 12 (víspera del magnicidio) volvió sobre el mismo tema: “Rivero Vásquez tiene una red de agentes que viajan constantemente al interior en campaña contra mí”.

¿Quién mató a **Delgado Chalbaud**?

Según parece, el plan para sacar a Delgado había sido concebido y aprobado desde septiembre, e implicaba el secuestro, exigencia de renuncia e inmediato traslado del rehén al exterior, con lo cual se creaba una crisis en el gobierno que le permitiría a Pérez Jiménez asumir la Presidencia. Los hechos se cumplieron hasta un determinado momento de acuerdo al plan preestablecido: se conformó un comando operativo integrado por hombres “probados” en estas lides, en su mayoría oriundos de la sierra de Coro y otros reclutados en Caracas; la preparación para la acción incluyó instrucciones, ingesta de licor, comida y concentración previa en la quinta “Luzant”; se realizó el secuestro del presidente Delgado a la salida de su residencia y su traslado a la quinta “Maritza” en la urbanización Las Mercedes. En el trayecto, el cabecilla de la operación, Rafael Simón Urbina, se encargó de hacerle comprender “que ya no mandaba”, “que ya no era nadie”, que “Pérez Jiménez está en cuenta”, e incluso hay quienes afirman que le señaló: “tengo tres meses cazándote”, y para recalcar estos comentarios le arrancó violentamente las presillas de su uniforme, mientras su gorra –símbolo del carácter y de la autoridad militar– quedó tirada en medio de la calle. Hasta aquí se cumplió cuidadosamente el guión. A

partir de entonces, el azar, la fatalidad, o simplemente la improvisación, marcaron el resto de la operación.

Un disparo se escapa hiriendo a Urbina, los ánimos se crispan, afloran culpas y se desestabiliza la seguridad del comando. El cabecilla de la operación se encuentra herido, no puede apoyar el pie y sufre los trastornos de una copiosa hemorragia. Ante el desconcierto momentáneo de los secuestradores, Delgado y su edecán tratan de ganar tiempo, pero el Presidente cautivo es introducido violentamente al patio interior de la quinta “Maritza”, donde se resiste y es abaleado por sus captores: cinco tiros, más una fuerte contusión en la región posterior del cráneo. Al parecer, todos lo daban por muerto. A Urbina lo trasladan sus compañeros, primero a la casa de Franco Quijano, y a la Embajada de Nicaragua, después, donde es capturado por la Seguridad Nacional, no sin antes escribir un mensaje que envía a Pérez Jiménez en el cual le dice: “Desde que llegué al país siempre deseé que Ud. fuera el Presidente, el Comandante Delgado Chalbaud está gravemente herido y yo también me encuentro herido en la Embajada de Nicaragua, donde le pido protección” (*Sumario*, 1951: 36).

Es importante resaltar que Urbina mantuvo hasta esa noche la convicción de que “otros” estarían combatiendo en distintos lugares de la ciudad o a punto de comenzar a hacerlo, refiriéndose a una insurgencia que involucraba más combatientes. Urbina, con el pie entablillado, fue trasladado aproximadamente a las ocho de la noche a la cárcel del Obispo, donde permaneció cerca de tres horas, cuando una comisión de la Seguridad Nacional “se lo llevó en una camioneta de la receptoría del Obispo” a la cárcel modelo, a la cual no llegaría con vida. Esa noche, en el Hospital Vargas se certificó oficialmente el ingreso de un “hombre desconocido”, fallecido a causa de un traumatismo craneal y de una herida con arma de fuego. Posteriormente se conoció la autopsia de ley, firmada por el Dr. Figarella Tovar, que certificaba que Rafael Simón Urbina había fallecido por fractura de cráneo y herida por arma de fuego. No entregaron el cadáver a sus deudos, ni hubo sepelio. En fin, en la misma jornada desaparecieron las dos figuras del drama: con

Urbina, desaparecieron también las posibilidades de indagar las razones más profundas de esta operación.

La mejor pista para intentar responder a la pregunta de quién mató a Delgado Chalbaud, es el “Sumario” que recoge los testimonios de los involucrados en los hechos del 13 de noviembre, proporcionando una valiosa información que, revisada a la distancia, continúa dejando muchas inquietudes. Sobre el crimen se han formulado diferentes hipótesis que involucran a los distintos actores: una conspiración político-militar, la reacción del partido desplazado, es decir de AD, una conspiración vinculada a los sectores comunistas y apoyada por el comunismo internacional, la venganza personal, un complot urdido por el “imperialismo yanqui” en connivencia con los intereses petroleros, la acción de una camarilla cívico-militar o, simplemente, una confabulación urdida por quien sería su directo beneficiario.

Lo cierto es que detrás de la intención de prescindir de Delgado se tejía una densa maraña de razones y personas que aparecían vinculadas con variable intensidad y frecuencia a Urbina, el autor material, y/o a través de él, con Antonio Aranguren, financista de la misma. De allí que no resulta difícil pensar que, por lo menos en su primera fase, el plan se fraguó y se instrumentó a través de Urbina, de quien se conocía su afición casi obsesiva por este tipo de acciones, así como la molestia y el enojo que abrigaba hacia Delgado. Urbina actuó como él sabía hacerlo: en forma personalista, con huestes desorganizadas, que sólo escuchaban y confiaban en su palabra, actuando en forma incondicional, colocando el arrojo y la aventura por encima de cualquier noción de racionalidad. Detrás de esa fachada aguardaba la galería de personajes civiles y militares que veían en Delgado un obstáculo para sus ambiciones y planes personales y políticos, los cuales podrían entrar en acción cuando fuese el momento oportuno. El asesinato mismo del Presidente cautivo quizás sólo lo habían considerado como un riesgo posible, pero muy poco probable.

Lo cierto es que Delgado salió de la escena política venezolana con la misma soledad con la que había ingresado en ella: sin identificacio-

nes políticas ni con la derecha ni con la izquierda, con distancias evidentes respecto al populismo de los actores de la Revolución del 18 de octubre, pero también de los militares de sable y obediencia ciega. Todo ello sin pertenencia a ningún grupo social o económico. No obstante su solvencia profesional, madurez intelectual e integridad, su condición de “extranjero”, de “advenedizo”, le dificultó el desarrollo de una carrera política en nuestro medio, donde por lo demás era visto con desconfianza y resquemor por todos.

Para algunos sectores de la opinión pública, el hecho de que a la larga el beneficiado del asesinato fuese Marcos Pérez Jiménez lo convertía en un “presunto responsable”, a lo cual contribuyó en gran manera, además del mensaje de Urbina, la carta que Lucía de Delgado envió desde Londres, donde residía, en febrero de 1954:

Los promotores principales y entre éstos el eje principal de la conjura permanecen incógnitos. El sumario, cuya publicación ha permitido su estudio por numerosos abogados del país y del extranjero, presenta –en opinión de todos ellos– sorprendentes irregularidades. (...) En síntesis, sobre usted existen sospechas y a usted se le teme. Eso es lo que se interpone en el camino de la justicia. Las sospechas, Coronel, no son gratuitas. Se fundan, en primer término, en su condición de gran beneficiario del crimen, ya que la categórica divergencia entre los objetivos y métodos del gobierno de mi esposo y los suyos y la existencia misma del comandante Delgado, eran un tremendo obstáculo moral y práctico para la ascensión suya al poder y para el empleo de los procedimientos que le han permitido alcanzarlo y conservarlo (en Dugarte, 2000: 307-322).

Ante tan clara acusación, todavía hoy existen quienes perseveran en exonerar a los otros miembros del Triunvirato de toda responsabilidad en el asesinato de Delgado Chalbaud. Como una muestra de ello incorporamos las declaraciones de Antonio Martín Araujo, quien fuera Ministro de Sanidad durante ese período:

Ni Pérez Jiménez ni Luis Felipe Llovera Páez tuvieron absolutamente nada qué ver con la trágica muerte del comandante. Es más, nadie llegó a respetar y a admirar tanto a

Delgado Chalbaud, como Pérez Jiménez y Llovera Páez. Ellos dos no hacían absolutamente nada sin consultarle y aunque él se mantenía con la más estricta prudencia, nunca ellos lo pusieron.

Al igual que los fenómenos golpistas (Salamanca, 1992: 267-288), el asesinato de Delgado, a nuestro juicio, tiene explicaciones multicausales, concurriendo en él factores personales, políticos, militares e institucionales, sin desestimar el peso específico de las expectativas de la elite militar, cuyas aspiraciones y diferencias se agudizaron solapada y peligrosamente durante el bienio de la Junta Militar. La existencia evidente en el seno de la Junta de dos proyectos, el de retorno a la civilidad frente a la continuidad militarista, favoreció el fortalecimiento de esas expectativas,azonadas además por la influencia de la “tercera posición” de raíz peronista, el desarrollo de la geopolítica y la amenaza histórica de un conflicto de límites con Colombia. Otros factores entraron en juego para hacer más compleja la situación: viejas y nuevas enemistades, resentimientos, venganzas, competencia, figuras desubicadas con respecto a la Venezuela en que vivían y que aspiraban a resolver los conflictos a través de mecanismos violentos e inmatiatistas.

La imagen de Carlos Delgado ha llegado hasta nosotros como la de un individuo que pasó fugazmente por la historia venezolana de mediados del siglo XX. Para algunos, lo hizo como un hombre honesto y de talento; para otros, como una figura un tanto decorativa, “un militar sin mando y sin poder”, o simplemente como un traidor. La brevedad de su vida pública, las caracterizaciones que se han hecho de su personalidad (“el introvertido y tímido temperamental”), las dudas y el halo de misterio que dejó su asesinato en la colectividad, han terminado por convertirlo en un personaje inasible, hasta novelesco, de huella casi imperceptible en el proceso político contemporáneo.

Fue considerado el extranjero, el afrancesado, en suma, el extraño. Pero nadie dejaba de reconocerle su solvencia profesional y madurez intelectual, así como su pulcritud en el manejo de los recursos. Advenedizo o extranjero, rápidamente trató de sintonizarse con el país, de

recuperar tantos años de conocimiento a la distancia, llegando a concebir un diagnóstico carencial y estratégico de la Venezuela de finales de los cuarenta y a identificar problemas y necesidades prioritarias, rodeándose de un equipo humano con las mejores credenciales.

Delgado Chalbaud representó el compromiso con la creación de condiciones para un eventual retorno a la democracia representativa, manteniendo un perfil institucionalista que fue adversado por los sectores militares que aspiraban a imponer un régimen excluyente de los partidos políticos. No tuvo éxito en sus relaciones políticas: no se identificaba con los extremos de la derecha ni de la izquierda, pero tampoco con el populismo y la improvisación de buena parte de sus compañeros de la Revolución de octubre. Su condición de hombre liberal lo obligaba a reconocer los derechos de los ciudadanos y la Constitución, y su socialización francesa lo llevaba a respetar las masas y sus insurgencias, pero también le prevenía contra el autoritarismo o cualquier germen de fascismo.

Su condición natural de hombre político se sumergió en la vida de militar, pero no de los de sable y asonada, ni de obediencia ciega. Pero no tuvo la fuerza personal ni institucional para enfrentar y contener a sus compañeros de armas, quienes tenían un proyecto más claro y estaban dispuestos a llevarlo a cabo contra todo riesgo. Quizás ésa fue su auténtica tragedia, como muy bien lo expresó el Embajador francés: el ser un “conspirador a pesar suyo” y que, a pesar de ello, siguió siendo “extranjero”.

Las distancias interpuestas entre su persona y Urbina y Aranguren no fueron suficientes y, en un final cinematográfico, estos personajes asociados a la historia del *Falke* y a su padre, lo rodearon el día de su muerte, en un drama en el que se entretujieron viejos y nuevos actores, para cerrar definitivamente su actuación en la escena política venezolana.

Documentos

- *Documentos de la Direction des Archives des Ministère des Affaires Etrangères* (1944-1952), París. (Doc. 3: M. Casteran, 20-10-1945; Doc. 14: Bourdilette, s/f.).
- *Documentos de los Archivos Diplomáticos y Consulares de la Embajada Norteamericana* (1945-1950). Biblioteca Nacional, Caracas: Doc. 2: No. 8819, Corrigan, 3-06-1946, Doc. 14: No. 9469: Corrigan, 15 -11-1946; Doc. 19: CIA, 5-01- 1948; Doc. 20: Donnelly, 28-06-1948; Doc.21: No.3170, Attache Naval EEUU, 7-09-1948; Doc. 27, No.9222, Adams, 27-11-1948; Doc. 32: Donnelly, 5-12-1948; Doc. 34 : Memorandum de Conversaciones, Diciembre 1948 y Febrero 1949.
- *Documentos del Archivo de la Ecole Speciale des Travaux Publics, du Batiment et de l'industrie*, París.
- *Discursos y Documentos Oficiales con motivo del fallecimiento del Coronel Carlos Delgado Chalbaud* (1950). Caracas: Oficina Nacional de Información y Publicaciones.
- *Discursos y Documentos Oficiales desde el 15 de enero hasta el 25 de mayo de 1950* (1950). Caracas: Oficina Nacional de Información y Publicaciones.
- *Documentos del Archivo del Ministerio de la Defensa* (1936-1948). Copiador de Correspondencia Particular (CCP) y Copiador de Oficios (CO).
- *Documentos del Archivo Histórico de Miraflores* (1948-1950). Caracas: Imprenta Nacional.
- *Memorias del Ministerio de Guerra y Marina* (1936-1946). Caracas: Imprenta Nacional.

- *Síntesis de las labores realizadas por la Junta Militar de Gobierno de los EEUU de Venezuela durante un año de gestión administrativa: 24 de noviembre de 1948 - 24 de noviembre de 1949* (1949). Caracas: Imprenta Nacional.
- *Sumario del Juicio seguido a las personas indiciadas de haber cometido el asesinato del Coronel Carlos Delgado Chalbaud, Presidente de la Junta Militar de Gobierno* (1951). Caracas: Oficina Nacional de Información y Publicaciones.

Bibliografía

- **Berstein, Serge** (1993). *La France des années 30*. París : Armand Colin editor.
- **Betancourt, Rómulo** (1956). *Venezuela, Política y Petróleo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- **Betancourt, Rómulo y otros** (1979). *El 18 de octubre*. Barcelona: Editores Seix Barral.
- **Boletín del Archivo Histórico de Miraflores**, No. 136-137-138.
- **Blanco Muñoz, Agustín** (1983). *Habla el General*. Serie Coediciones CDCH-UCV, Expediente y Centro de Estudios de Historia Actual de la FACES-UCV. Caracas: Editorial José Martí.
- **Boulton de Bottome, Margot** (1992). *Una mujer de dos siglos*. Caracas: Estudios, Monografías y Ensayos de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- **Bravo Abreu, Manuel** (1999). *Militarismo y Política en Venezuela 1945-1958*. Caracas: Fondo Editorial de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador.

- **Capriles, Ruth** (1991). *Los Negocios de Ramón Delgado Chalbaud*. Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.

- **Castillo D'Imperio, Ocarina** (1990). *Expresiones de la desobediencia social en la década militar*. En: Desobediencia Social en Venezuela, Carvallo, G., Castillo, O. y Prato Barbosa, N. Colección José Agustín Silva Michelena Nro. 3, pp. 69-92. Caracas: CENDES y APUCV-IPP.
- _____. (1990). *Los Años del Buldozer. Ideología y Política 1948-1958*. Caracas: Coedición Fondo Editorial Tropykos, APUCV y CENDES.

- **Castillo, Héctor y Paredes, Ofelia** (2004). *Un testimonio en el tiempo: Visión del Dr. José Antonio Giacopini Zárraga acerca de la historia de Venezuela (1830-1958)*. Tesis para optar al título de Licenciado en Artes. Caracas: Escuela de Artes, Facultad de humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.

- **Castro Leiva, Luis** (1996). *Ese octubre nuestro de todos los días*. Cátedra Rómulo Gallegos. Caracas: Fundación CELARG.

- **Congreso de la República** (1983-1998). *Pensamiento político venezolano del siglo XX. Documentos para su estudio*. Caracas: Ediciones conmemorativas del bicentenario del natalicio del Libertador Simón Bolívar.

- **Consalvi, Simón Alberto** (1991). *Auge y caída de Rómulo Gallegos*. Caracas: Monte Ávila Editores.

- **Coronil, Fernando** (2002). *El Estado Mágico: Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. 1ra. Edición en castellano. Caracas: Nueva Sociedad y CDCH-UCV.

- **Dugarte Contreras, Jorge** (2000). *El destino halló su ruta*. En: Venezuela siglo XX Visiones y Testimonios, Asdrúbal Baptista, editor, pp307-322. Caracas: Fundación Polar.

- **Fernández, Carlos Emilio** (1969). *Hombres y Sucesos de mi tierra 1909-1935*. 2da. Edición. Madrid: Escuelas Profesionales "Sagrado Corazón".
- **Fondo Editorial Acta Científica Venezolana** (1985). *Los Hombres del Benemérito*. Epistolario inédito. Tomo I. Caracas: Italgráfica S. R. L.
- **Fuenmayor, Juan Bautista** (1976). *Historia de la Venezuela Política Contemporánea 1899-1969*. Caracas: Impreso en los Talleres Tipográficos de Miguel Ángel García e Hijo.
- **García Ponce, Guillermo & Camacho Barrios, Francisco** (1980). *El diario desconocido de una dictadura*. Caracas: Publicaciones Selevén C. A.
- **García Villasmil, Martín** (1966). *40 años de evolución en las Fuerzas Armadas*. Caracas: Edición del autor.
- **Guzmán Pérez, J. Eduardo** (1985). *Isaías Medina Angarita. Democracia y negación*. Caracas: Espasande, S. R. L., Editores.
- **Lieuwen, Edwin** (1960). *Armas y política en América Latina*. Buenos Aires: Editorial Sur.
- **López Maya, Margarita** (1996). *EEUU en Venezuela: 1945-1948 (Revelaciones de los Archivos Estadounidenses)*. Caracas: CDCH-UCV.
- **Martín Frechilla, Juan José** (2004). *Diálogos reconstruidos para una historia de la Caracas moderna*. Caracas: CDCH de la UCV.
- **Ochoa Briceño, Santiago** (1994). *Lo que vi, oí e hice. Del andinismo a la Democracia. Memorias*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.
- **Pérez Jurado, Carlos** (1998). *Honor y Patria/Libertad y Justicia. Síntesis biográfica del Almirante Román Delgado Chalbaud*. Caracas: Italgráfica S. A.

- **Pérez Lecuna, Roberto** (2000). *Apuntes para la historia militar de Venezuela, 1° de enero de 1936, 18 de octubre de 1945*. Valencia: Editorial El Viaje del Pez.
- **Pérez Tenreiro, Tomás** (1984). *Relatos de mi andar Viajero*. Edición del autor, Caracas: Impreso en Italgráfica S.R.L.
- **Pocaterra, José Rafael** (1966). *Memorias de un Venezolano de la Decadencia* (Cuatro Tomos). Caracas-Madrid: Edime.
 _____. (1973). *Archivo de José Rafael Pocaterra. La oposición a Gómez*. Caracas: Ediciones del Banco Industrial de Venezuela.
- **Prato, Néstor** (1982). *Memorias de un Hombre 1929-1971*. Caracas: Editorial Sucre.
- **Quintero Torres, José Gilberto** (2000). *Venezuela-USA Estrategia y seguridad en lo Regional y en lo Bilateral 1952-1958*. Caracas: Fondo Editorial Nacional.
- **Ramírez R., Edito José** (1981). *El 18 de octubre y la problemática venezolana actual*. Caracas: Ávila Arte S.A.
- **Rodríguez, Manuel Alfredo** (2004). *Tres décadas caraqueñas*. Caracas: Editorial Fuentes S. R. L.
- **Salamanca, Luis** (1992) *Agendas históricas no resueltas y golpes de Estado en Venezuela en Politeia*. Caracas, No.15: 267-288.
- **Sánchez, Rebeca** (2000). *Venezuela y la OPEP*. En: *Venezuela... y los Países Hemisféricos, Ibéricos e Hispanohablantes*. Instituto de Altos Estudios de América Latina, pp. 1013-1038. Caracas: Universidad Simón Bolívar.

- **Suárez, Naudy** (1977). *Programas Políticos Venezolanos de la primera mitad del siglo XX*, Tomos I y II, Caracas: Ediciones UCAB.
- **Vallenilla Lanz, Laureano** (1961). *Escrito de Memoria*. Versailles. Edición del autor, París: Impreso en los Talleres de Lang Grandemange S.A.

Fuentes orales

- ENTREVISTAS realizadas por Ocarina Castillo D'Imperio entre 1998-2004: (1) Ramón J. Velásquez; (2) José Antonio Giacopini Zárraga; (3) Gonzalo Ramírez Cubillán; (4) Régulo Fermín Bermúdez; (5) Víctor Maldonado Michelena; (6) Guillón Machado; (7) Julia Delgado; (8) Carlos Pérez Jurado; (11) Alberto Müller Rojas; (12) Luis Damiani; (13) Ramón Badaracco; (14) Gustavo Villorria Delgado (vía correo electrónico).

“Carlos Roman Delgado Chalbaud Gómez”	9
Los años del Liceo Lakanal	17
Padre e hijo a bordo de El Falke	19
La militancia epistolar	31
Su formación profesional	37
En las entrañas de la fuerza	43
La incorporación a la escuela militar	47
El 18 de octubre	53
El Ministro	65
Las líneas de una gestión	69
El terreno político	75
Encuentros y desencuentros	81
Al interior de AD	84
Las relaciones con el socio del norte	86
El ámbito militar	89
El Presidente de la Junta Militar	103
El discurso	107
Una obra en veinticuatro meses	114
La mirada desde el norte	122
Las contradicciones	124
¿Quién mató a Delgado Chalbaud?	131
Bibliografía	137

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibiades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca
28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres
30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de junio de 2006, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Carlos Delgado Chalbaud

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Ocarina Castillo D'Imperio

¿Quién mató a Delgado Chalbaud? Con esta pregunta cierra esta espléndida biografía la historiadora Ocarina Castillo D'Imperio. Es la pregunta que todos los venezolanos se han hecho desde 1950. Historia magníficamente documentada, agudo análisis de los procesos políticos, del personaje, sus ideas y sus complejidades, y, por último, thriller de suspenso cuando la escritora refiere el secuestro y la muerte, la conspiración para sacarlo de la escena con un inverosímil "envío al extranjero", y la muerte paralela de víctima y victimario.

Carlos Delgado Chalbaud fue Presidente de la Junta Militar de Gobierno desde el 24 de noviembre de 1948, (día del derrocamiento del Presidente Gallegos), hasta su secuestro y muerte el 13 de noviembre de 1950. Nacido en Caracas en 1909, tenía cuatro años cuando su padre, el general Román Delgado Chalbaud, fue encarcelado por Gómez en La Rotunda durante catorce años. Cuando padre e hijo se reencuentran en París, el padre sólo tiene una obsesión: derrocar al dictador. Organizó la expedición del "Falke" en 1929, murió en el primer encuentro armado con las fuerzas de Gómez. En el barco había quedado su hijo, de apenas 20 años. Así comenzó una vida de infortunios, luces y sombras. Siempre en la soledad.

Tuvo una excelente formación universitaria en Francia. Participó en las conspiraciones del 18 de Octubre y del 24 de Noviembre. Fue Ministro de Defensa del 45 al 48. Ante la disyuntiva del desenlace, el Presidente de la Junta Militar postulaba, tal como se demuestra en estas páginas esclarecedoras, "el retorno a la civilidad v.s. el de continuidad militarista". Quizás aquí esté la clave de su muerte. La clave de la muerte del victimario, "centro, motor y mano ejecutora", se explica en sí misma: los muertos no hablan.

Simón Alberto Consalvi



J-00012242-3

EL NACIONAL



BANCO DEL CARIBE

J-00002949-0